Fray Mario José Petit de Murat

UNA SABIDURIA DE LOS TIEMPOS

RESPUESTAS DE LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA PARA EL MUNDO CONTEMPORANEO



Prólogo: P. Alfredo Sáenz

Epílogo: Antonio Caponetto

Hecho el depósito que marca la Ley.

Talcahuano 860 1º C
Buenos Aires
República Argentina

I.S.B.N. 950-9294-20-9

IMPRESO EN ARGENTINA

INDICE

ADVERTENCIA

Durante el año académico 1971 de la Universidad del Norte "Santo Tomás de Aquino", casa de estudios regida por los Padres Dominicos en Tucumán, fray Mario José Petit de Murat dictaba un curso de Filosofía de la Historia.

El propósito era hacer estudios previos, necesariamente filosóficos, de los elementos con los cuales expondría luego una Teología de la Historia que no llegó a realizar, pues falleció a comienzos de 1972 mientras atendía una capilla en el campo tucumano, adonde se había retirado.

En ese curso comenzaba por fin a recapitular una larga docencia sacerdotal de un cuarto de siglo. Era la madura coronación de su competencia sapiencial en disciplinas tan arduas como la Psicología, el Arte, la Metafísica y la Teología.

Dichas clases fueron grabadas y luego rigurosamente transcriptas. Sobre ese material, hemos realizado una selección de sus líneas esenciales, compendiándolo y refundiéndolo. No quisimos eliminar algunas de sus riquísimas disgresiones, lo que el lector sabrá agradecer, ni tampoco se quitaron ciertas reiteraciones temáticas que juegan aquí su papel, expresándose con una fuerza pedagógica que no era conveniente debilitar. Se han limado, es claro, los idiotismos propios de una enseñanza oral, cuyo estilo hemos sin embargo respetado.

Este libro entonces, en lo sustancial y con sus propias palabras y expresiones, atesora fielmente aquel legado de fray Petit de Murat.

Los editores luego, han querido enmarcar debidamente estas páginas, y lo han hecho con un Prólogo escrito por el Padre Alfredo Sáenz, para nosotros modelo de sacerdocio fiel y ejemplo de patriótica inteligencia en estos años oscuros. Su trabajo casi podría pasar por una ponderada recensión de la obra prologada, si no advirtiéramos que, con fina discreción, como tratando cortésmente de no hacerse notar a expensas del autor, su reseña logra una excelente síntesis introductoria del libro, pulida, diáfana, y enriquecida con los frutos de su propia labor en la viña común de los desvelos de ambos por la Cristiandad. Ha alcanzado, por ello, lo que pocos prologuistas pueden: que en lo sucesivo, la obra presentada ya no pueda concebirse completa sin esas líneas.

Pero esta edición no concluye aquí, redondamente, sino que trae, a modo de epílogo, unas páginas suplementarias escritas por el Profesor Antonio Caponnetto, animoso amigo si los hay, de todos los amigos de la patria. De este modo y con este trabajo añadido, el texto de Fray Petit de Murat puede dialogar sus inquietudes con una nueva generación. Una generación que

recoge con piadosa gratitud este legado venerable, como es posible constatarlo en toda la primera mitad de este epílogo. Pero que también, en este caso preciso, quiere entablar en el resto de las páginas recién citadas, "una filial controversia" con algunas afirmaciones del Padre.

No vamos a opinar sobre el acierto o desacierto de estos reparos polémicos, pero sí sobre la aparente inoportunidad con que podría pensar algún lector que están dichos. Personalmente, no somos partidarios de petrificar a los maestros en la posesión definitiva e indiscutible de toda verdad. Sus discípulos y las sucesivas generaciones, tienen no el derecho sino el deber de asimilar críticamente y cultivar, con renovada fecundidad, otras *posibilidades para esos puntos de partida.*

Pero más allá de estas razones, hemos recordado vivamente cómo en sus días, las predicaciones y lecciones de fray Petit de Murat suscitaban a menudo indisimulables incomodidades y ásperas resistencias en sus oyentes. Sus enseñanzas eran una provocación inquietante a nuestras convicciones y convenciones, a nuestras asentadas certezas y verdades adquiridas. Que todavía hoy esa palabra sigue latiendo, sigue generando respuestas y objeciones, sigue haciéndonos apasionar y polemizar en suma por las trágicas verdades que profería sobre esta vejada y padecida Argentina, lo demuestran testimonialmente estas líneas a la que nos referimos.

Tiene así el lector entre la manos no apenas un libro, sino un puñado de semillas como abierto desafío.

Quiera Dios entonces que estas meditaciones de la Filosofía de la Historia, gestadas desde una sabiduría de los tiempos, no dejen de seguir provocándonos.

MIGUEL CRUZ

PRÓLOGO

Admirable nos ha parecido esta obra, tan breve como medulosa y llena de sabias reflexiones, a sideral distancia de todo tipo de ideologismos anquilosantes de la realidad. Quizás resulte útil destacar las ideas principales del libro en orden a facilitar su lectura.

El P.Petit despliega su razonamiento en torno a cuatro conceptos vertebrales. El primero de ellos es LA CULTURA. Como se sabe, la palabra cultura viene de cultivo. Y por eso dice una relación inescindible con *la tierra*. Hay que ver todo lo que recibimos de una hierba, todo lo que recibimos del crecimiento de una planta. Más que de los libros, pues, la cultura brota de la tierra, del aroma de la tierra. Si se quiere que la juventud se vaya cultivando, será menester que retorne a la tierra, que se zambulla en el agua, que se embriague contemplando el vuelo de las mariposas y los pájaros. Sólo a partir de allí aprenderá a pronunciar el verbo que está en el origen de la cultura. El campo y el trabajo manual: he ahí los dos pivotes de toda auténtica cultura. "El artesano va conociendo profundamente el barro, y eso prepara el metafísico".

Gracias a la cultura el hombre se vuelve pontífice, hacedor de puentes entre el barro y la metafísica. Por eso, como bien observa San Agustín, a diferencia de los animales, el hombre ha sido hecho erguido, porque su vocación es vertical, tenso hacia las alturas, en una suerte de ley de la gravedad invertida, eje y puente entre el cielo y la tierra. "Nos elevamos tanto más alto en la medida que echamos raíces en lo más profundo". Lamentablemente entre la tierra y el hombre se interpone con frecuencia la máquina, que en el grado en que maquiniza al hombre fue tan duramente estigmatizada por Berdiaiev.

Decíamos que de la tierra emerge el verbo. La tierra es la matriz de la palabra. El autor señala como ejemplo arquetípico de cultura al pueblo griego. La cultura de los griegos nació del lenguaje, del desposorio entre el verbo sensible y la esencia de la cosa poseída por la intuición. Porque, como señala con acierto, el momento de nacimiento de una cultura es un momento poético. Lo mismo se puede afirmar de España, donde "el pueblo es poeta y el lenguaje es el poema genial de un pueblo".

Si bien las raíces son las mismas, los troncos de las culturas son diversos. Entre los hindúes, que lograron, ellos también, una auténtica cultura, prima la intuición poética. Entre los occidentales prima la racionalidad, como es claramente advertible en el pueblo romano, pueblo imperial por antonomasia, que supo elaborar una admirable jurisprudencia. La cultura griega, de índole más metafísica, logró un notable equilibrio entre intuición y racionalidad. Todas son auténticas culturas, si bien con distintas impostaciones.

El P.Petit destaca el papel que en el nacimiento de la cultura cumple *la admiración*. Ésta tiene su lugar en todos los ámbitos. En el nivel natural, ante todo, ya que la capacidad de admirar lo que es realmente digno de admiración va orientando al hombre en una dirección determinada y ennoblecedora; pero también en el orden sobrenatural, ya que la misma salvación resulta altamente admirable; "el que no es capaz de admirarse de la Encarnación no empezó a ser cristiano". Sin admiración no hay cultura. Cada uno es, al menos en potencia, lo que admira. La admiración imanta las almas y las impele a la *mímesis* de lo admirado.

Alguno podrá pensar que la cultura tiene que ver con un espiritualismo a ultranza y la consiguiente desestima de la materia. El autor denuncia el gravísimo error que se esconde en cualquier tipo de angelismo que haga del hombre un despreciador de la materia. Desde el día en que Dios creó al hombre, con vocación de señorío sobre el cosmos, la creación no es un antagonista sino el lugar de ejercicio de su soberanía. Bien ha escrito Donoso Cortés que el hombre es siervo y rey al mismo tiempo, siervo de Dios y rey del mundo. Pero no es rey del mundo sino en la medida en que es siervo de Dios. Cada uno de los actos de su soberanía es un acto de obediencia al Creador.

Asimismo la materia se ha visto altamente dignificada por la Encarnación del Verbo. Refiriéndose al culto de las imágenes sagradas, decía San Juan Damasceno. "No adoro la materia, pero adoro al autor de la materia, que por mí se hizo materia, habitó en la materia, y realizó mi salvación por la materia". En relación con este tema, el P.Petit señala el grave error que cometía Maritain al afirmar que la Edad Media había sido despreciadora de la materia. Basta ver la catedral de Chartres para desengañarse de ello. La Edad Media fue, por el contrario, una conjunción esponsalicia del hombre con la materia.

El autor señala la continuidad que existe entre las grandes culturas occidentales. Ello es particularmente perceptible en la continuidad de sus formas arquitectónicas. A partir del mundo egipcio -porque Egipto es también Occidente-, la arquitectura occidental exhibe pretensiones cósmicas: sus columnas, como corolas en flor, o imitando las palmeras, expresan un intento de asumir la naturaleza. El mundo griego lleva aquel proyecto a una gran plenitud, como se puede advertir en el Partenón, obra eminentemente intelectual y sinfónica, casi una danza. El genio romano lo dilata con la cúpula y el arco, engendrando la maravilla del Panteón de Roma. Y ello se continúa con el románico y el gótico medievales, en cuya arquitectura y escultura se hacen presentes todos las esferas del mundo creado e increado, los reinos vegetal, animal, humano, angélico y hasta divino.

El segundo momento de la sociedad es LA CIVILIZACION. Ésta atiende preferentemente al uso de los instrumentos en orden a su fin. De por sí, la

civilización es algo notable. Y en los pueblos antiguos vivía en justa armonía con la cultura, si bien se encuentran en distintos niveles. Como la civilización dice especial relación con los medios, en ella tiene el hombre un papel más protagónico. La cultura, en cambio, más en relación con los fines, de alguna manera trasciende al mismo hombre. Admirablemente dice el autor que en una sociedad bien constituida el hombre debe ser "señor de la civilización y mendigo de la cultura".

Finalmente el P.Petit trata de LA BARBARIE y EL SALVAJISMO. A primera vista parecerían términos sinónimos, pero no es así. Bárbaro es quien está abierto a la cultura, en potencia obediencial respecto de ella; salvaje, en cambio, quien se resiste a asumirla, establecido como está en su degradación. Por eso, en aquellos a quienes los griegos primero y los romanos después llamaron "bárbaros", la cultura se encendió cual gloriosa llamarada, porque estaban predispuestos para ella.

A su juicio, el hombre moderno es un hombre salvaje. Es claro que ahora se trata de un salvajismo "civilizado", es decir, que posee todos los medios que le ofrece la civilización y los emplea para consolidar su cosmovisión. Quizás sea éste el primer caso en la historia de una sociedad de medios y no de fines, o mejor, que hace fines de los medios. El hombre que la integra es un hombre depravado, degenerado, que ha marginado a Dios y vive ajeno a las leyes naturales.

Para el P.Petit, lo que mata la cultura es frecuentemente la abundancia económica, fruto a veces de la civilización descuajada de sus fines. No que la abundancia sea intrínsecamente asesina de la cultura, pero de hecho fácilmente lleva al hombre a su autodegradación. Cuando pueblos pobres como Persia, Esparta, Atenas, cayeron en la abundancia, entonces comenzaron a degenerarse. La Roma de los patricios, con vocación imperial, era sobria y parca en cosas materiales, anclada en la tierra. Cuando fueron a buscar a Catón, éste estaba con el arado en la mano. Pero al tiempo que comenzó la prosperidad económica, al tiempo que comenzaron a afluir las riquezas de los paises conquistados, comenzó su decadencia. Se fueron volviendo salvajes.

Algo semejante acaeció en Europa, al fin del medioevo. La ambición de los reyes les quitó a los nobles el arado de las manos y los hizo cortesanos. Por cierto que la nobleza de espíritu puede vencer los peligros de la abundancia. Pero en la práctica, la abundancia trae comodidad, relajamiento, envilecimiento, vicios de toda clase.

Se acabó la cultura porque se acabó el contacto con la tierra. O mejor, simplemente, porque no existe más campo, ya que éste ha sido invadido por el espíritu de la ciudad, por la radio, los diarios y la televisión. Antes eran señores, pobres pero señores, con sus vacas o cabritos, su aljibe, su lámpara, con su manera de pensar, sus costumbres, su señorío. Resulta casi imposible

que la cultura arraigue en la ciudad moderna, con sus cotidianas mareas de empleados que salen del trabajo y se cuelgan de los trenes atestados, esa masa gris y uniforme, de criaturas doblegadas. Dios no nos hizo así, masivamente, anónimamente, sino prolijamente, amorosamente, caso por caso, cada cual único e inefable.

Ya no existe más aquel hombre tradicional, que a partir de sus raíces en la tierra, se elevaba al coro de los ángeles y comulgaba con Dios. El trabajo robotizado ha hecho añicos el trabajo manual, artesanal, ese trabajo de donde antaño brotó el monasterio, brotó San Benito, fruto de Cristo y de Roma, y a partir de él las catedrales y las universidades.

En contraste con los pueblos cultos de la antigüedad: chinos, hindúes, egipcios, griegos, informados por la sabiduría, de mente sapiencial, que sabían en qué consiste realmente la dignidad de ser hombres, y que tenían una concepción perfectiva y virtuosa de la existencia, vivimos hoy en medio de una marea humana signada por el utilitarismo generalizado, que es lo opuesto, lo antagónico a lo sapiencial.

Bien dice Gustave Thibon que el hombre moderno está en las antípodas del hombre medieval. Este era, como antes señalamos, un hombre pontifical, que unía la tierra con el cielo. Por su contacto con la tierra, se arraigaba en el suelo, en la realidad; por su espíritu religioso, echaba raíces hacia arriba, hacia lo sobrenatural. El hombre moderno ha roto con esas dos religaciones. Por eso es comparable a una *planta artificial*, que sobrevive agostada, dentro del ambiente cerrado de un departamento prosaico, una planta que ignora el sol que desciende de lo alto y la humedad que brota de lo bajo.

El P. Petit lo describe con trazos maestros: trátase de un hombre disecado, vacío, cuadriculado y materialista. Materialista, sí, por una parte, pero por otra, y paradójicamente, su adhesión a la máquina, al ruido de la calle, a lo artificial, y ahora agregaríamos a lo "descartable", lo ha convertido en un extraño "asceta" de nuevo cuño, más inmaterial que nunca. Es un hombre que se ha vuelto incapaz de distinguir el sabor de un buen vino, de gozar con un poema, inepto para valorar la leche y la miel que tanto ponderaron los profetas, impotente para admirar la tierra, los pájaros del cielo, y aquellos lirios de cuya belleza ni siquiera Salomón, en el esplendor de su gloria, supo vestirse. Criaturas descarnadas, de acero, de cemento, de gases, de ruidos chirriantes.

Es ésta, pues, una civilización no bárbara sino propiamente "salvaje", fundada en el vacío, en el dasarraigo, poblada no ya de seres reales sino artificiales, una inmensa máquina sin sustancia vital. Así es Europa, "un sepulcro venerable", dice el autor. Lo que me trajo al recuerdo la conmovedora reflexión del Iván Karamazov, de Dostoievski: "Quiero viajar a Europa. Sé muy bien que sólo encontraré un cementerio, pero es el cementerio más

querido. Allí reposan los muertos que me son más caros, y cada piedra que los cubre testimonia una vida tan apasionada, una fe tan ardiente en sus hechos, su verdad, sus luchas y su ciencia que, lo sé de antemano, he de caer de rodillas delante de esas piedras, y las abrazaré y lloraré sobre ellas, aun estando persuadido desde el fondo de mi corazón de que todo esto es desde hace mucho tiempo sólo un cementerio y nada más".

Peor aún es Estados Unidos. El autor manifiesta su profundo desdén por el "american way of life". Me impresionó encontrar en labios del P.Petit algo en lo que yo siempre he pensado: aunque me pagaran un viaje a Nueva York y la consiguiente estadía, yo no tendría el menor interés en ello. Nueva York es la capital del salvajismo moderno. Qué bien dice el autor: "Antes yo pensaba que el Anticristo iba a ser un hombre refinado, de gran inteligencia; y ahora estoy sospechando que va a ser el más monstruoso de los salvajes".

Una última alusión sobre lo que afirma acerca de nuestra PATRIA ARGENTINA. El juicio del autor es duro y drástico pero absolutamente realista. Una y otra vez vuelve sobre el hecho de que nuestra tierra aún no ha sido "nombrada". Nuestra Patria es un vergel de punta a punta, una especie de Edén maravilloso. Pero no ha sido "nombrada". Recordemos que el acto de poner "nombre" es un acto señorial. Cuando Dios hizo que Adán presenciara el desfile de los animales y plantas recién creados, quiso que nuestro primer padre les pusiera "nombres" a cada uno de ellos. Los iconógrafos orientales, por su parte, juzgan que un icono sólo puede considerarse terminado cuando se le ha puesto el "nombre" que le corresponde; ello va mucho más allá de una catalogación para una sala de exposiciones. Poner el nombre es como señalar la esencia de la cosa nombrada.

El P.Petit ofrece un ejemplo aleccionador: cuando un tucumano quiere divertirse no se le ocurre, por cierto, ir a Tafí del Valle; prefiere ir al cine o a un boliche; lo otro le resulta aburrido, matafísicamente aburrido. Los argentinos no hemos nombrado a nuestro país, no lo hemos pintado, nuestras misma música folklórica se aparta de las raíces telúricas. No ha sido así la actitud de los países sapienciales: "La Argentina es un oasis, el Egipto es un oasis; el egipcio nombró al oasis. ¿Nosotros lo hemos nombrado? ¿Quién tendrá la estatura de los Andes, cuál es el alma que tendrá la amplitud de nuestras llanuras?". No ha habido comunión del espíritu y de la tierra. No hemos "asimilado", hemos "imitado". El síntoma del crecimiento es la asimilación, el síntoma de decadencia es la imitación. No nos hemos convertido en el verbo de nuestra tierra. Por eso, concluye nuestro autor, si los gobiernos realmente representativos son los que brotan de la genialidad del pueblo, como fue David para el pueblo elegido, o San Fernando para el pueblo español, ¿qué gobernantes vamos a tener si no hay entrañas que los gesten? Sólo quedan las urnas... que contienen lo numérico, no lo cualitativo de la raza.

En fin, introdúzcase el lector en este formidable libro, tan rico en contenido como esplendoroso por el buen decir. Esté seguro que no habrá perdido el tiempo... ni la eternidad.

P. ALFREDO SÁENZ S.J.

Capítulo I

UN PANORAMA GENERAL

Toda ciencia que estudia al hombre es sumamente ardua y el hombre quiebra toda concepción simplista de él, pues es la naturaleza más compleja que pueda darse. La historia lo es más aún por cuanto es el despliegue del hombre y de todas sus posibilidades, en grado incluso patético. Por lo tanto tenemos que ser muy cautelosos, y ante todo estudiar los materiales que van a integrar este movimiento que llamamos historia. Movimiento amplio en todo sentido: primero por su complejidad, pues es el despliegue de todas las posibilidades del hombre en su máxima magnitud. Lo que se puede hallar en una persona y en la vida de una persona en intensidad, allí sin perderla, al contrario sublimándose, es tomada en su extensión social, y no en la sociedad local, sino en un pueblo y en toda la humanidad.

Es un estudio apasionante, profundamente dramático, donde el hombre se mueve jugándose entero. En ese sentido la historia en una aventura patética, inmensa, cuyo escenario son tinieblas. ¿Por qué? Porque el hombre no se larga con certeza sin fin en un movimiento histórico, sino que se realiza como una planta, lisa y llanamente; empieza a desplegar sus posibilidades de bien y de mal por una conjunción, por un desposorio con el universo, como lo veremos al considerar el nacimiento de las culturas.

Si son inmensas y sublimes las tragedias griegas, créanme que no hay tragedia comparable a ésta, por la que se interesan no sólo los hombres (que muchas veces, desgraciadamente, no lo hacen, por eso hay tantos pueblos ahistóricos), sino incluso los ángeles. San Pablo expresamente dice que nosotros iluminamos a los ángeles. Lo que sucede en el hombre ilumina a los ángeles; respetemos al hombre, descubrámoslo de nuevo. ¿ Y por qué pasa esto? Porque los ángeles no pueden tener historia y nosotros sí, ya que somos criaturas que hacemos nuestra vida por sucesión de hechos y por acumulación del sentido de estos hechos.

Improvisemos por ahora, para tener un punto donde hacer pie, una definición muy esquemática de historia. No puede haber, para empe-

zar, etimológicamente, palabra más ingenua para colocar en ella tanto contenido. Viene del griego "histos": testigo fiel.

Una cosa que agrava el drama es que la historia versa necesariamente acerca de sucesos pasados y tenemos que servirnos de testimonios para hacer historia. Nadie hace historia de momentos presentes; ¿a quién se le ocurre, quién está haciendo hoy la historia de la Argentina? Tenemos que esperar que las aguas se serenen, se aquieten, que dejen ver su fondo para empezar a escribir historia. Así que de la palabra "histos": testigo fiel, testigo veraz, ya se ve un emplazamiento de la historia dentro del vivir humano, de que es siempre acerca del pasado.

El segundo paso que podemos dar buscando una definición de historia, que en realidad es muy genérica y necesita una especificación mayor, es considerándola *la narración de la vida de un pueblo;* es muy frecuente esa definición, comunísima. Pero, ¿de qué vida? Vamos más al fondo cuando notamos que de esa vida y de los elementos que integran esa vida, elegimos su dialéctica, es decir la concatenación de hechos significativos en esa vida -ya nos aproximamos un poco más-, para alcanzar un simple objetivo; como el de la planta, de crecer, dar frutos y morir. Cuando un pueblo se mueve, se desarrolla, ¿qué dibuja? Vivir por una conjunción con el universo y no por otra cosa. Y cuando se tiene una idea abstracta y física del universo no se entienden las palabras que digo. En cambio el universo es una plenitud desbordante de vida. Tenemos una idea abstracta de él no porque sea un concepto abstracto, sino porque nosotros nos hemos abstraído de él, que es distinto. Vivimos sólo de palabras, nos hemos desterrado. Y ustedes van a ver que todas las culturas que podríamos llamar naturales son el resultado de un desposorio del hombre con el universo, excepto ya cuando interviene Dios en la historia humana, en que el universo pasa a segundo plano. Todas esas culturas, como por ejemplo la china o la hindú, son una conjunción de hombre y universo. Entonces ahora nos encontramos un poco más en la materia entendiendo por historia la dialéctica, o sea discurso, en que se va desenvolviendo ese encuentro particular de este pueblo concreto con este universo de siempre. Es una definición muy esquemática, que tenemos que analizarla luego.

¿Qué método vamos a usar? Un método rigurosamente objetivo y lo que prometo se cumplirá. Así que intenten cambiar sus hábitos,

todo ese subjetivismo que está empañando la ciencia humana, y traten de olvidarse de ustedes y de su mundo y de su cultura, y ver las cosas en sí. Tenemos que volver, para rescatar la ciencia -miren qué atrevimiento-, a ser neta y puramente objetivos. Voy a usar un método de análisis intrínseco a la cosa por referencia con su causa: el hombre. Entonces no voy a juzgar míticamente a la cultura o a la civilización, sino su validez con respecto al hombre. Felizmente creemos conocerlo, y entonces la referencia va a ser incisiva, precisa y rigurosa. ¿Esta cultura es válida con respecto al hombre, se desarrolla aquí el hombre o no? Si no, entonces no es válida. No me interesa lo que opine tal o cual. Desecho los sistemas simplistas por principio, porque el hombre es complejísimo y la historia más. Así que yo les pido el mayor esfuerzo de parte de ustedes. Lo que les propongo, lo hago para que piensen y se enfrenten a un objeto con el cual es posible que no lo hayan hecho aún.

Entonces lo primero que vamos a estudiar es lo que procede del hombre, lo que es distintivo suyo, y que son las culturas, civilizaciones, barbaries y salvajismos. Haciendo ya Filosofía de la Historia, estos son los elementos podemos decir típicos, que marcan el movimiento de las oscilaciones en este inmenso océano de ondas tan variadas, rítmicas y gigantescas de la historia humana. Por lo tanto tenemos necesariamente que documentarnos con esos cuatro elementos humanos típicos (cultura-civilización-barbarie-salvajismo), dada su proyección social histórica. Luego veremos las relaciones entre cultura y civilización, que son un tema decisivo para la mentalidad moderna. Y después veremos la aparición de barbaries y salvajimos.

Entremos en materia. ¿Qué sería la cultura humana? Propónganse ustedes la pregunta como si estuvieran solos y tuvieran interés en definirla. Ya saben que tenemos inteligencia para morder, aprehender la definición de las cosas, aquello por lo cual la cosa es distinta y se justifica en un universo de perfecciones múltiples. ¿Qué será la cultura humana? La palabra nos ayuda mucho, porque tiene un origen casi inmediato para nosotros; viene del verbo latino "*collere*", y significa cultivar. Estamos de acuerdo en que los vegetales son sujeto de cultivo, y que alcanzan al máximo su perfección cuando está la mano inteligente del hombre cultivándolos. ¿Y el hombre, es sujeto de cultivo o no? Los alemanes dicen que no. Hegel directamente acepta de Kant que el hombre está clausurado dentro de sí mismo, e

identifica la inteligencia del hombre con el ser y entonces indistintamente, el ser está dentro y fuera del hombre. Y el hombre es el depositario más perfecto de ese ser cerrado que se busca a sí mismo a través de una evolución gigantesca. Un ser primero que evoluciona, un ser primero que genera él con su propia substancia un devenir; de tal manera que el devenir y el ser primero es una misma cosa. ¿Quién entiende eso y quién acepta eso? No sé, pero se acepta. Hoy estamos en pleno siglo mítico. ¿Esto no es un mito, esta concepción hegeliana no es un mito? Y eso está reinando. Eso es lo que ustedes tienen metido en la cabeza: que el hombre es inamovible, que el hombre no necesita cultura. El puede signar las cosas, él las signa con su espíritu. Por eso hoy es dificilísimo que un hombre se convierta. Como no tiene nada que aprender, como ya tiene una persona hecha, acabada, definida, no tiene nada que adquirir y nada que cambiar. ¿Dónde queda el *hombre nuevo?* ¿Dónde queda el nacimiento, dónde la regeneración de la cual Jesús y San Pablo hablan expresamente? No, las cosas están muy bien hechas. Se los desprecia a los metafísicos como hombres que viven de fantasmas, y miren las fuerzas de las tinieblas, y miren la fuerza del concepto del ser. Hoy el hombre moderno es hegeliano inconscientemente. Está hecho, no necesita que lo toquen.

Y si supiéramos la verdad, que el sujeto más indigente, más necesitado de cultivo, es decir de cultura, somos nosotros; si supiéramos la gloria nuestra y el sentido profundo y verdadero de la libertad, que está en terminarme de crear, como el hombre que yo tengo que ser. Inteligencia frente a la inteligencia de Dios. Dios con amor me ha pronunciado a mí desde la eternidad: *Yo quiero que exista un hombre así y así, con tal disposición, con tal complexión, que vaya hacia esto.* ¿ Ustedes saben que cada uno de nosotros somos inefablemente únicos? Nadie jamás en el mundo, desde el primer instante en que apareció el hombre, hasta el último día, va a poder reemplazar a Juan si Juan se frustra. Dejará providencialmente el lugar para otro, pero no para otro Juan. Si Juan no se cumplió faltará eternamente al universo. Es tremenda la urgencia de este breve tiempo que tenemos para hacernos. ¡Y cómo se pierden los días! Seamos empíricos, afrontemos la mentalidad moderna. ¿Cuántas personas conocen de setenta años con mentalidad de diecisiete, cuántas? ¿Cuántas mujeres se han casado y tienen hijos y son niñas frente a un pavoroso niño, que

tiemblan ante ese hijo? ¿Cuántas de esas hay? ¡Cuántas, cuántos! ¿Tenemos que hacernos o no tenemos que hacernos?

Bueno; cultura no es otra cosa que cultivo. Entonces la podemos definir como la labor de una inteligencia ayudando a una naturaleza a alcanzar la perfección, en las líneas de esa naturaleza, respetando su esencia tal como es. Yo por ejemplo, cultivo la madera cuando cultivo las posibilidades de la madera, no cuando extorsiono la madera para hacer una obra en que la madera parezca granito.

Consideren atentamente el siguiente cuadro:

SABIDURIA
LOGICA
ORDEN MORAL
ARTES MAYORES
ARTESANIAS
OFICIOS DE LA TIERRA
COMERCIO

Esta es la razón de ser de la sociedad. Todo hombre necesita de todo esto necesariamente para ser hombre, sea sabio, sea artista, sea rudo, y todos tienen que participar de esto en mayor o en menor grado. Unos tienen aptitud para adquirir por sí mismos la sabiduría, y otros tienen que recibirla de esos que vienen a ser cabezas de la sociedad humana. Entonces todo esto es necesario y estamos todos de acuerdo, evidentemente, que un solo hombre no lo puede cubrir ni por su exigua vida sobre la tierra, ni por sus aptitudes. ¿Y cómo hace entonces? Ahí tienen la razón de por qué el hombre se compone en sociedad. En consecuencia no hay, como dice Jacques Maritain, primacía de la persona sobre la sociedad; y no hay primacía de la sociedad sobre la persona como dicen los comunistas. Hay una cooperación entre persona y sociedad, están en el mismo género y la sociedad es el órgano de la persona. Y mi persona, con toda esa magnífica multitud de miembros que forman mi sociedad, se sacia con bienes que yo no podría adquirir. Yo para tener cultura humana necesariamente me tengo que hacer sociedad; necesariamente.

Y ahí empieza la historia humana, en un puñado de posibilidades que se van desenvolviendo ocasionalmente. Cervantes escribió ocasionalmente *El Quijote*. Miren el hilo del cual dependemos. Si Cervantes no hubiera estado en la cárcel, no tenemos *El Quijote*. El

estaba convencido de que iba a ser célebre por las *Novelas Ejemplares*. Vean ustedes dónde están las *Novelas Ejemplares*. Consideren si los artistas no tienen las obras de arte como las madres tienen a sus hijos, sin saber qué es lo que tienen.

Entonces estamos corriendo una aventura, y la respuesta nuestra debiera tender a ser una actitud tensa en la vida, de un "*más*" como el antiguo. El hombre antiguo, asirio, persa, griego, romano, se movía siempre para un "más", pero no estaba en la pedantería hegeliana de ser un centro inmanente e inmutable, que llena las cosas sensibles para llevarlas hasta su universo.

Es oportuno al respecto, recordar un pasaje de *La Anunciación a María*, de Paul Claudel. Allí Violaine le dice a Pierre de Craon: "*Yo soy Violaine de tantos años de edad; mi padre se llama tal y mi madre tal; él es dueño de la granja de allá en la cumbre de la montaña donde está el monasterio. Eso es todo y nada más*". Y Pierre de Craon le responde: "*Yo vi dos encinas que conversaban entre sí y se decían 'aquí estamos muy arraigadas en el bosque', y una de ellas está ahora sosteniendo la campana de la catedral, y la otra como proa de un barco que lucha contra los turcos*". Esta es la historia humana y hoy el hombre es esa Violaine: no toquen mi persona, yo soy fulana de tal, tengo tal padre y tal madre, vivo en tal parte y se acabó. Ya no hay nada más. Y cuántos terminan siendo proa de un navío contra los turcos y otros quizás han servido de leña para el fuego. Pero no, nosotros estamos hechos y somos personas no sólo inmutables sino también intangibles: eso se lo debemos al príncipe de este mundo, que así lo llaman, el señor Hegel.

Capítulo II

HOMBRE Y SOCIEDAD

La Filosofía de la Historia, la Teología de la Historia, son disciplinas que se están haciendo, y tienen desde luego una gestación muy prolongada, con una aparición en el elenco de las ciencias muy reciente. Ha habido actitudes que las podríamos ya considerar como actitudes del pensamiento humano frente a la historia, señalando espontáneamente sus causas, pero en realidad no se puede hablar de Filosofía: son solamente actitudes frente al desenvolvimiento de un pueblo. Así que tenemos que poner esa labor previa de fijar un método, porque en esto se han cometido muchos sofismas, y sencillamente se han introducido actitudes personales en la lectura de la historia. No han sido otra cosa que la profesión del espíritu del autor, y no una verdadera Filosofía ni una verdadera Teología.

Esta deficiencia invadió la Teología últimamente y se repite con frecuencia, ya cayendo incluso en los campos mediocres de la divulgación. Toda una Teología de la Historia que se parece a los cuentos de hadas, optimista, fácil, frívola: que la marcha de la historia es una y que va llegando a un fin, la felicidad ansiada del hombre, y que el fin está tocando la felicidad con la mano. No se la fundamenta en nada, es una simple exposición de deseos y de utopías, y no podemos vivir así porque somos hombres y no somos niños.

Los antiguos no nos dan ningún método, porque el antiguo se ocupó de vivir. Esta es una observación de Nicolás Berdiaeff; un hombre penetrante, un intuitivo, que no llega a hacer una filosofía sistemática de la historia, pero que tiene observaciones sumamente agudas y valiosas. El antiguo se ocupó de vivir, no de reflexionar sobre su vida: se desplegó haciendo un desposorio jubiloso y potente con el universo y dio lo que podía dar con toda sinceridad; una nota de los pueblos antiguos es la sinceridad, frente a los pueblos modernos, que muestran una tortuosa y sistemática hipocresía.

Una cosa es la historia y otra es la Filosofía de la Historia. Los antiguos historiadores, desde los griegos en adelante, fueron muy buenos historiadores: la narración de un testigo fiel que dice lo que

vio. Tucídides es un magnífico clásico, también Julio César y Flavio Josefo, etc. Y son todos ellos historiadores, pero ninguno es filósofo; ni siquiera han manifestado una mentalidad. Ahora, la aptitud filosófica de aquellas personas flaqueaba en cuanto a la historia, por la concepción de todos los pueblos de la antigüedad: centrarse en que ellos eran el pueblo excelente, y todos los demás, bárbaros. Ese esquema se repite, aunque en Grecia y Roma haya que poner matices. No estoy de acuerdo con los autores que dicen que cuando el romano *definió* al bárbaro lo definió como un hombre incompleto; eso no pasó jamás. La prueba está, bien contundente, en el Derecho de Gentes, magnífico Jus, en que se considera al bárbaro como pleno hombre, sin duda.

Miren: en la historia no hay constantes, el hombre es imprevisible. Por eso nos tiene que apasionar la historia, para conocernos nosotros, porque es cuando se dan en su mayor magnitud las cualidades y defectos, es decir todas las posibilidades de bien y mal que puede tener el hombre.

Ahora, Berdiaeff exagerando las cosas y viéndolas ya en un estado así, inmóvil, dice que la cultura es el vivir de las posibilidades de un pueblo, y la civilización es la sepultura de las culturas. Creo que es arbitrario esto, por eso les digo que hay que tener una gran serenidad y que hay que hacer un esfuerzo, no digo por elaborar un método, sino contribuir a un método objetivo, pero haciendo todo lo posible.

Aclaro que no estoy con ninguna época sino con una lectura objetiva del hombre. Creo que ninguna época lo agota; hay realizaciones magníficas del hombre, pero ninguna de ellas lo agota, ninguna. Quizá muchas veces he puesto el ejemplo del que suelen decir que inventó el juego del ajedrez; así como multiplicando por sí mismos dos granos de trigo puestos en un cuadro del tablero, y yendo en progresión geométrica hasta agotar todos, se llegaba a una cantidad que no podía recogerse en el mundo entero, así, tales son las combinaciones que se anudan en el hombre, que sencillamente se llega al infinito. Y es esa una de las razones de la existencia de la sociedad humana, como lo veremos cuando la estudiemos en sí, como materia de la historia.

Yo no soy ni griego, ni soy medieval, ni renacentista, ni moderno. Miro a Egipto y a Grecia, y al Medioevo y a los tiempos modernos, desde el hombre; y ese va a ser mi instrumento. Me atrevo a meterme

en la historia porque creo conocer al hombre y al hombre completo. Y entonces puedo decir: aquí se realizó, acá no se realizó; aquí lo defraudaron, o se defraudó a sí mismo, y acá se cumplió. Entonces trataremos de ser objetivos y les pido que me recriminen cuando no lo sea.

Entonces, ¿quién nos da un método en la historia? Hasta ahora, nadie. Estamos en interpretaciones evidentemente apasionadas de la historia, como son las que pueden hacer los historiadores que brotan de Hegel, las cuales son en realidad ideologías más que filosofías de la historia. Los modernos no nos dan más que eso, pues no podemos hablar de filosofías basadas en la historia, pero proyectadas hacia quimeras, hacia utopías totalmente volcadas fuera de la realidad y de las aptitudes reales del hombre. El que ha hecho un trabajo serio es Oswald Spengler en *La Decadencia de Occidente*, una labor muy honesta por cierto, y muy disciplinada, sistemática. Claro que es un libro pesado. Pero la cultura no la hacemos entreteniéndonos sino al contrario· vayamos a los libros que nos exijan esfuerzo, que nos sean difíciles y que los tengamos que pensar. Y los libros que sean fáciles, no se ocupen de leerlos, porque están al mismo nivel de ustedes. No van a crecer con libros que les sean fáciles.

Partamos a lograr un concepto filosófico de historia. Ante todo, vemos que el hombre se nos da como sociedad en la historia, no como personas dispersas, sino que actúa como sociedad y en una unidad. Una unidad es la del hombre, una unidad substancial como persona; y otra es la unidad como sociedad, como miembros del todo humano, congruentemente. San Pablo da una muy hermosa definición de sociedad; tenemos que concebir la sociedad como un organismo viviente en el cual todos estamos como miembros, de los que San Pablo dice: "*reciamente trabados*", quiere decir, necesariamente trabados. Son trabazones necesarias, no libres, y por supuesto que estamos en el otro extremo de la sociedad jurídica inventada por Rousseau, inadmisible. Que la sociedad sea producto de un contrato libre, es mentira; nos necesitamos unos a otros con raíces esenciales, y las raíces son dos.

Una raíz, la más inmediata, es la distribución de aptitudes y dones. Ustedes no saben qué inmensa perfección agrega la racionalidad al ser sensible. Lo despliega en un todo, cuando ya sabemos que lo característico de lo sensible es su parcialidad; es que puede percibir,

puede aprehender -digamos la palabra exacta-, o poseer nada más que parcelas del *universo*, allí donde el ser se está realizando en la materia y en su presencialidad: es decir el momento en que este se está realizando, que es presente aquí y ahora. Es el gustar un vuelo fugaz, como un ave que roza el mar, toma un pez y parte volando, exactamente. Eso es lo que nos puede dar lo sensible. Y vean entonces la desdicha de los sensuales, que teniendo aptitud para ser señores, se convierten en pordioseros, en mendigos. Uno de los signos de los tiempos modernos, es esta espantosa extraversión del hombre: cinco puertas abiertas, y ahora sabemos que son seis, y la última descubierta ya tiene su vicio: el térmico también es un sentido, distinto del tacto, así que son seis los sentidos, y ya el térmico tiene su vicio que esclaviza al hombre, esa famosa heladera. Y no hay hombre más *desdichado y más cuitado que esta pobre criatura, este rey que parece* enloquecido: que pudiendo tener el poderío de las cosas sensibles, es mendigo de ellas, y está queriendo saciar su hambre de infinito en criaturas tan menguadas, que el ser apenas las roza. Así, ¿qué les queda a estos pobres? Nada; lo que guardan es la muerte de ellas, porque evidentemente estas fiestas que fueron, pasaron; y aquella mujer que rocé, pasó; y aquel deleite que me dió aquello, también. Y todo pasó, pero como yo no paso, me voy guardando la muerte de todas las cosas; cargándome de cenizas mi boca.

En cambio, por la racionalidad que se agrega a esa parte sensible, yo tengo una posesión de lo que las cosas tienen de íntimo e inmutable. Yo poseo lo que no pasa de la cosa. La cosa pasa -miren la soberanía de la excelencia de la inteligencia- y me deja lo que no pasa. Se comprende por qué Aristóteles dice al final, después de una grande y admirable inquisición buscando cuál es la felicidad del hombre, que ella está en la contemplación. Por la contemplación esta, que penetra lo íntimo y lo inmutable de las cosas sin violarlas -ojo, sin violarlas-, yo tengo la posesión más sabrosa, más deleitable de ellas, como ellas no la tienen. ¿Saben cómo se va gozando de las otras almas, de la presencia de las otras almas? Es como el advenimiento de toda una aurora cuando llega un alma y uno ya tiene aptitud para contemplarla. Así como se da en esos ojos, en esa nariz tal cual la dibujó Dios, así como está, y se la posee tal vez mucho más que ella a sí misma. Uno mira, y si tiene lúcida su racionalidad, actualizada, posee hasta el fondo esa alma en una ternura indescriptible, castísima,

y no sólo no viola aquello, no lo profana, sino que promueve que esa alma sea más ella, que se cumpla. Hace todo lo posible -y esa es la auténtica caridad- para que esa alma se realice. Al final de cuentas, no es vivir el de estos poderosos sensuales que suponen poseerlo todo, con sus papeles muertos que se llaman dinero, y con su epidermis abierta, como bocas insaciables sus poros. ¡Qué indigencia inmensa por dentro! ¿No están expulsados del universo?

Pero toda aquella racionalidad está en una complexión somática que coarta esa plenitud y esa riqueza. Por la composición somática, por la manera de estar los humores combinados, así como en un concierto las notas, prevalece tal habilidad o tal otra, donde se cumple una parte de la virtualidad de esa grandeza interior. Todos son el hombre total, desplegado en multitud de oficios, pero como no se puede cumplir eso en una sola complexión somática, ni en un solo tiempo individual porque es muy breve, entonces necesariamente estamos unos con otros formando sociedad. De tal manera que la sociedad y únicamente la sociedad, la complexión orgánica vital de la sociedad, es la que rige el órgano proporcionado con la persona humana. Entiendan que es tal la grandeza de mi persona, que yo no tengo órgano suficiente para realizarla, y me tengo necesariamente que trabar con mi hermano, para que mi hermano me dé lo que yo no tengo.

El barrendero es un miembro mío y yo tengo que reverenciar al barrendero. Esto no lo entendieron los occidentales de hoy, que están dando manotones de ahogados con respecto del trabajo, porque no lo quieren, no lo aman, consideran al trabajo como una maldición. Miren si no está expulsado del universo el hombre, que la felicidad sea esta comodidad burguesa que me ahoga, estos almohadones que me envilecen, ese mar de almohadones que me embotan; por eso no tenemos un hombre hoy. El trabajo no es una maldición. Dios Padre no maldijo a Adán y Eva. Eso no nos dicen las Sagradas Escrituras. A la única que maldijo es a la serpiente. Pero a Adán y Eva les profetizó, no los maldijo, les profetizó como un gran lamento: ¡Lo que habéis hecho! La tierra se te clausurará y ganarás el pan con el sudor de tu frente. ¿Por qué? Porque el hombre se disminuía frente a la tierra al perder el espíritu que le daba señorío sobre ella. Si Adán estaba para trabajar, para llevar las cosas sensibles a su última perfección. ¡Si la racionalidad del hombre es el decoro final de las cosas sensibles!

Y la segunda razón de la sociedad es sumamente profunda. Todos los hombres no tienen aptitud para alcanzar los primeros principios, los principios supremos. La enorme mayoría de los hombres son receptivos, pero no tienen aptitud adquisitiva o aptitud de investigación. Es decir, que la racionalidad se cumple plenamente en el hombre de adquisición, el hombre que tenga aptitud para trepar hasta los primeros principios. Pero cuando más alto sube, más universal es y más íntimo a las cosas. ¿Paradoja, no? Cuidado con la imaginación: al decir yo *"más alto"*, no quiere decir que se separe de la realidad, sino que al contrario, son principios que por ser altos son universales, y al ser universales, sustentan lo más fundamental de las cosas. Y esos hombres son muy pocos. Mientras todos reciben oscuramente el ser, todos no tienen capacidad para interpretar al ser. Hablando con un lenguaje ya de oficio, todos no tienen capacidad metafísica. Todos somos metafísicos, porque todos necesariamente comprendemos y nos movemos en el ser, todos, quieramos que no. Yo tengo que decir, para poderme mover, *"esto es esto"*, y si no me alcanzara y si no hay nadie que me lo haya propuesto, lo tengo que inventar. Y ahí está la suerte de la humanidad: que el que nos diga *"el ser es tal cosa"*, coincida con la realidad; que cuando se equivocó, se extravía toda una cultura, al ser principio primerísimo donde yo después voy a interpretar todas las cosas. Y así que entonces hay uno que alcanza un concepto del ser, que me lo da a mí sin que yo me dé cuenta, que lo bebo en la leche de mi madre, en la manera como mi madre me trata en la cuna; así yo estoy ya viviendo el concepto del ser, es claro. El concepto del ser determina una conducta. Esta madre a la que uno le dice: *"Pero mujer, por qué deja a su hijo que duerma hasta las diez de la mañana? ¿No ve que lo está haciendo un desgraciado?"*; nos contesta: *"Pobrecito, pobrecito; ya tendrá tiempo para sufrir, déjelo que ahora sea feliz"*. ¿No hay todo un concepto, cerrado y firme, materialista ahí? Miren toda la frase. ¿Por qué concepto del ser está movida? Por el de un craso materialismo, así sea el de una persona que vaya a rezar el *Padre Nuestro*, y comulgue, y se crea inocente.

Esta es la composición más densa, la trabazón más recia de la sociedad, porque ya está ahí, dándoseme a mí como luz o como morbo, un concepto de ser, y después yo me muevo según ese concepto de ser, así yo personal y conscientemente piense que estoy en otra cosa. Ahí son los tremendos conflictos de los cristianos, que

ellos tienen una profesión personal de fe cristiana y por dentro están minados por un concepto materialista. Y cuando llega una ocasión, una prueba, como generalmente no tienen espíritu de sacrificio, de cerrar los ojos y decir: "*¿Hago esto? No; tengo fe y entonces cumplo lo que Jesucristo dijo*", para resolver el conflicto acondiciono las palabras de Jesús, las estiro, las enredo, hasta que llegan a conciliarse con mi mentalidad materialista. Y no resuelvo el conflicto. Entonces vienen los subconscientes morbosos; ese conflicto entre el principio personal que yo llevo y el principio atávico que me inculcó la sociedad en que yo vivo.

Capítulo III

DE LA FAMILIA AL ESTADO

Nos abocaremos ante todo al estudio de la sociedad, por cuanto que la historia o bien mueve sociedades, o bien hombres. Puede haber, evidentemente, historia de un hombre cuando es notable, ya en sí, su aventura en el tiempo para alcanzar su personalidad y realizarla. Y también por su incidencia en la historia, hacerse monografías de hombres que llamamos grandes y que incluso han pesado en determinados momentos decisivos de la historia humana. Pero por supuesto que lo más propio es la historia de pueblos; entonces tenemos nosotros que conocer qué es la sociedad, porque el pueblo está dentro del género de sociedad.

Todas las cosas humanas se poseen muy mal y lo peor de todo es que hoy, creyendo que estamos respaldados por una gran cultura que se nos da gratuitamente quizá desde que nacemos, estamos suponiendo una cantidad de conceptos de lo más rudimentarios e incluso deformes, y así son las conclusiones que sacamos y lo que hacemos en base de eso. Todas las ideologías, que son tan superficiales de suyo, están fundadas sobre conceptos supuestos del hombre, de la sociedad, de la cultura, etc.

Así que vayamos nosotros entonces a penetrar y a ver en la luz de la inteligencia y de la razón qué es sociedad; ya que es la materia en que se embebe la historia.

Dejemos la familia, por ahora no hay que estudiarla. La tribu es la proyección inmediata de la familia, el asiento de la forma patriarcal de la sociedad. Entonces es un error gravísimo llamar tribu hoy, a una asociación de salvajes, porque puede haber tribus muy cultas: la gens romana, la tribu de los hebreos, eran de gente muy alta, de gran calidad humana. Y esta, cuando se va multiplicando, y aceleradamente por cierto, llega a ser pueblo, el punto en que está en mayor pureza la materia humana.

¿Y cuándo existe un país? Cuando hay en ese pueblo una connotación a la tierra y a todos los caracteres que puedan afectar a la masa humana en cuanto tal, que es tan receptiva y tan modificable, tan

determinable por factores externos. Entonces, es país cuando consideramos a esa masa humana unida a su tierra en cuanto que está injertada a ella y modificada por caracteres raciales y por caracteres sociales.

Y es nación cuando el país se ha institucionalizado, es decir cuando ya formalmente se le da una configuración desde fuera por los poderes distribuídos en instituciones. Ahora lo que puede pasar, es que la institución Estado vaya tomando autonomía y que no sea una forma que nace inmediatamente de ese pueblo-país. Es lo que ocurre ahora, cuando el Estado se está distinguiendo cada vez más, como un todo autonómico y real por encima del pueblo; y entonces ya toda nación consta de dos elementos hoy: pueblo y Estado.

En una palabra el Estado es un excesivo formalismo, cuando comienza a tener la representación de un país y a tomar razón de sí en sí mismo. La representación se va alcanzando por la excesiva extensión de la masa humana, y cuando no puede haber una comunicación inmediata entre los poderes formales de este país real, viviente. Concepto muy germánico de Kant en adelante, fundado en derecho positivo. Y eso es un planteo de la nación, hoy, irremediable creo, porque todas las ideologías que se mueven son incapaces de solucionarlo. El poder ya no es un fruto viviente de este país, como lo fue un David, pongamos. Un David era la representación de los hebreos y la autoridad punitiva del pueblo, pero que brotaba de toda la genialidad del pueblo hebreo. Un Pericles era el arconte elegido cinco veces que brotaba del pueblo griego, del pueblo ateniense; la expresión autoritaria del mismo. Desde Kant en adelante, no; es extrínseca. Yo le concedo el poder al Estado y entonces él lo tiene por concesión, automáticamente, y viene el poder desde fuera a incidir en la raza humana. Nosotros decimos "estado", y cuando lo decimos, oscuramente nos damos cuenta que estamos nombrando algo distinto de pueblo, de país, de nación, y no atinamos en qué, y es eso. Que el Estado ya hoy, en la época de libertad, es autónomo y es casi intrínsecamente despótico, así sea una democracia, porque es extraño al pueblo, porque es de derecho positivo. Se va desplazando la materia humana y se forma una dualidad contradictoria donde el Estado es una ficción, al final de cuentas abstracta, sin raíces en el pueblo al que está gobernando. Es el fenómeno de todos nuestros gobernantes últimos, que no conocieron para nada a su pueblo.

Es el caso de mi país como país, es decir esa porción magnífica, viviente, de materia humana óptima, de tierras y de mares óptimos; este oasis que Dios nos ha dado. Que aún no tiene nombre, que aún no ha habido un hombre que lo nombre, que lo exprese como David nombró a la Tierra prometida y a su pueblo, como un Pericles nombró a Atenas. El único hombre que nos conoció y que nos amó fue San Martín, yo creo; nadie más. Me parece, me atrevo a decirlo, porque ustedes saben que la historia es tan insondable, pero todos los demás, si hubo hombres de buena intención, eran también incapaces. El único profundo aquí que hubo, que nos conoció y nos vio y que temió por nosotros fue San Martín; hay que leer las cartas de San Martín. Causa pavor un hombre que nos conozca tan bien.

Y porque se han perdido las líneas históricas de la Argentina, no se sabe nada de la Argentina. Creemos que vive una disputa de partidos políticos cuando hay dos líneas históricas bien trazadas, irreconciliables entre sí, y la historia de la Argentina es historia de desolación. ¿Sabemos eso? Nunca se ha visto un país más desequilibrado que este, nunca jamás, con provincias totalmente anuladas en todas sus posibilidades, y posibilidades magníficas, para dar hegemonía a un amontonamiento de hombres, que se llama Buenos Aires. Con el solo título, con el solo derecho y la sola prenda de apoderarse del país porque ella era europeizante. Y nada más.

Miren ustedes si no es profunda la historia y si tenemos que estar ahí chapoteando como pueblo ahistórico en explicaciones banales totalmente, de los sucesos de un país pobre, insignificante históricamente como lo es la Argentina.

Ustedes no saben hasta qué punto la Argentina es un país de ilotas, de gentes despojadas; una raza magnífica, llena de posibilidades, y que está anulada porque los dos países europeos que se encargaron de la educación de la nueva Argentina, Francia e Inglaterra, a toda costa la querían vaciar, para que se convirtiera en un mercado, nada más; y lo consiguieron.

¿No han notado ustedes -miren si la historia no hace al hombre-, que el placer, la felicidad del hombre argentino y de la mujer argentina, es recorrer la mejor calle de una ciudad llena de negocios, mirar, deleitarse en las vidrieras y comprar la última novedad? ¿Quién hizo eso, quién nos dió esa formación, quién nos dió esa mentalidad? "Inca-la-perra", nada más. (Los que han leído el Martín

Fierro, sabrán quién es "Inca-la-perra".). Miren si no tenemos que ser profundos para estudiar historia.

Entonces la historia es una tendencia real, en las entrañas mismas de los componentes de un pueblo. Y la historia es una savia vital que nutre a los miembros de ese pueblo, quieran que no; y lo peor es que cuando somos ahistóricos, no lo sabemos y explicamos las cosas así, de cualquier manera y frívolamente. ¿Han logrado hacer de nosotros un pueblo serio? ¿O han conseguido hacer de nosotros un pueblo frívolo, nada más que frívolo?

No tomamos nada en serio y no somos capaces de entender nada grande. Y no porque nos falte potencia sino porque nos lo impone la mentalidad histórica que arrastramos.

En fin; qué desgracia, ¿no es cierto? El argentino hace mucho que dejó de estudiar y lo estamos pagando caro. ¿Cuántos filósofos ha tenido la Argentina, cuántos teólogos? Apenas sí ha tenido poetas y literatos, y basta.

¿Nos conocemos? No, no nos conocemos. Una de esas magníficas tribus de bárbaros alanos o hunos, o francos o visigodos que hubiera llegado aquí, enloquece directamente. Nosotros todavía no hemos visto el país que se nos ha dado. El tucumano está en una esquina diciéndole al amigo: "Estoy aburrido, ¿a dónde vamos?". Y lo que son esas florestas que van por la cuesta que nos lleva a Tafí del Valle, lo que es eso. ¿Quién las nombró? ¿Cuántos pintores han nombrado esa cuesta, esos árboles que son increíbles en su majestad, con esas grandes cabelleras de lianas que cuelgan desde treinta metros de altura? He viajado y no he visto en ninguna parte eso. ¿Cuántos son los tucumanos que lo han descubierto y lo han pronunciado? ¿Cuántos son los que han desposado su espíritu con esa belleza? No, se aburren y se van a meter al cine. Porque no hay nada que hacerle. ¿Cuántos han traducido en música eso?

Y nuestras noches, ¿no están abandonadas? El otro día en El Timbó Viejo, donde vivo y atiendo una capilla, una chica le decía a su padre cómo haría para tomar el ómnibus de las seis no teniendo reloj. Cuando el padre le dijo que se fijara en la salida del lucero del alba, ella respondió: "¿El lucero? ¿Y dónde está el lucero?" Esta chica no había visto el lucero de Tucumán, que no les puedo decir lo que es. ¿Ven? ¿Somos país? ¿Hay una inserción del hombre con su tierra, una conjunción y una unidad de espíritu y tierra? Y si no nos hemos

convertido en el verbo de nuestra tierra, qué gobernante vamos a tener. El gobernante tiene que brotar de eso, tiene que ser una unidad. Del mismo modo, no tiene solución el Estado, el Estado como entidad abstracta y extraña a su pueblo, si no brota del mismo.

Ahí tenemos entonces pueblo, país, nación y estado. El Estado creado por dos filósofos germanos, que han sido fatídicos para la civilización occidental: Kant y Hegel. Ustedes saben que Hegel dice que el estado es la perfección; de todas esas tríadas de tesis, antítesis y síntesis, el Estado está por encima de la sociedad. ¿Acaso Hegel no lo saludó a Napoleón como el dios que venía hacia nosotros? En eso estamos. Miren que el comunismo es de origen germánico y de origen romántico. Y que brota de Hegel.

Capítulo IV

LA CULTURA Y SUS EXIGENCIAS

Vayamos ahora a otros conceptos que necesitamos comprender y que son la cultura, la civilización, tan necesaria de entender hoy, la barbarie y el salvajismo.

¿Qué es cultura? Repetiremos la definición que ya anticipamos. Después de analizar mucho las culturas verdaderas, podemos llegar a la definición esta: cultura es la labor de una inteligencia ayudando a una cosa a alcanzar su perfección en la línea de su naturaleza. Todas las palabras son válidas, y no dejemos ni una.

Pasemos ahora al hombre, cuestión que tenemos que plantear frente a Hegel. El hombre, ¿es sujeto de cultura? El hombre es el mayor sujeto de cultura que existe, el primero y primordial. Hablando brevemente, a mayor potencialidad, a mayor indigencia, hay mayor poder y perfección adquisitiva.

Nosotros somos criaturas complejas, donde se coadunan todos los órdenes del universo. Como lo dice entre otros San Gregorio Magno, tenemos de común con las piedras el ser corpóreo, con los vegetales el vivir, con los animales, sentir, y tenemos de común con los ángeles el pensar y amar. Es común con los ángeles y no con las bestias el amar. Redimamos el concepto amor, porque el amor participa del desinterés, de la luminosidad de la inteligencia. Fluye del apetito que sirve a la inteligencia, claro. No de las glándulas como diría un Freud; el "eros" no está en las glándulas; está en la inteligencia, raíz del "eros".

El hombre es el máximo sujeto de cultura, es la máxima indigencia que puede haber en el universo. Somos de una indigencia casi infinita, porque nuestro apetito natural constantemente nos está pidiendo un bien infinito.

De ahí el desasosiego que tenemos en todas las cosas. ¿Cómo si no entendemos esto de que el hombre es puro animal, de que la tierra es su morada, y sin embargo el hombre corre, corre sobre la tierra sin nunca sosegarse ni tener reposo? Cuando mi apetito está satisfecho, yo tengo reposo. ¿Y cuándo se ha dado eso en el hombre? En algunos

burgueses... Son tan redondos y tan perfectamente ya delimitados en la inmanencia de su vientre, que parece que tuvieran reposo. Pero síganlo y van a ver que un día el burgués ese rompe todo aquello en lo que tuvo reposo, lo destroza en un ataque de ira, de furor, de neurastenia. Somos gigantes, quieras o no quieras. No temas a poder hacerte mediocre jamás; estás, urgido por un apetito de infinito que no se sosiega nunca nada más que en el infinito.

Yo no hago mi definición. No como quiere la gente vulgar: "Yo voy a ser lo que quiera". No vas a ser lo que quieras. Vas a ser *desgraciadamente siempre hombre*. Y cuando tú te desplaces del hombre por tus actos, el hombre interno te va a aplastar; serás quieras que no quieras, hombre. Y esa es la fuerza del infierno, en que tú no puedes mudar tu esencia. Llevamos una naturaleza humana, distinta, única, incomparable en lo que tiene de propio. El mono no me puede sustituir a mí; el cerdo no puede ser mi hermano, el pavo menos. Soy hombre o reviento. Cristo con la cruz a cuestas es la figura mía: el hombre aplastado por su definición. Ahí me ha asumido, esa es mi figura, ese es mi retrato: Cristo con la cruz a cuestas, andando hasta llegar al completo aniquilamiento de sí. Ese soy yo, que me he desplazado de mi definición cuando mis actos no son auténticos, cuando mis actos son infrahumanos. No digamos nunca cuando veamos un delito, una miseria o una pasión: "Eso es muy humano". No; eso es infrahumano. Y concebir que yo desciendo del mono, ¿no es un castigo de Dios? Ellos no quieren tener origen en una idea, en un acto de amor de Dios, de ninguna manera quieren tenerlo, y entonces prefieren descender del simio, o de un pariente común con el simio; allá ellos. Se están confesando. Siempre nos confesamos; no sé por qué hoy huímos tanto de la confesión. Hasta en nuestra manera de caminar nos confesamos.

Nosotros somos un puñado de potencias, y el cultivo -la cultura- es ayudar a una naturaleza para que alcance su perfección; y tomen la palabra perfección como acabamiento, como plenitud alcanzada, como naturaleza que se colma de lo que puede poseer y no posee. Tenemos dos actos vegetativos propiamente tales. Atiendan bien, miren cómo el hombre se hunde, se ahoga en la parte inferior de la naturaleza. Dos actos nada más: el de la nutrición y el generativo. Pero claro, tengo una persona humana y tienen que ser asumidos por ella. Mas tal como uno se realiza hoy, se lo va despojando de todas estas

otras vivencias propiamente humanas, y se lo quiere dejar nada más que vegetativo-sensible, como en el animal. Y el marxista dice:"Vamos a llegar al amor puro", así, como un gran sarcasmo en el rostro de Cristo, llamándolo "amor puro" a un acto sexual sin concomitancias ni morales ni espirituales. ¡Ya lo van a lograr! El día que lo logren, al día siguiente se pegan un tiro. No lo logran porque tienen una carga de nostalgia, y de nostalgia inconsciente y subconsciente, que los hace reventar. Por más que no quieras, has visto estos ojos que estuvieron frente a tí, y viste el fondo de estos ojos por rudo que seas. Y eso se te queda para siempre, no pasó. Y después aparece como una marca de nostalgia sin contenido conocido, una oscura sensación pasada -le llaman sensación a la intuición-, y como un destello en la noche tenebrosa de todos los cadáveres que llevan en sí. Aquella mirada que le sonrió con la ternura distinta por primera vez, y que murió para siempre...¡Pobre desdichado, pobre maldecido de Dios!...

Miren que las maldiciones están tan en vigencia como las bendiciones, y que el libro de Moisés es tan actual como hace más de tres mil años. La misericordia no saca las maldiciones, son ónticas; yo hago esto y viene esto. Dios no necesita moverse para cumplir sus designios. Sobre todo en el cristiano viene por dentro la maldición. La mujer que no quiere voluntariamente tener hijos -no digamos si no tiene hijos-, está cumpliendo una maldición de Dios, está borrando su nombre de la tierra y el de su marido, sépanlo. Dios es el Señor, que hace que el inicuo cumpla su decretos. Maravilloso y terrible.

La sensibilidad se cumple en un nivel humano, coadunándose con la inteligencia y no precediéndola. Nosotros vivimos en cortocircuito constante. Viene lo que hoy se llama estímulo, una cosa corpórea, sensible, visible, que me propone un contenido, una intención. Entra por los sentidos y el cortocircuito está en que me expongo a la pasión, al apetito determinado por la pasión del deseo; un extravío del apetito natural uniéndose al concupiscible. El circuito completo es que llegue hasta la razón y la razón impere y diga: "Sí" o "No".

Todo debería ser al contrario, y mucho más en las expresiones plenamente humanas o connaturales con la racionalidad, como las del arte. Un griego, cuya inspiración es eminentemente metafísica y no sensorial, nunca tuvo un modelo allí delante suyo para hacer una estatua, para hacer un cuerpo. Nunca hizo una obra de arte para hacer un cuerpo, hizo un cuerpo para hacer una obra de arte. Tomó el cuerpo

humano tanto como pudo tomar el lagarto que está subiendo por el tronco donde se apoya ese magnífico Apolo de Praxíteles, un escultor de decadencia, pero un señor escultor. La musicalidad de esas formas, la armonía entre el lagarto y ese adolescente, es algo frente a lo cual *la inteligencia se para y entra* en un relativo éxtasis. La obra de arte cumplida provoca la contemplación. Nada de sentimentalismos, contemplación intelectual de un apetito que se está saciando al vislumbrar una esencia. No digamos lo que es el friso de las Panateneas, porque son tales los ritmos de las patas de los caballos, se realiza una manifestación de esencia tal en esos ritmos, tanto como en una sinfonía de Beethoven. Los griegos -y los egipcios antes- descubrían la musicalidad de la esencia, la poesía esencial de ese rumor de armonías con que Dios juega y juega, como si la luz de El fuera repercutiendo de diversas maneras en las ondas del mar.

Entonces la cultura del hombre, el cultivo del hombre, implica cuatro grandes géneros de disciplinas humanas, que las debemos cumplir toda la vida sin interrupción si queremos ser hombres. Debemos terminar con el mito nacido en el palacio de Versalles de la diversión; la diversión es un suicidio. Yo tengo que estudiar toda la vida y todos los días. Yo tengo que hacer ejercicios manuales toda la vida y todos los días.

Consideren de manera más completa, el cuadro que la vez pasada les apunté:

	1	SABIDURIA	*Religión* Filosofía Ciencias Especulativas o Perfectas
VIDA INTERIOR	2	LOGICA	Dialéctica
	3	ORDEN MORAL	Virtudes
VIDA EXTERIOR	4	ARTES MAYORES	Ciencias empíricas-fácticas
		ARTESANIAS	*Industria*
		OFICIOS DE LA TIERRA	Agricultor Pastor Marino

Miren la majestad de la naturaleza humana. Lo primero, lo más urgente, es adquirir el orden del universo. Y a eso se le llama Ciencias Especulativas. Especular es una palabra nobilísima; es que estoy mirando y leyendo en el orden del universo. Especular viene de "speculum", espejo. Mi inteligencia es un espejo capaz de reflejar en sí todo el orden del universo.

Las Artes Mayores son la educación de la sensibilidad, educación superior, porque una de las Artes es la buena educación, y yo muchas veces digo que si hubiera buena educación no habría neurosis. Noten que en la base de la neurosis hay pasiones descontroladas, nada más. Yo, que me levanté de mal humor, no saludo a mi madre y a lo mejor le digo una grosería si me pregunta algo. En cambio, cuando uno era bien educado se mordía y saludaba a su madre con una sonrisa. Si hubiera más educación habría menos neurosis, y es el arte primario del hombre: la racionalidad tomando las cosas más elementales y primarias del quehacer humano. Artes Mayores, que por supuesto tienen una vinculación estrecha, de génesis también, con la Sabiduría.

Tenemos las Ciencias Especulativas, por las cuales yo me apodero del orden del universo; y tenemos la Lógica, por la cual yo ordeno mis ideas y sé razonar. Miren todos los gazapos que hay en la conversación común. Si nosotros conociéramos la Lógica, no discutiríamos y evitaríamos los sofismas que decimos a cada rato y las premisas falsas que usamos. Es una cosa ya no insólita en un hombre culto, el que ponga una premisa mayor falsa; hoy abundan los lugares comunes como premisas mayores falsas. ¿Cuáles son los lugares comunes? Libertad, dignidad de la persona, moda, economía, progreso. Aquellos conceptos corren y corren irracionalmente porque nadie los piensa y todos los acatan. ¿Creen que caeríamos en tantos juicios precipitados si supiéramos que la condición indispensable de la inducción, es la enumeración suficiente? Es el error de los paleontólogos evolucionistas.

Tenemos las Artes Mayores, las Artesanías y los Oficios de la Tierra; luego las ciencias empíricas estarían en el punto medio, porque se asientan en lo mismo que las artesanías, en la experiencia. Porque la experiencia, que hoy se ha reducido a laboratorio, también la poseen los artesanos. El artesano es el diminuto sabio que se va compenetrando de las cualidades del ser sensible; va conociendo profundamente el barro, y eso prepara al metafísico. ¿Han conocido

profundamente el fuego, la madera, el mármol, el vidrio? La mujer sobre todo, está muy bien dotada para ser artesana, y por eso la mujer es la raíz del hombre en su engarce en la tierra, junto con el artista. El experto da lo mismo que el artesano, pero nada más que ya sistematizado por un método riguroso y científico.

Entonces, las ciencias empíricas estarían en un punto medio, como incoación de las Ciencias Perfectas. Y el empirista, honestamente, tendría derecho nada más que a leer el fenómeno que está observando y que ha sabido delimitar y precisar con exactitud mediante la observación, el experimento y el análisis. Pero no puede sacar conclusiones, no tiene los principios necesarios. El razonamiento se mueve desde principios a experiencias. Y entonces ocurre que todo ese caudal, ese esfuerzo que hace el empirista, se pierde porque tiene principios vulgares, se frustra. Faltan los primeros principios, desglosándose después en primeras conclusiones y explicando a su manera cada uno, los cuatro grandes problemas con que se enfrenta la razón humana: qué es Dios, el universo, el hombre y la vida. Y después vienen los principios de la ciencia, el arte, etc.; ya principios de órdenes secundarios y parciales. El imperio es despótico sobre los razonamientos y conclusiones.

Las Artesanías y los Oficios de la Tierra nos engarzan con la realidad. Son empíricos, y las ciencias empíricas están como una proyección suya, y un pasaje hacia las Ciencias Perfectas. Y las Ciencias Perfectas cuidan deliberadamente de los principios.

Entonces, también como una aplicación inmediata de la Sabiduría -la Lógica depende de ella- tenemos el Orden Moral. Mientras la Lógica es poner orden en nuestra razón, el Orden Moral es poner orden y perfección en el sujeto humano.

La moral me perfecciona a mí, me da aptitudes, capacidades eficientes para actuar en nivel humano frente a todas las circunstancias innumerables en que se puede encontrar el hombre. Y yo les digo con toda seguridad: si hubiera virtudes, porque eso es lo que desarrolla la eficacia de la moral, no habría neurastenias. La neurastenia no es nada más que una incapacidad para cumplir un destino humano. Es decir, que yo me he disminuído con respecto a tales exigencias. Si yo estoy con todo el temple de esas perfecciones desarrolladas por mí, con las cuales encauzo mis magníficas energías hacia el obrar, yo estoy en proporción con todas las circunstancias que se le pueden

presentar a un hombre, por arduas que sean. El fondo de toda neurosis es una criatura que no se ha desarrollado; y el desarrollo del hombre, su crecimiento, está en la adquisición de virtudes. La virtud no es un adorno, es una aptitud operativa necesaria al hombre; es cuando esta razón mía, la personal, asume mis tendencias psicosomáticas y les da una medida humana. Esa es la virtud. Me hace señor de mis apetitos la virtud; es la verdadera liberación del hombre.

Ahora, sepan una cosa; que todo esto: Sabiduría, Lógica, Moral y Artes, se desarrollan por actos intensivos, no por actos remisos. Todos los días yo me tengo que exigir un más. Si he hecho un esfuerzo por ser humilde hoy, mañana tiene que ser mayor el esfuerzo para poder crecer en la humildad. Y miren que humildad es mi lugar en el universo, ponerme en el lugar de criatura, conocerme y obrar como tal. Noten si no es necesario eso. Yo encajo en el universo cuando soy humilde, y todos los bienes me visitan, cuando yo soy humilde. La soberbia, el orgullo, me cierran.

Capítulo V

EL CULTIVO DEL HOMBRE

La cultura es punto fundamental para nosotros de partida y de juicio. Verán que bien puesto este, luego los conceptos de civilización, barbarie y salvajismo vienen con facilidad. Comparativamente con lo que es la cultura, ya podrán discernirlos claramente. Vamos a continuar explicando este esquema, que es rígido. No puedo yo hacer la fluidez que tiene, dinámica, este esquema en la vida verdadera.

Un principio de psicología humana que hay que grabarlo con toda energía, es que nosotros adquirimos todo lo de nuestro espíritu a través de los sentidos. Hace tan bien las cosas Dios, que para que nosotros cumplamos el orden que El estableció, nos ha sujetado necesaria y metafísicamente a la tierra, para que seamos cabeza de la tierra. Si soy racional, es porque soy de inteligencia adecuada al mundo sensible; donde se cierra, completa y perfecciona el mundo sensible. Nunca me cansaré de repetir esto hasta mi muerte, porque estamos convertidos en entelequias vacías, al haber perdido nuestras *raíces en la tierra. Hay que ver todo lo que recibimos de una hierba,* todo lo que recibimos del crecimiento de una planta.

Al final de cuentas esa es la vida, la fluidez y la comunicabilidad que hay en el hombre entre la parte sensible y la parte espiritual. Ahora, considerando la parte espiritual, no imaginemos nada y pensemos todo, cuando yo digo parte espiritual. No son nubes rosas la parte espiritual; no son seres vaporosos, no son libélulas o angelotes. La parte espiritual es potente y consistente, es permanente y densa, es donde el ser es más ser. Y yo soy esa conexión y engarce, ese puente, ese pontífice o sacerdote que une cielo con tierra y tierra con cielo. Adviertan cómo Dios maneja sus cosas, con qué suavidad y con qué firmeza. Al final de cuentas el que realiza plenamente la definición del hombre es el sacerdote: encierra cielo y tierra en él. Pero ni siquiera mi figura física está encorvada, ni oblicua, ni horizontal. Mi figura tiene la presencia augusta de la vertical, la presencia augusta de la inteligencia. Estoy tendido entre la zona del cielo y la zona de la tierra como un eje, haciendo de puente; como un

pontífice, como un sacerdote. Entonces, hay dos vidas en el hombre que las tenemos por la reconciliación de ambas partes nuestras: la parte sensible y la parte espiritual. Ambas tenemos que reconciliarlas y ponerlas en su sitio, en lugar de que la vida exterior nos esté copando absolutamente, y toda nuestra vida sea nada más que exterior, de tal manera que quedemos vacíos. Católicos y no católicos estamos vacíos. El síntoma alarmante de nuestra vaciedad es la comunión hoy: los hombres no tienen nada que hacer con Cristo cuando Cristo los visita; no tienen nada que decir. Estamos vacíos...

Tenemos una vida interior y otra exterior. Pero esta vida interior hay que hacerla. Mientras la vida exterior, los sentidos, se desarrollan solos por leyes vegetativas propias del crecimiento corporal, la vida interior depende de nuestro esfuerzo, nada más que de actos intensivos por los cuales yo voy adquiriendo lo que no tengo, perfecciones altas de que carezco. Después esa vida interior y exterior ya se distribuye en cuatro grandes actividades. Una de ellas es la actividad especulativa que ya expliqué, por la cual nosotros reflejamos el orden del universo, que entra por los sentidos.

¿Ven la paradoja? Nos elevamos tanto más alto en la medida que echamos raíces en lo más profundo. Yo no les puedo decir las marejadas de riquezas ónticas, entitativas, que vienen hacia nosotros cuando estamos plantados como un centro en medio del universo. Todas las cosas vienen hacia nosotros en una amistad entrañable y eterna; todas las cosas nos desean, todas las cosas tienen vocación por nosotros, todas las cosas nos sonríen. Entonces, el punto fundamental para que esta vida interior crezca, son nuestras raíces, que se nos dan en la sociedad mediante estos grandes oficios nobilísimos de agricultor, pastor y marino, que ya son perfeccionados por las Artesanías. Estas raíces en la tierra están borradas, porque la máquina -lo dice Berdiaeff, yo no- se interpone entre la tierra y el hombre.

Y sobre las Artesanías están las ciencias empíricas, que ya dan precisión científica al experimento, que antes no dejábamos de tenerlo, sino que ahora le damos más penetración y sistematización, pero, en cambio, haciéndole perder extensión. Por estos oficios yo tenía una experimentación constante de todas las cosas, del macrocosmos; por el experimento científico yo tengo una experiencia del microcosmos. Por aquella, yo alcanzaba la esencia de las cosas; por esta yo voy alcanzando la composición material de las cosas, la

organización de la materia. Y si ese análisis no termina, iré paulatinamente descomponiendo la materia hasta encontrarme con las fuerzas de las energías atómicas.

Las Artes Mayores tienen que estar necesariamente aquí también, porque son un punto de nexo donde todas las riquezas adquiridas por la experiencia y todas las riquezas adquiridas por los primeros principios, convergen y se convierten en verbo humano. Las Artes Mayores son el verbo, la palabra humana. No esta palabra convencional igual que la que usamos, sino una palabra que está logrando la esencia de las cosas, la presencialidad de las cosas. Una Venus de Milo es la presencialidad de la mujer, no de una mujer, sino de la mujer en el mármol; es una epifanía de la mujer la Venus de Milo. Y las Artes Mayores están, en ese nivel, a la altura de la Sabiduría.

El artista tiene esa intuición aguda que penetra y logra aprehender de manera instantánea, el ser presente en la cosa concreta y sensible; ese es el éxtasis del artista. Se le da bajo la forma de belleza la esencia de las cosas. La belleza no es otra cosa que la epifanía de una esencia. Este chispazo, la grandeza de esta tragedia, son una manifestación relativa de una esencia. Y el artista tiene esa agudeza intuitiva que no tenemos los hombres comunes, y pescan, como quien pesca un ave en el aire, el despegue inconfundible de una esencia en este gesto fugaz.

Una vez había una gran procesión en Salamanca, con la Virgen del Rosario. Ibamos nosotros los dominicos, por supuesto, en procesión. Y al llegar a una esquina, una mujer, en un abismo intemporal -no había luz-, toda ella vestida de tierra y su rostro, también en similitud de su vestido, pero por supuesto con más luz y transparencia, y unos ojos también pardos negros hacia el marrón, enfocaban a la Virgen. Hacer ese cuadro era decir todo lo que era la procesión. Poner esa mujer tal como estaba allí, ponerla en una tela, era poner la procesión de la Virgen del Rosario. Estaba toda la procesión, todo lo que ella ansiaba, toda la esperanza expresada en esos ojos, en una mirada perfecta, sin parpadeos. Estaba el alma entera en esa mirada. No había luz, era una figura intemporal. Y era algo esencial, porque era esa fuerza inmensa del alma que es la esperanza; era expresión no de su esperanza, sino de la esperanza del alma humana. Quién sabe qué drama llevaba dentro y vertía toda su esperanza en esa imagen que en ese momento pasaba. Son cosas fugaces, de las que les doy un ejemplo, porque es una experiencia personal. Y así el artista tiene

gozos y terrores que no tiene el hombre común: padecimientos tremendos, finísimos, que él no sabe, padecimientos inconscientes. El siente la angustia tremenda de esta alma egregia que no se realiza. Esto que pasa como un vendaval por las cosas sensibles, y que es mucho, incomparablemente mayor que las cosas sensibles.

Después, al centro y como nexo de todo, tenemos la praxis moral, el Orden Moral. Sepan ustedes que a nosotros, para que participemos de la creación, se nos entregan tendencias y apetitos indeterminados, sin forma humana aún, y que yo, cuando la razón emerge en mí, tengo que apoderarme de esas tendencias y por mi esfuerzo, en una labor conjunta de inteligencia y voluntad, debo dar forma humana a esos apetitos. En los animales, la forma canina pongamos de los actos propios del perro, está dada por el instinto. La medida específica del apetito digamos de la nutrición, está dada en ese animal por una moción, un toque de la esencia, que en ese caso se llama naturaleza; este aspecto dinámico como principio de operación se llama naturaleza. Un toque, una moción que le dice: "Hay que comer esto, a esta hora y en esta manera". Entonces el perro siempre es perro; todos sus actos son auténticamente caninos. La prueba está en que el naturalista, para estudiar una especie nueva, empieza por observar muy bien sus actos, no sólo su morfología anatómica; y por esos actos sabrá ver infaliblemente qué especie tiene.

Esa es la gran labor, la primigenia labor nuestra: tomar todo ese caudal riquísimo de tendencias indeterminadas que yo tengo, y por un acto de imperio irles dando forma humana, a lo cual llamamos virtud. La virtud está en el lugar del instinto; no hay instintos en el hombre, díganselo a los psicoanalistas. Instintos animales digo, instintos racionales es claro que hay, el instinto de animal humano. Todas nuestras apetencias sensibles están indeterminadas. Y esa es la gran labor de la praxis moral. La moral no es una opresión, no es una represión de la naturaleza humana; es una normalización de la naturaleza humana, acuérdense bien. La moral no es extrínseca; la moral brota de principios intrínsecos. Tengo racionalidad, que es la perfección específica, es decir, la perfección que me da razón de ser, y que es la que debe determinar mi naturaleza, y no otra cosa. Y debo hacer racional a este apetito animal, para que haya unidad total en mí. Esa es la labor de la moral. La moral no oprime nada, la moral normaliza todo para que haya una verdadera expansión en el hombre.

Yo soy libre cuando los apetitos inferiores no me están a mí bloqueando, ciegos como son.

Esta es la labor central que debe conmensurarlo todo y dar equilibrio justo a todas las potencias humanas; vigoroso, viril equilibrio. Viril viene de "vir" que es fuerza, y yo, no por mis músculos sino por mi razón, soy evidentemente la criatura más fuerte del mundo sensible. Ustedes no saben la exquisitez de la virtud. Deténganse alguna vez en el Partenón, contemplen el equilibrio magnífico y perfecto de todas sus partes, y cómo una parte llama cadenciosamente a la otra parte, dentro de su sobriedad. ¿Saben la obra eminentemente intelectual que es el Partenón? Tan intelectual como la Pasión según San Mateo de Bach y como la Novena Sinfonía de Beethoven. ¿Han visto el equilibrio que reina entre las partes de la Novena Sinfonía, cómo se va elevando perfecta, vigorosa y suavísima? Ese es el Partenón, y esa es también la virtud, eso soy yo cuando soy virtuoso.

Las tendencias sensibles, de suyo, son impersonales; no tienen la menor noción de que pertenecen a una unidad, a un ser que tiene unidad. Cada una es ella misma, y es una acción muy parcial. El temor me retrae, la ira me vuelca sobre el otro; el abatimiento, forma de la desesperanza, me aplasta; la ilusión o la vana esperanza me levanta hacia una nube, hacia un viento que pasa, hacia un espejismo. El deseo me saca de mí, el egoísmo me entroniza en mí, en mi vicio. Y el infierno, ¿no es eso, esta criatura desmenuzada y destrozada?

En cambio, la virtud es la aplicación de la ley de la armonía en mis tendencias. Sepan que nunca hay una virtud, siempre hay dos virtudes que se compensan: una fuerte y otra suave. Frente a la justicia -fuerte tiene que estar la misericordia -suave-. Frente a la castidad tiene que estar la virtud de la sensibilidad. Y la sensibilidad se hace fina como un instrumento de música, cuando se es casto. ¿No saben ustedes que el sensualismo apoca la sensibilidad, la engruesa, la enturbia? Es toda una cuerda de arpa la sensibilidad cuando somos castos. Y como la sensibilidad cuando es virtuosa está restaurada en la unidad personal, hasta el punto que puede recibir las mociones del espíritu, resulta que los de la castidad son los gozos sensibles más elevados, finísimos y penetrantes que pueden darse. ¡Qué paradoja la del humano: piérdelo todo y lo tendrás todo! Entonces, para esa praxis interior y exterior, personal, necesito de las virtudes. En la medida que yo voy desarrollando virtudes, me voy liberando de los psiquiatras, porque toda la

zona inconsciente y subconsciente se va haciendo consciente. Yo llego a la máxima aptitud operativa que pueda tener; yo sé todo lo que hago, y conozco mi fondo y mi trasfondo, y todo ha pasado por la conciencia deliberadamente. No hay nada atrás que pueda ser mi enemigo, y en mí mismo no puede haber nada que sea opuesto a mí. Todo ha sido adquirido por mí y de todo soy responsable. Me construyo y me poseo en todos mis contornos.

¡No pierdan tiempo! Pueden hacer un hombre magnífico con un hombre de veinte años. Debe tallarse todos los días, virilmente, como quien está ahí, con la fragua y el martillo, haciendo una cruz de hierro. Y esta mujer puede hacer una criatura exquisita, modelándose en las finezas de la gracia femenina. Son cosas muy lindas las que ha hecho Dios, son cosas muy preciosas y no las puedo destruir ni abandonar.

Cuando yo veo a este muchacho perdido en zonceras, este día totalmente muerto, de horas inertes; ese período magnífico en que él puede plasmarse vigorosamente... ¡Qué muerte, qué anuncio de muerte! Y se termina muerto. Miren que un joven que ha perdido su juventud, después de los cuarenta años tiene el subconsciente de que ha fracasado. Y es un hombre que si se larga a la diversión, si hace bromas, se ríe de todo, trata de no tomar nada en serio, es por una sensación profunda de fracaso. Si se quiere aturdir, es por una sensación y convicción inconsciente y profunda de frustración, de que no ha realizado este hombre que podía haber realizado. Esa es la moral, y démosle el lugar que tiene.

Concluyamos con el resto de nuestro esquema. Tengo que estudiar Lógica, para saber cómo voy a extraer una verdad de dos verdades anteriores conocidas. Y la Dialéctica, que es menos rigurosa que la Lógica, me enseña nada más que la concatenación de ideas en una argumentación. La Lógica es la argumentación científica y rigurosa; y la Dialéctica es la de la probabilidad, que también es necesaria por cierto y que se aplica a la historia y a todos los procesos humanos, porque el hombre es eminentemente dialéctico.

Las Ciencias Perfectas son aquellas que poseen toda la cosa; no sólo la observación de su compuesto material, sino las causas de ese compuesto: por qué existe, cómo existe y sus cualidades. Y la Sabiduría es la posesión soberana de aquellos primeros principios que rigen todas las cosas y que son necesarios, pues la razón no se puede mover sin primeros principios.

Capítulo VI

CIVILIZACION, BARBARIE, SALVAJISMO

Hemos mirado los dos extremos del movimiento histórico: la sociedad y la cultura. Y les pido que hagan todo lo posible por profundizar la cultura, porque les atañe directamente a cada uno; es una labor intensiva personal, que va a redundar en favor de la historia, evidentemente.

Hay un doble crecimiento del hombre, repito: aquello de "creced y multiplicaos" necesita una explicación. Doble crecimiento: crecimiento del cuerpo, por supuesto mecánico, que yo con mi razón lo puedo ayudar sin duda, pues allí también hace falta que intervenga la cultura, pero en grado mínimo. En cambio la otra parte, aquella por la cual somos hombres, la inteligencia y la voluntad, y su irradiación en las potencias sensibles, es inconmensurable y variadísimas las relaciones posibles. Se pueden enumerar las facultades que componen las potencias, es decir, todo aquello cultivable en el hombre. Pero sus combinaciones con circunstancias y situaciones, son directamente infinitas; ya lo veremos a través de la Filosofía de la Historia, cómo realizaron esto los pueblos de diversas maneras.

Dí la definición que creo expresa claramente lo que es la cultura: la labor de una inteligencia ayudando a una cosa a alcanzar su perfección en la línea de su naturaleza. Pasemos ahora al concepto de civilización, al de barbarie y al de salvajismo, que es muy necesario discernirlos, distiguirlos. En la confusión presente, en esta hora de confusión tremenda, es necesario que sepamos deslindar lo blanco de lo negro.

¿Qué podemos entender por civilización? La civilización normal tendría que ser fruto de la cultura porque, dando una cosa muy esquemática, vendría a ser el instrumental de que dispone el hombre para alcanzar la cultura; tendría la razón de medio.

Creo que así como hicimos en cultura, así podemos hacer en civilización y tomar la etimología, que es cabal, exacta. Viene de "civitas", ciudad. Y podríamos entonces un poco apresuradamente, como para entrar ya de lleno en otras cosas dentro del dinamismo de

la historia, definirla como el conjunto de instituciones, costumbres, obras e instrumentos, y la estructura y relaciones resultantes, con las cuales el hombre prosigue cultura. Y se distingue realmente de la cultura por la libertad del hombre y por sus estados de cultura, de más o menos; por el grado de ignorancia o de error en que pueda estar. Evidentemente que la civilización puede extraviarse y hasta convertirse en contraria a la cultura. La cultura es un fin natural en el hombre; y la civilización todo aquello que el hombre hace, y que de no existir el hombre, no existiría.

Por lo tanto, la causa propia, homogénea de la civilización es el hombre. En cambio en la cultura no; la cultura se engarza con el universo y el hombre tiene que tener una actitud obediencial, incluso hasta pasiva y receptiva de otras cosas del universo en general, para adquirir cultura. Aquí, la civilización es la actividad y el fruto de la actividad humana y lo distintivo sobre la tierra: aquello por lo cual el hombre se hace visible y en sus obras está su espíritu.

Pero esto es muy esquemático y una división muy material. Hay interrelaciones íntimas entre cultura y civilización; de tal manera que la civilización es un medio, y yo tendría que ser siempre el señor de la civilización, mientras que en la cultura debo ser el siervo, el mendigo, pidiéndole la perfección a otras cosas que no soy yo. Y la norma que hace verdadera a una civilización y engarzada íntimamente con el hombre, es que la civilización tenga proporción con él. Tenemos que retornar a que el hombre sea la medida de las cosas humanas, para terminar con los mitos. Y si esa civilización no está a mi servicio como debería estarlo en realidad, y no tiene proporción conmigo, es una idolatría. Yo soy la medida de la civilización, yo hombre; tiene que estar a mi servicio y tiene que procurar mi perfección, es fundamental.

Entonces sí que hay una intercausalidad, porque evidentemente, si son instrumentos, son instrumentos en manos de seres vivientes, por los cuales se me comunica a mí lo que ellos saben, piensan o pueden ofrecerme; en su naturaleza la civilización es instrumental de la cultura. Pero también es la expresión y el verbo porque no son sólo medios puramente útiles, sino la resultante de mis perfecciones. Un arquitecto que estudia toda su vida, tiene talento para ello y levanta una casa, indudablemente que esa casa es para el hombre; y si es una casa para el hombre, sin duda se incorpora a la ciudad como expresión

de una cultura. No sé si habrán visto alguna vez imágenes de la Acrópolis de Atenas. ¡Qué lucidez intelectual! Este Partenón está como una paloma ahí, pero perfectamente fusionado con el paisaje y como un verbo supremo humano. Los que hayan viajado por España se habrán quedado asombrados de cómo toda España está transformada en verbo humano. Salamanca es una ciudad dorada, con flexibilidad de venas sus calles, y la arquitectura con la agilidad de un organismo. Es expresión cabal de una cultura realmente típica, humana, lograda, esa fusión entre una aldea y la topografía que rodea a la aldea.

Quedemos entonces con que la civilización y la cultura se distinguen realmente, y que ahí hay una subordinación, que la cultura es canon de la civilización. La cultura auténtica humana es canon, y yo debo medir y juzgar las civilizaciones con poder humano, y decir: esta civilización no es humana, es antihumana; y esta civilización sí lo es. Y terminar con este mito, la gran idolatría de hoy, la ciudad, la "civitas" que se ha apoderado de todo.

Cuando uno habla de cómo es necesaria la fusión del hombre con la tierra, de que es una relación trascendental y necesaria para que el hombre se nutra con el ser de las cosas, y esté henchido de realidades, destilándolas por un sentido común sazonado en ellas, me dicen: "¿Y cómo entonces el campo está muerto? ¿Cómo no sale ningún talento de ahí?".

¡Pero si el campo no existe, si el campo es ciudad! La radio suena desde las siete de la mañana y ellos no escuchan otra cosa que lo que se dice en la ciudad, esperan ávidamente el diario, y hay que ver esas chicas del campo poniéndose la última moda que se usa en Buenos Aires. No tienen nada propio. Hoy ya no suena la guitarra en un baile; hoy suena un espantoso, horrible, lacerante altoparlante que transforma el sonido en un ruido acre, enconado, destruyendo totalmente todo sentido musical que pudiera tener esa gente.

Es atroz; me voy, les digo sinceramente, de la ciudad para no ver morir a tanto ser humano magnífico, y me voy al campo: y lo veo a eso de manera más desnuda y más trágica. Esas criaturas que ahí todavía acusan rasgos personales, caracteres y residuos de cosas muy grandes, humanas, están en volcarse a la ciudad. Si se supieran construir ellas ahí. Y vienen, pero es un éxodo hacia la nada: a convertirse en muchedumbre, y con qué habilidad se convierten en muchedumbre. Las modas son decretos de fuerza casi religiosa, lo

mismo que los periódicos, que van elaborando lugares comunes hasta liquidar el cerebro humano, y después son masa humana utilizable para lo que se quiera de ellos. Allá eran señores, señoras, desnudos y pobres pero eran señores. Tenían su vida propia y tenían su pensar y sus costumbres, y su señorío en un pozo propio, en una lámpara que dependía de ellos.

Vean el espectáculo de la ciudad de Buenos Aires cuando salen las mareas de hombres y mujeres de los empleos. Una masa gris, ondulante; una masa compacta, indiferenciada. Un ejército de criaturas vencidas, doblegadas. Y ómnibus que arrebatan gente así como basura y la llevan, y la llevan. Algo espantoso; créanme que es la muerte del hombre. Y pensar que Dios nos hizo prolijamente, amorosamente. Desde la eternidad hace concurrir todas la fuerzas para que exista este caso mío, único e inefable, y yo lo convierto en eso por treinta dineros. Has vendido al Hijo del hombre.

Hombre del siglo XX, que te crees despojado de idolatrías, tienes tantas o más idolatrías que el hombre antiguo, y acá tienes una: te mides tú y tu vida por la civilización, y no mides, como señor que eres de la tierra, la civilización por tí. ¿Donde está tu libertad? "Hay que hacerlo porque se hace"..."No puedo romper con el mundo"...Miren qué error tan grave; qué confusión, qué concepto tan equívoco. ¿No puedes romper con este mundo, si este mundo es perverso? ¡Si tú puedes crear otro mundo, y estás para crear otro mundo!

Vayamos ahora a puntos delicadísimos, como son la barbarie y el salvajismo. Hasta en el lenguaje común son conceptos sumamente confusos y poco distinguidos, poco discernidos en su valor real; sumamente movibles, como todo lo humano.

Dando una figura esquemática, que hay que irla perfeccionando, podemos decir que la barbarie es normal y está con respecto de la cultura como la infancia con respecto a la madurez. Es sencillamente el estado de un pueblo bien dotado, normalmente dotado, que aún no entró en ese impulso elícito de una cultura.

Así que el bárbaro, es un hombre sano que no ha entrado en cultura todavía. ¿Está dormido? No sé; puede ser que sí. Pero se sabe esto, que es bárbaro y no salvaje, en que no ha lesionado las leyes propias de su naturaleza. Prueba de esto es que en aquellos que eran llamados bárbaros por los griegos y también por los romanos, inmediatamente prendía la cultura; y los griegos en un tiempo fueron bárbaros, sin

duda. La primer corriente migratoria que llegó al Asia Menor y después al Peloponeso de estos indoeuropeos, fueron los aqueos, y eran hombres magníficos, de perfiles humanos muy definidos y de una moral acendrada. Los del Lacio, antes de ser tocados por los griegos y que se encendieran en cultura, eran hombres que castigaban el adulterio en la mujer y en el varón; pena de muerte para el que cometía adulterio, ley natural el matrimonio. Miren, hasta ellos llega así, incólume. Y cuando están en decadencia, ya les conté que Séneca narra que las *grandes matronas patricias de Roma, contaban sus años por sus divorcios*. Entonces, el bárbaro es aquel hombre sano que está en disposición inmediata, no remota, a una cultura humana. Ya veremos qué factores pueden incidir para provocar este despertar y este deseo de perfección.

Definir el salvajismo, eso sí que es muy difícil, por la cantidad de prejuicios que pesan sobre esto. Es un concepto muy difícil, que les pido que lo estudien toda la vida. Porque hay muchas presunciones del europeo, hijas de un orgullo innato, inconsciente, que los hace clasificar apresuradamente al salvajismo. Y no digamos hasta qué *punto están afectados en sus conceptos* por la teoría de la evolución.

Podríamos definir al salvaje diciendo que es el estado en que cae una sociedad humana, cuando colectivamente y con pertinacia fo*menta pasiones* y atavismos que lesionan gravemente su naturaleza y por lo tanto a la razón. Ese es el verdadero salvaje.

El salvaje está estabilizado en una degradación humana. No es un hombre primario, que evolutivamente podría transformarse en hombre racional y culto, porque todos los síntomas son precisamente de que esa naturaleza está asfixiada de tal manera, que no se puede mover ya hacia una cultura futura. No son hombres primarios, sino degradados. Son hombres que han caído de la normalidad. Tiene que haber una obstinación y una violencia a la razón para haberlo llegado a considerar al salvaje un hombre puro, embrionario; el salvaje es un hombre decrépito, es la vejez senil de una sociedad humana. Las dos notas que caracterizan al salvajismo son la fijación de atavismos aberrantes -noten bien las palabras, creo que son justas-, no cualquier atavismo, y una pasividad absoluta como hombre, es decir, extinción de la razón.

Y son signo confesional de todo pueblo, las artes: el arte es el verbo del hombre. Y examinando las artes de los salvajes del Africa, vemos

que son artes decrépitas, no son artes primitivas; esta es una clasificación completamente falsa. Las artes primitivas tienen una cualidad magnífica para alcanzar la esencia de las cosas, como el niño, igual. En cambio esas artes negras se van en barroquismos de los más decrépitos que puedan darse. Comparen eso con las siluetas de cazadores pintadas en las cavernas prehistóricas, y verán la enorme diferencia radical que hay entre una y otra cosa. El salvaje es un hombre residual. No comienza ahí la humanidad; ahí se desgaja, ahí termina. Y termina sin poder encontrar otra vez el camino del hombre.

Ahora, no vayan a entrar en esos esquemas mortíferos de que así como a todos los asiáticos los llamamos chinos, entonces, por lo que estoy diciendo, creer que todos los negros son salvajes. De la misma manera, en América hubo y hay indios que son bárbaros e indios que son salvajes. Conozco un indio aymará puro que es un caballero y que tiene bastante agudeza para la Metafísica; en cambio vayan a los indios ranqueles, a ver lo que eran.

Desgraciadamente el salvajismo se estabiliza, pero la cultura no se estabiliza, la tenemos que merecer y nutrir constantemente. Ustedes conocen las legiones de pueblos que están en decadencia. ¿Dónde están los egipcios, dónde los sumerios, los asirios, los persas, los chinos e hindúes? Ya no son...Si hay algo que es precisamente como un chorro de fuego artificial que sube y que desciende, es la cultura humana.

Cuando nos depravamos y esa depravación se estabiliza en mí, en mi naturaleza, es muy difícil que me levante de ahí. Y entonces, ¿saben a la conclusión que he llegado consultando esto con gente muy seria? Que podemos llegar a un salvajismo civilizado. Si con pertinacia estamos conculcando nosotros las leyes naturales, podemos llegar a un salvajismo civilizado. Así que no nos extrañemos nosotros de que veamos salvajismos pavorosos con automóviles y con aviones.

Les tengo que decir cosas muy pesadas, el hombre es muy grande. Díganme, cuando el materialista logre cultivar un hombre a su gusto, a su imagen y semejanza en un laboratorio, sacando un óvulo fecundado o fecundando un óvulo afuera y poniéndolo en ciertos caldos que la maravillosa química prepare, logrando desarrollar al feto y formar un hombre, ¿qué monstruo no va a salir de ahí? ¿Saben que la comunicación de la madre al feto es vital para que sea humano? La matriz proporcional al hombre y que puede comunicar figura,

imagen, espíritu humano, es la de las entrañas de la mujer, no una retorta química.

Es cuando van a tener un ejército que, como los genízaros, haga todo lo que se les dé la gana a los materialistas. ¿Van viendo la insinuación del Anticristo? ¿Saben quiénes eran los genízaros? Los niños cristianos robados por los turcos en las costas del Mediterráneo, que los llevaban y desde niños los formaban en el fanatismo del sultán, y esos niños cristianos cuando eran hombres integraban la guardia del sultán y se dejaban matar por él, enfrentando a los cristianos.

Llego así a la conclusión de que el salvaje es un hombre depravado, es decir, un hombre degradado, que ha insistido tanto, con tanta contumacia en sus vicios y contra las leyes naturales, que ha terminado en una deformidad difinitiva, estabilizada, de la cual no puede salir. Y que nosotros estamos hoy en un peligroso ensañamiento contra la ley natural. ¿Qué ley natural no está conculcada hoy? ¿Dónde está la relación verdadera de la mujer con el varón, dónde la relación normal de padre a hijo, dónde la relación natural de hombre a tierra? Todo está, así, sádicamente conculcado. ¿No puede salir de aquí un salvajismo civilizado?.

Antes yo pensaba que el Anticristo iba a ser un hombre refinado, de gran inteligencia; y ahora estoy sospechando que va a ser el más monstruoso de los salvajes. No sé; son conjeturas que evidentemente no se las puede aplicar y decirlas como ciertas porque el hombre es imprevisible.

Queridos míos, no tengo más remedio que enseñar lo que sé, y lo sé con certeza, porque he amado muchísimo al hombre, nunca demasiado. Les hablo objetivamente y partiendo de la naturaleza humana, que mi módulo para juzgar de las cosas de la historia, es el hombre, la suerte que corre el hombre.

Capítulo VII

EL NACIMIENTO DE LAS CULTURAS

Hemos precisado los tres estados, los tres grandes estados sociales en que se puede encontrar el hombre: el de cultura, el de barbarie y el de salvajismo. Hay grandes distancias entre uno y otro, donde vemos la dimensión del hombre; nuestra naturaleza es de una enorme extensión y no menos de enorme movilidad. Y movilidad sumamente acelerada, de tal manera que se pueden fraguar estos tres estados insensiblemente, sin que nos demos cuenta, y podemos amanecer en períodos de historia imprevisibles.

Pasemos ahora a una cosa muy hermosa: el desenvolvimiento de un movimiento histórico. Estos dos extremos que hemos tocado, la sociedad y los estados del hombre, grandes estados o estados genéricos del hombre, son los que componen el movimiento histórico, porque el hombre siempre busca su perfección. La busca bien, la busca mal, pero busca su perfección.

Y todo movimiento histórico está llevado por ese medio inconsciente social de hallar una perfección, es decir, una quietud en el bien que corresponde al hombre. Que lo busca en la incertidumbre, ya lo veremos; que lo busca como quien traza una aventura dramática, en medio de la oscuridad de la noche de un universo clausurado. Pero siempre, con ansiedad inconsciente y poderosa, busca su perfección.

Ciertamente todo movimiento histórico es parabólico, sin duda, con un ascenso en cierta manera esforzado, por lo que diría un francés el "élan" -impulso- vital de un pueblo. Quiero decir que es un movimiento vigoroso que asciende, con incertidumbres y dramas sin duda, pero de manera triunfal, hasta tocar una de las casi infinitas perfecciones humanas; y allí mismo, ya lo veremos, se engendra y pone el germen de la caída. Y es criterio simplista pensar que la caída se debe a un debilitamiento vital de ese pueblo, a un envejecimiento. Ya veremos las causas.

¿Cuándo comenzó la sabiduría de los hindúes, fijada luego por escrito en los Vedas? ¿Cuándo comenzaron las venerables Sagradas Escrituras nuestras, hasta cuándo se transmitieron por una enseñanza

eficacísima oral, que la desconocemos nosotros, academistas puros? ¿Hasta cuándo esas Escrituras fueron la maravilla transmitida de boca a oído, de maestro a discípulo, fervorosamente, legando un tesoro de luz?

¿Cuándo nació la cultura egipcia? Vemos con asombro que en tiempos predinásticos, los egipcios ya tenían paletas de tocador labradas con imágenes en placas de pizarra. Paletas de tocador de un refinamiento que quisiera yo verlas en los bazares de hoy, tan grotescos. Menes o Namer hizo entre los años 4.500 a 6.000 a.C. -según las distintas cronologías- un dique, cosa que no hacen nuestros gobernantes en la pobre Santiago del Estero. ¿Dónde comenzó esa cultura?

Esto se esconde, el hombre nos excede; tanto, que a veces nos aplasta y nos pone neurasténicos, porque sus voces no las entendemos. Ese "más" que pide, esa ansiedad de un "más", ¿cuándo comenzó?

¿Y cuándo comenzó la cultura de los griegos? Los aqueos vinieron muy cultos, de una región desconocida. Grecia no aparece así, por generación espontánea; es la península más servida del mundo. Concurren maravillosamente cinco corrientes culturales poderosas hacia ahí; son discípulos de todo un mundo venerable por su cultura. En ella se vuelcan ante todo los grandes egipcios; tanto que hay ciudades de Grecia que tienen el nombre de otras egipcias. Los "kuroi", las primeras esculturas de mancebos griegos, son inconfundiblemente de factura egipcia; son grandes discípulos de los egipcios. El dórico tiene sus antecedentes en el arte egipcio de Imhotep, y el templo de Deir-el-Bahari es evidentemente un templo protodórico. Cinco corrientes... ¿Dónde está el nacimiento espontáneo de Grecia?

Entonces nosotros, yendo a la naturaleza del hombre otra vez, podemos decir que se inicia una cultura, o sea un movimiento perfectivo del hombre y de todas sus posibilidades, se despierta y se enardece, en aquel momento en que este pueblo se conjuga y se desposa con el universo. ¿Cuándo fue, en qué momento fue? Estos bárbaros entran en un movimiento de cultura, de cultivo de sí mismos, en aquel momento en que se admiran del universo, lo que generalmente se produce cuando cambian de lugar. Los indoeuropeos estaban en una naturaleza magnífica, pero parece que no la veían, se habían acostumbrado demasiado a ella. Grandes desiertos, podero-

sos, que provocaban al hombre precisamente, grandes montañas, grandes ríos; y en cambio se despliegan en un impulso magnífico, vital, cuando tocan a la preciosa dama Europa, a la encantadora novia. ¡Qué continente tan proporcionado al hombre! Todo él es un vivo poema. ¡Lo que es esa península del Peloponeso! Es una creación amorosa de Dios y lleva a hombres que lo van a entender.

Y el signo de que nace una cultura es el fruto de ese desposorio: la aparición de un nuevo lenguaje. El lenguaje, la palabra, es algo más que un signo convencional; es el hijo de ese desposorio, es el hombre que pronuncia como verbo sensible, la esencia de la cosa que ha poseído por intuición. Creo que el momento de nacer una cultura es un momento poético. Miren lo que es ese lenguaje de la España que nace como España; es algo que uno siente el sabor de todo. Y no es un momento de poetas, es el momento en que todo un pueblo es poeta y el lenguaje es el poema genial de un pueblo. No hagan caso de los que dicen que el mito es el encuentro y la raigambre del hombre en la realidad. Es la poesía; la poesía se debe a la intuición que yo tengo en el momento de admirar las cosas y de descubrirlas; la intuición que yo tengo de la esencia de la cosa.

A ver si me pueden entender este trozo que he escrito en un artículo que se llama "La palabra violada". Aquí explico un poco lo que es la palabra. Está escrito de manera muy densa; espero que algo les quede, no porque piense que no son capaces de entenderlo, sino porque para eso es necesario reflexionarlo, y con una sola lectura no lo van a poder lograr. Creo que escribo de manera muy condensada, que mido las palabras.

Dice así:

"*La palabra humana constituye la última perfección de las cosas sensibles*". (Y explicamos:) "*Cuando nombra a una de ellas, la define, manifiesta su peso y medida ónticos* (reales, de su ser) *y, por último, le señala su lugar en el orden del universo con respecto de las causas y dentro de las concertadas multitudes de las criaturas. Por eso se puede afirmar que el logos humano corona con una epifanía del ser al mundo sensible.*"

(Explicamos más, entrando en una explicación psicológica.) "*El modo de operar que la racionalidad añade a la inteligencia existe ante todo por causa de la esencia del ser corpóreo. Este -que no es sólo fenómeno ni, mucho menos, sólo materia- llama a esa peculiar*

inteligencia como a su término; allí completa su ciclo, pues un ser que no se consuma en inteligencia, es un ser incipiente, o bien, frustrado."

"El ser físico se desgrana en miríadas de accidentes parciales y sucesivos. La materia quanta no admite una actualización -y por ende una manifestación- simultánea de todas las perfecciones contenidas en la virtualidad entitativa de una forma sustancial recepta" (recibida en la materia). *"Por esto la cosa sensible no es verbo de sí [no es palabra de sí misma, no manifiesta su esencia]; nunca se pronuncia aquí y ahora en una plenitud actual."*

"En cambio, la inteligencia racional es potencia activa con respecto del ser; la única capaz, en la realidad sensible, de abstraerlo de la materia y poseerlo tal como es en sí, en su potencialidad primordial, depurado de las oscuridades que la causalidad coartante de la materia le imprime. Sabemos que ser e inteligibilidad son términos convertibles."

"El entendimiento humano tiene la propiedad de nombrar como suya a la esencia que fiel y pasivamente recibe de parte de la cosa. Esa fusión de lo inmutable de la realidad sensible con la inteligencia se llama intelección, de la cual procede una representación formal intelectual en que la esencia conocida es expresada; ésta es la species expressa, la idea: El verbum mentis". (Acá podemos dejar porque ya entramos en la complejidad de la argumentación o razonamiento, y podemos ir al final de la intelección.)

"La inteligencia, entonces, con su acto más perfecto, el juicio, se ajusta a la cosa, afirmando lo que es o negando lo que no es, hasta el punto de consumar la unión más íntima que pueda darse entre dos cosas realmente distintas -la inteligencia y la realidad- y, a la vez, transformadas la una en la otra. Desposorio, éste, necesario; primer misterio donde toda cosa halla su reposo y se despliega en gloria. Ser y verbo: última y mutua perfección; tope final, pues no puede haber cosa más deseable, fruto más jugoso, que el ser y la manifestación del ser en el verbo. Es cuando se convierte en mirada de su rostro; luz interior donde las cosas ríen y trazan sendas de alas hacia el Principio inmutable."

"Pero los caminos del conocimiento de lo sensible no paran en el verbum mentis ni en el jucio: Se traducen en signo". (Y aquí explicamos por qué).

"A esa causa se debe la abundancia ontológica que entraña todo vocablo: Se descarga sobre él alguna plenitud esencial, la poseída por la idea que lo promueve."

"En consecuencia, la palabra veraz alumbra el existir de las cosas temporales con abreviadas plenitudes. Aquí -en la realidad- la cosa entrega su ser en sucesión de accidentes; allá -en la palabra- lo ofrece entero y patente en el instante iluminante del signo. La manifestación es mayor en éste; en aquélla, la carga entitativa."

"Cuando se posee la palabra de esa manera, la realidad se corona con la epifanía de su propio fondo ontológico. Se producen entonces los grandes momentos de la poesía y las culturas típicas se envuelven con el halo de artes plétoras, henchidas de sentido. En cambio si se la concibe como un puro signo ad placitum, es violentada lo mismo que el violín en las manos de un Paganini o el piano en las de un Liszt. Este último trato es sintomático: El vigor vital de un pueblo ha muerto cuando su propio verbo le resulta un conjunto de términos convencionales. Las palabras, quebradas en sus relaciones trascendentales con las esencias, flotan sobre las olas del naufragio, como formas yertas, esquilmadas por los comerciantes y los periódicos."

"La verdad es que el ser de un vocablo es pura estructura significativa, y tanto, que incluso su poca materia está, toda ella, embebida de intencionalidad, no arbitraria sino arraigada por sutiles analogías en las esencias mismas de las cosas. El espíritu humano llega al prodigio artístico del lenguaje porque es obra del genio de un pueblo, no de un individuo; y brota de allí, gracias a esa abnegación de todo lo particular, como la expresión más equivalente a la índole espiritual de ese pueblo. Cuando uno de ellos, por el asombro, recibe al desnudo en sus entrañas el impacto del misterio del Cosmos, produce su idioma." (Ahí está el nacimiento de una cultura.) *"Momento feliz de deslumbramiento y de juego donde el hombre liba las esencias y todo un pueblo es poeta que gesta con cada palabra una obra maestra y con las relaciones sutiles de los vocablos, otra mayor, más memorable".*

Y la Argentina no ha sido nombrada; hemos tenido poetas europeos, algunos muy buenos, pero europeos. La Argentina no ha sido nombrada; Tucumán yace mudo. Estamos como los obreros vacantes de la parábola del Señor sobre los trabajadores de la viña: "¿Por qué estáis aquí todo el día parados?": "Es que nadie nos ha contratado".

¡Vaya si no estamos contratados y si no vamos a tener que dar cuenta!... La Argentina es un oasis de punta a punta. Un maravilloso paraíso que no se lo ha visto. Y somos gente con problemas de pueblos envejecidos, cuando tenemos tanto para hacer. Y debemos ocupar horas vacías porque nos aburrimos por eso, pues no nos hemos llenado con la realidad que se nos ha encomendado.

¿Nos hemos admirado alguna vez de las maravillosas sutilezas del modo subjuntivo? "Había de haber habido"... Es algo tan genial, que basta para echar abajo cualquier sistema materialista. "Hubo de haber habido"... ¿Se dan cuenta de la presencialidad nuestra frente al tiempo que corre? Relación de relación, ¿quieren mayor sutileza?

Les advierto que no hay cosa más opaca -lo digo para poner un contraste entre pueblo y pueblo- que las traducciones de las Sagradas Escrituras que tenemos que leer nosotros en la Misa. No se tiene ya el sentido de las palabras ni de las cosas. No se ven los matices sutiles de las esencias. Si yo no encuentro otras palabras para pronunciar las Sagradas Escrituras, señal de que estoy totalmente ajeno a su sentido. Es una vergüenza. No hay cosa más opaca; no están los evangelios, no están los profetas. Está un cuento de hadas, está un periódico.

¡Lo que es el idioma! Respeten las palabras y métanse en ellas. Cada palabra entrega un mundo, y sus tiempos -no digamos-, toda una vida. Yo les voy a decir que la Argentina nació a la cultura y a una verdadera cultura, el día que yo vea metáforas en el pueblo, brillantes, jugosas; no esas metáforas opacas, casi todas ellas referidas al sexo.

Volviendo a esto, a mí se me ha quedado como signo del nacimiento de una cultura, el Moscóforo de los griegos, anónimo. Es una de las cosas que muestra todo la luz del mundo, del mar y del horizonte de Grecia, que sonríe mirando allá, y lleva un becerro sobre sus hombros. Es de una gracia, de una flexibilidad ese cuerpo, de una belleza, de una musicalidad abriéndose en alabanzas ese tórax, que está Grecia. Y creo que podemos marcarlo como el momento poético, no del nacimiento, sino de la impresión de su nacimiento, porque anterior al Moscóforo creo que es Hesíodo, y mucho más allá, Homero.

El nacimiento de una cultura no está señalado por la aparición de los instrumentos. Esto es connatural con el hombre, y en todos sus estados pueden aparecer instrumentos. Insistamos en el punto de la admiración. Es el estado promisorio del espíritu humano y podemos decir con todo rigor científico, que el hombre nace como hombre en

aquel momento que se admira de algo. El hombre sumergido en costumbres es un muerto. Examinemos con este principio, bien riguroso por cierto, nuestras propias vidas y esforcémonos por admirarnos de algo. Y es tremendo ya, como para desahuciar a una civilización entera, cuando el hombre ve las cosas del universo bajo el signo económico de la utilidad. Es como aquel que ha tenido una esposa y jamás la vió. Créanme que esto afecta la salvación, porque la misma salvación comienza por admirarnos; el cristiano que no se haya admirado de que un Dios tome naturaleza humana, nada más que por salvarnos y por amor, y no se lo plantea esto en todo el esplendor que significa, ese cristiano nunca comenzó a ser cristiano, nunca.

No la confundamos a la admiración con la sorpresa, que es lo que está explotando el comerciante para llevarnos y traernos de las narices. Ya saben que todo lo espiritual tiene su semejanza en lo material, en lo sensible, y podríamos decir su caricatura. Semejanza cuando las cosas están en sus relaciones normales, y caricatura simiesca cuando este semejante en la materia intenta suplantar a su semejante del espíritu. Hoy se vive de sorpresas, no de admiración. Los muchachos han mirado con sorpresa a mil niñas, pero no sé cuál de ellos ha admirado a una niña, porque están en esa educación, están así formados; lo único que se cultiva hoy es la sorpresa. ¿De dónde vienen las carátulas de las revistas, de qué vive el comercio en su propaganda? ¿Cúal es la razón de ser del afiche y los letreros luminosos? La sorpresa, que pertenece a los sentidos; algo insólito que se me muestra y en seguida decae. Me enciende, y como no tiene contenido real, se esfuma.

Ninguna cosa grande humana causa sorpresa. Puede causar sorpresa un Berlioz o un Tchaikovsky, y no digamos un Wagner. No se pueden escuchar más que una vez; la segunda hartan. En cambio la admiración no está reñida con el discurso, con esto de descubrir lo admirable. Al contrario, está al cabo de una disciplina de ascenso, de crecimiento. A Bach no se lo logra sino después de una larga frecuentación de Beethoven; a un Vivaldi otro tanto. Al Moscóforo no digamos, y no digamos al Doríforo. Y no digamos al lirio y a la rosa. Entonces, la admiración es la puerta de la verdadera vida, porque ella se debe a que yo me coloco en una actitud de lucidez tal, que estoy recibiendo esa luz original, primera, fundamental, de la cosa que existe conmigo; la originalidad de la cosa. Un lirio, por más lirios que

haya, siempre es original y nuevo, siempre lleva el sello de la Creación; y mi mano y mi pie, son siempre originales, por más que los trate durante años. Todos los días son originales, no dejan de serlo. Los ojos por ejemplo siempre serán un toque altísimo, un toque final del rostro, el acento que entrega el alma. Siempre lo serán.

Y mientras la sorpresa lleva al acostumbramiento y al hastío (es el proceso del apetito sensible: sorpresa-acostumbramiento-hastío), lo otro va internándose en un infinito relativo.

El hombre que empezó a escuchar la Novena Sinfonía a los ochos años, la escucha nueva y mucho más profundamente la posee a los ochenta años, si la escuchó durante toda su vida periódicamente. El hombre que haya escuchado por cinco minutos algo, ya sale del plano letal de la costumbre. Y esto sí que es importante y pone a prueba el matrimonio. Ya ven cómo el matrimonio no se puede fundar nada más que en el descubrimiento del otro; y un descubrimiento que siempre será nuevo, si comienza así, en un encuentro real del otro. De ahí que puede ser indisoluble, por supuesto que puede serlo, porque todos los días es nuevo.

Dado este principio podríamos sacar conclusiones muy interesantes. ¿El español descubrió América? Yo les traigo el hecho, a ver si es demostrativo o no, de que había una vida pujante en Perú, Bolivia, y el resto de estos paises de hoy. Se van los españoles, e inmediatamente se desinfla todo. ¿Habían visto América? Y los hijos de estos españoles, ¿habían visto América? No digamos el Río de la Plata. ¿Se injertó el hombre en esta tierra por la admiración? ¿Cuántos poemas, cuánta música, cuántos cuadros españoles nombran a América? En cambio vayan a España a ver si descubrieron la península ibérica o no. Qué manera de estar realizado perfectamente, intensamente, en un grado máximo, el desposorio universo-hombre. España en su exhuberancia de vida se desbordó hacia América, vaciándose ella. Pero, a América hasta el día de hoy no se la ha visto. Ninguno de nuestros países, de estos nuevos países, estaban fundados ya. Todo es provisorio. Elementos étnicos y geográficos que aún no se han fusionado. Intentemos comparar nosotros esto con el nacimiento de Europa, y vean lo que es eso. El momento histórico que pasaba España no le permitió descubrir a América. Fue un descubrimiento puramente material. Compárenlo con las fundaciones griegas, con esa Grecia madre de culturas y culturas.

Es necesario saber aplicar los principios, corroborarlos en la realidad. Tenemos que estar seriamente preocupados: nosotros no estamos fundados, la Argentina no existe. Somos un planteo híbrido. ¿Hay admiración en nosotros por algo? ¿No se han dado cuenta que somos un pueblo envejecido?

Nuestra juventud es nada más que de fechas, totalmente circunstancial; pero juventud humana, nada. Somos pueblos viejos, estamos viviendo de sobras, de los detritus de una civilización que se ha desmoronado. Y el argentino aburriéndose en las esquinas, es el símbolo más tremendo de que no hemos nacido. ¿Se dan cuenta todo lo que hay por hacer acá? Y un quehacer magnífico, así, de vuelo.

Capítulo VIII

VOLUNTAD DE FORMA

¿Cuál será la causa del crecimiento de una cultura?

Hemos dicho cuando hablábamos de cultura, que el hombre es un puro potencial inmenso, que se abre con capacidad de recibir de muchos órdenes múltiples bienes distintos; que coaduna todos los órdenes que componen el universo, teniendo aptitud para hacer suya la realidad entera: la tierra, los ángeles, Dios.

No es un alma encerrada en un cuerpo, concepto vulgar; es una unidad sustancial donde lo sensible está unido de manera exquisita y congruente a lo espiritual. Es un espíritu encarnado, es una carne espiritualizada. Por favor, dejen el concepto romántico de espíritu; el espíritu no es vaporoso, el espíritu es inteligencia y voluntad, bien neto, potente.

Por lo tanto y como veíamos, estos bárbaros que despiertan, ya llevan incoada una cultura. No se ve un abismo entre este pueblo que antes era bárbaro y ahora empieza a ser culto. No hay una división y mucho menos en Europa, donde están cantidad de elementos bárbaros coadunados con esta magnífica cultura. Podríamos decir que barbarie es un estado del hombre ya de incoación de la cultura que no niega la rusticidad. Tomen por rusticidad su sentido exacto, de estar fundido todo eso con elementos de la tierra, pero en todo su sabor, fuerte, de tierra.

Cuando este pueblo parte hacia un desarrollo cultural, cuando nace para crecer en cultura, ya trae sus potencias bastante actualizadas por adquisiciones inconscientes y por costumbres generalmente irreprochables, austeras, donde los grandes valores humanos están, no sólo en pie, sino instituídos vigorosamente. La autoridad o el matrimonio, la educación de maestro a discípulo, esa transmisión de lo que se conoce por una tradición equilibrada de respeto al maestro y libertad del discípulo, etc., todos esos elementos que configuran las relaciones humanas normales, están en el patrimonio bárbaro que parte hacia la cultura. Fíjense bien, no son cosas que las va a adquirir en cuanto culto, sino que las trae ya en cuanto bárbaro.

Y entonces, ¿dónde está la ley del desarrollo? Porque nosotros haciendo filosofía tenemos que buscar causas, no quedarnos en fenómenos. Worringer, es un kantiano que se ocupa de Filosofía de la Historia y Filosofía del Arte. Hace clasificaciones bastante extrañas cuando se refiere a civilización y cultura, cosas muy artificiosas, pero en fin, tiene una expresión feliz que no la vamos a usar por supuesto con el contenido kantiano que tiene, sino dándole uno clásico: voluntad de forma. El dice que un arte realiza la volundad de forma de un pueblo. ¿Qué es esto de voluntad de forma? Digo que un pueblo cuando parte hacia su cultura, está de alguna manera ya determinado; no es un potencial puro, informe, que cuando despierta con admiración recién empieza a adquirir y a determinarse, no. Ya trae muchas determinaciones; por de pronto la temperamental, que él no puede parar ni depende de su voluntad. Los astros, ya han estado conjugándose en el momento del nacimiento de los miembros de ese pueblo, evidentemente ya han dado una cierta determinación a su temperamento. No digamos el lugar: un temperamento lo va a dar la orilla del mar, otro la montaña, otro la abundancia de tierra o la humedad. El temperamento es una primera determinación material de la posible personalidad de un hombre o de un pueblo. No digamos las influencias históricas que siempre pesan por más que este pueblo estuviese aislado; siempre algunas relaciones humanas ha tenido con otros pueblos. Influencias de civilizaciones próximas o remotas, las tuvo incluso el Egipto que es uno de los países que se formaron más autónomos, más fuera de las influencias de otros pueblos. Y así tenemos que por supuesto ese caudal potencial, ya va a tener una tendencia a realizarse en un sentido y no en otro. Ya está un poco más coartado, ya no es una pura posibilidad.

Pues bien, a esta tendencia que va a realizarse por acá y no por allá, le podríamos llamar perfectamente voluntad de forma, sin admitir, es claro, el sentido kantiano que esta expresión tiene en Worringer. Entonces, hay una voluntad de forma, que no niega la libertad del hombre, pero la libertad en la sociedad, en su movimiento histórico, es muy restringida. Depende de la autoridad; el único principio que puede poner libertad en la sociedad, es la autoridad. Cuando la autoridad es verdadera cabeza, sin duda que puede mover a la sociedad en un ángulo de noventa grados e incluso en uno de ciento ochenta. Pero una sociedad sin cabeza es una masa que se mueve

inexorablemente de manera dialéctica; es decir, se pone este acto, y viene necesariamente este otro y otro. No pasa esto con las culturas antiguas, que tenían una cabeza, y donde incluso el movimiento migratorio era decidido por esa cabeza que daba unidad a la masa, a toda la sociedad, y la movía entonces con libertad personal.

Adviertan por eso la ilusión de los católicos de hoy: Tenemos que actuar en el campo de nuestros enemigos; tenemos que tener radio, cine, televisión... Imposible. Miren si la dialéctica de un movimiento histórico no es inexorable. ¿Y qué grado de libertad hay? Ninguno. ¿Ustedes saben, para ser personas, lo que hay que hacer hoy? Ni más ni menos que caminar en sentido contrario frente a un ejército en orden de batalla. Pero se puede hacer, felizmente. Hace falta mucha valentía, pero se lo puede hacer.

El vigor de ese movimiento, de esa voluntad de forma, se manifiesta en el poder asimilativo de un pueblo. Estudien a fondo y verán que no hay ningún movimiento esporádico en la historia humana. Vayan a las civilizaciones y culturas más remotas y verificarán que han tenido maestros, algo asombroso.

Vayamos al egipcio, al Egipto, para ver esa voluntad de forma. Nos encontramos con focos arqueológicos que arrojan siluetas de animales en sílex, hechos así, cascando una piedra con otra. Después, estas siluetas de animales aparecen pulidas. Y junto con eso, instrumentos de marfil de lo más refinados, con bajorrelieves, más o menos en la misma época. Y, cosa no explicada hasta el día de hoy, jarrones de piedra pulida, donde se han elegido las piedras más bellas, cosa que siguió durante todos los imperios egipcios. El mismo faraón se iba con el gran albañil y con un séquito a elegir la mejor piedra, sin grietas, en el desierto, para hacer su estatua funeraria. Y no les digo los basaltos verdes y las serpentinas y los granitos que elegían, haciendo jarrones con las piedras más duras, y complaciéndose en formas geométricas puras. Y a todo eso, le llaman artes primitivas. ¡Que me traigan esos primitivos! Aquí ven la voluntad de forma; esa voluntad que comienza en los jarrones y se continúa en las pirámides. Esa voluntad de forma que conoció perfectamente el arco, la bóveda y la cúpula, renuncia a esos elementos, y se queda con la arquitectura adintelada.

Ahora, hay un hecho que nos indica si el movimiento de esta cultura es promisorio o no es promisorio, y este hecho es la asimila-

ción. Hagamos una comparación de las culturas con las plantas. Ustedes saben; una semilla, un germen, brotes poderosos, incoercibles, que con gran imperio desde dentro van realizando una forma en la materia. Asimilan materia, la materia que necesitan, expelen la que no, y van formando una planta, un organismo como el nuestro. Esto exactamente pasa en las culturas que se han cumplido, que se han realizado. Hay un poderío de asimilación extraordinario. Hay influencias; necesita el hombre de influencias porque es sociable y siempre, ya les digo, todas las culturas que conocemos han tenido maestros.

Es una cosa extraña en los antiguos que mientras hay una gran comprensión y asimilación de culturas, pueda haber a la vez una enorme rivalidad política. Pongamos para esto el caso de la Mesopotamia. Estaba ocupada por gente muy culta, los sumerios. Estos construyeron ciudades, y al hacerlas, ponen en el remate o terminación del edificio esculturas y bajorrelieves muy infantiles, de figuras agregadas. Los acadios, hombres de neta raza semita, llegan luego, prevalecen y someten a los sumerios. Pero el arte sumerio se continúa con los acadios y los acadios lo asimilan. Les arrebatan el poder, pero los continúan en el arte; y la estela de Naram-Sin, es una obra que ya tiene unidad artística perfecta, compuesta, armónica en sus partes. Ya no es aquella agregación infantil de figuras de los sumerios. Así llega al apogeo la civilización que se puede llamar tranquilamente sumerio-acadia, porque hay una clara continuidad entre ambas.

¿Ven la asimilación? No imitan, asimilan y con su inteligencia, continúan. Es un signo de las verdaderas culturas. El poder asimilativo y transformante, voluntad de forma, es aquello que es su propio genio.

Capítulo IX

EL CRECIMIENTO. EJEMPLOS

El crecimiento de un pueblo en un movimiento histórico significativo como tal, como historia, se debe al apetito natural de perfección. La posición que tenemos es clásica, ontológica, y no convertimos a la historia en una explicación de sí misma, es decir, en mitos. Aclaro que el término "mito" hay que usarlo con precisión. Mito es cuando yo sublimo una cosa por encima de sus términos específicos y verdaderos; cuando le atribuyo perfecciones divinas generalmente que las cosas por supuesto no tienen. Eso es un mito.

Y esto de que la historia sea la causante de sí misma evidentemente es un mito. Hoy estamos en pleno historicismo. Por un debilitamiento de la mente occidental nos hemos quedado con la anécdota; hemos perdido de vista aquella pujanza que tenía el hombre de Occidente, aquella garra para penetrar las cosas y ver las esencias. Entonces estamos en el devenir de las circunstancias, en lo accidental, lo anecdótico; en un existencialismo peligrosísimo, por cuanto que justificamos las cosas en sí.

Que hay una voluntad de forma verdadera en el hombre, la hay. Una búsqueda de sí mismo en una gran incertidumbre, en las tinieblas de la ignorancia de su destino, de lo cual es expresión patética y sublime la tragedia griega. La expresión mayor de su sentido está en la tragedia griega; la podemos convertir en símbolo de la historia.

Sigamos con la exposición filosófica, aunque se me ha hecho odiosa la palabra "filosofía", porque la ha acaparado el racionalismo que ha matado a la Metafísica. Entonces diré "ciencia" nada más, porque estamos buscando las causas de la historia.

Un pueblo se levanta en un movimiento históricamente significativo igual exactamente que la planta, pero sin la prerrogativa de la planta que cumple infaliblemente su forma de manera esplendorosa, definida; en cambio el hombre la cumple en la incertidumbre de una verdadera aventura en la que se juega entero.

La cultura, es otra palabra que la tenemos que rescatar, redimir. Odiosa al máximo la ha hecho la filosofía germánica. En cambio es

una palabra que la debemos depurar, pasarla por el crisol de la inteligencia para encontrar su sentido nobilísimo, el de cultivo indispensable del hombre. Si el hombre no se cultiva amorosamente es un hombre perdido.

Consideraremos entonces ejemplos históricos de este crecimiento de los pueblos en la cultura. Dijimos que el síntoma de crecimiento es la asimilación; en cambio el síntoma de decadencia es la imitación. No voy a tocar Europa, por ser su movimiento esencialmente teológico sino que voy a citar pueblos antiguos, nada más, donde vamos a ver su crecimiento con la nitidez que se desarrolla una planta.

El pueblo más admirable en este sentido es el egipcio; pueblo espléndido en su crecimiento, con un impulso vital extraordinario. Crecimiento vigoroso y pacífico: durante todo su esplendor no tiene una sola guerra. La guerra viene con los hicsos, los reyes pastores, en su decadencia.

Esto lo destaca Worringer y tiene razón: un pueblo que logra convertir en fuerza benéfica una fuerza devastadora en sumo grado -la inundación del Nilo- qué talento y qué pujanza tendría. Piensen bien y comparemonos con ellos y lo que pasa con las crecidas del Paraná. Una desgracia repetida un año, y otro, y otro, para grandes letrerones en los diarios y nada más. Y esta gente supo encauzar aquello y convertirlo en una fuerza benéfica. Eso ya les da la pauta, la medida de la vitalidad interna de ese pueblo; comparémonos: en año 5.000 a.C., dos eras y media de las nuestras.

El crecimiento es pujante y espléndido. Conciban el apogeo del Egipto cuando los faraones Keops, Kefrén y Micerino; el refinamiento intelectual de esa gente. Entrar en el Nilo, en este río amplio y encontrarse con las pirámides como espejos lucientes, resplandeciendo bajo la luz del sol como si fueran de cristal y son de piedra granito, con un casquete de metal pulido allí arriba para reflejar los rayos solares. Pongan bajo esas pirámides esos cuerpos broncíneos, ese río pacífico navegado por estos hombres cubiertos con túnicas de lino, con collares y brazaletes esmaltados espléndidamente, y sus ojos realzados con la pintura que se ponían para preservarse de la reverberación del sol...

La Argentina es un oasis, el Egipto es un oasis; y el egipcio nombró al oasis. ¿Nosotros hemos nombrado nuestro oasis? ¿Quíen tendrá la estatura de los Andes, cuál es el alma que tendrá la amplitud de

nuestras llanuras? ¿Cuál es el hombre en nuestras tierras que las pronuncia como pronunció a ese cielo azul, ese río azul y esas tierras doradas el egipcio?

Ahora, hay una figura de hombre espléndida y completa, de esas pocas figuras que encontramos en la historia humana. Se llama Imhotep, y Worringer dice que es el que lanzó al Egipto en esa civilización de altas murallas. Imhotep es una figura exquisita, negación absoluta de toda evolución, porque es refinado como no lo es el occidental en el siglo XX. De una fineza y elegancia extraordinaria, patente en las obras que hizo para Zoser, del cual era gran visir. Y era además astrónomo y médico, hasta el punto que su fama llegó a los griegos y romanos bajo las figuras de Asclepios y Esculapio. ¿Saben dónde se inspira la arquitectura de Imhotep? En los palacios de caña de bambú que se hacían en aquella época. El es el que traslada el estilo que puede suscitar la ligereza de la caña de bambú, a la piedra. Y entonces el Egipto emprende un alto camino de cultura en una conjunción con una civilización proporcionada. El apogeo es eso.

Ahora yo no les puedo decir lo que es la estatuaria, ante la cual se oscurece toda la estatuaria del mundo; incluso la griega queda en un peldaño inferior, no muy inferior, pero queda un poco oscurecida frente a los destellos de una estatua de esa época. Brilla la esencia de las cosas. En la estatua de Micerino con su esposa, está el hombre y están allí todas las dotes del hombre racional. Reparen en la fineza exquisita de ese tórax, esos pectorales, la nobleza de esos hombros y aquellos brazos. Una mirada que sonríe a los horizontes, y ese pie que avanza decidido, suave, firmísimo. Altísima escultura y altísima civilización.

No les puedo expresar lo que es el templo rupestre de Deir-el-Bahari, hecho por la reina Hatshepsut. Qué manera de estar compuesto con los acantilados de las rocas y cómo son una transformación en verbo humano, componiéndose armónicamente en perfecta proporción con el templo. No podemos decir que todo eso es obra de esclavos, si todo eso es expresión de un amor indecible al universo.

Yo creo que el arte es confesional del espíritu de un pueblo. Acuérdense bien de esto; cuando quieran conocer el estado de un pueblo no vayan a sus ideólogos, no vayan a los teólogos divulgadores con tomismos de novelas rosas; vayan a los artistas. Cuando quieran conocer las entrañas de un pueblo, vayan a sus artistas.

Las pirámides son asombrosas. Sus caras están en una pendiente perfecta de 52 grados. Hoy se ha descubierto que el perímetro de la base de las pirámides, equivale al círculo que se puede trazar tomando la altura de la pirámide como radio. ¿Está allí la cuadratura del círculo resuelta?

Noten aquí cómo es que los egipcios se complacen en puras formas geométricas, pues no hay en ellas la menor señal de decoración, en absoluto. Y pensar que el siglo barroco, en su petulancia, en su pedantería, engañado por las teoría del progreso, creyéndose mejor que los egipcios hizo todo lo contrario. Eso sí, deteniéndose en las pirámides, no quieran compararlas con las de los aztecas, porque entonces se ve toda la pesadez del azteca. Se revela cómo esas corrientes migratorias son de pueblos que vienen del Asia ya en decadencia trayendo un barroquismo de vejez.

Y toda la antigüedad ha venerado al Egipto, toda la antigüedad; los griegos hasta el punto de sentirse honrados de ser sus discípulos, y los romanos otro tanto.

La Mesopotamia es antagónica con el Egipto. Son culturas hechas a fuerza de guerras. Que eran razas belicosas, no lo sé; mucho tiempo fueron pastoriles y pacíficas hasta la llegada de los semitas. Los semitas introdujeron la guerra. Al ser tierras muy codiciadas, padecían continuamente invasiones de sus vecinos. Entonces el apogeo de ellos es un apogeo de imperio, de un imperio terrible, durísimo.

Ahora, ¿ellos fueron nada más que eso, no fueron hombres cultos, en el verdadero sentido? ¿No fueron hombres que se acercaron a una perfección posible al ser humano? No tenemos que tener la idea de un pueblo brutal acerca del asirio, porque tuvieron grandes poemas, y una pujante astronomía. Están los espléndidos palacios que hacían con adobe y cuya decoración única -miren la sobriedad que manifiesta un alto grado de intelectualidad-, era un friso de magníficos bajorrelieves.

Les puedo decir que nunca han sido superados los asirios para hacer animales pues este arte, en ese desenvolvimiento progresivo que va pasando de pueblo a pueblo, llega a su cumbre con los asirios. Bajorrelieves como el de la caza de los asnos salvajes, que es una composición en línea ondulada, terminando en espiral. Algo de una maestría extraordinaria; componían y conocían la proporción, indudablemente, tanto como los egipcios y los griegos. Es decir que hay

una lucidez intelectual muy grande en estos pueblos. Y vean ahí cómo es una falsedad propia de la decadencia del Occidente, la cuestión del modelo. Son obras maestras de un realismo extraordinario, y por supuesto que no tienen de modelo inmóvil a estos asnos salvajes por ejemplo, que están en un dinamismo insuperable huyendo de los perros y de las flechas. Es una de las grandes obras del arte. Así como nombro al Moscóforo, se puede nombrar a este bajo relieve por su perfección, por su acabamiento y expresión lograda.

Ciertamente vemos en los asirios el crecimiento normal de una cultura humana, donde no se puede saber si su apetito de imperio es provocado por las circunstancias, que también condicionan al hombre y lo obligan a actuar, o es una deliberación de ellos, de sus propios reyes. Pero es una cultura diametralmente opuesta a la de Egipto.

Después, vayamos a la luciente Grecia, donde se ve toda la agilidad de la razón. Grecia ya es fulgurante. Si bien Egipto tiene majestad y gracia, aquí se ve toda la agilidad del espíritu múltiple y un hombre verdaderamente completo, porque todos los aspectos se desarrollan en él de igual manera. Son sabios por excelencia, hasta tal punto que la sabiduría es una inspiración habitual en ellos. Todas las cuestiones las considera y las trata el sabio.

Pero, será mejor que nos detengamos aquí. En historia siempre corremos el peligro de esquematizar, y estamos tratando materia viviente en su mayor grado de intensidad.

Capítulo X

LA CIVILIZACION EN LAS CULTURAS. EL APOGEO Y LA DECADENCIA

Una de las características de un desarrollo histórico auténtico, es que van apareciendo perfiles distintos en un pueblo que crece hasta el punto de hacerse inconfundible. No sé cómo se han podido llegar a nivelar los procesos culturales y ponerlos en una línea de ascenso hasta el Siglo de las Luces

Las cosas humanas son inefables, y por eso podemos decir que una cultura es siempre una individualidad histórica, cuando está verdaderamente realizada. Por ahora estamos hablando de la causa formal de la historia, que es de lo que podemos hablar cuando hacemos ciencia; para encontrar la causa eficiente de la historia y su causa final, necesariamente hay que hacer Teología. Hablando de la causa formal -y de la material, por supuesto, que va a ser conjugada con ella-, digo esto: que hay un punto en que este pueblo se hace inefable.

No proclamamos un agnosticismo histórico, ni decimos que nunca se podrá, por ejemplo, conocer al griego en su propia realización y en su propia naturaleza. Podemos; lo vamos a encontrar en sus genios, en sus hombres significativos e intimando con ellos y, a lo mejor, en ese matiz que solamente tratando sus obras lograremos encontrar. Así es como podemos nosotros remover el peligro de una concepción de las otras épocas y de los otros pueblos, según nuestra mentalidad.

Es algo deplorable, al caso, lo que se está haciendo con las Sagradas Escrituras. La exégesis de hoy de las Sagradas Escrituras, la católica, no es nada más que meter las Sagradas Escrituras en la mentalidad del burgués del siglo XX. Son algo tremendo las categorías que ponemos haciendo una exégesis que es, desgraciadamente, nada más que historia. Un gran exégeta de hoy, el pobre Padre Alberto Colunga, uno de los traductores de la Biblia, fue profesor mío. Y decía: "Para darles una idea de lo que fueron los hebreos, ¿con quién los puedo comparar? Con los beduinos...". Dénse cuenta dónde estamos. Siempre hay una pedantería inconsciente, porque el occi-

dental se cree el hombre cumbre. No se atreve a decir que es el superhombre, pero se siente el hombre cumbre del mundo.

La única salvación que hay para no caer en estas versiones, en estas adaptaciones de los otros procesos al nuestro y concebir las cosas según nuestra mentalidad, es nada más que convertirse en una inteligencia despojada de toda pasión, porque así la inteligencia es objetiva e intemporal. De nuestros límites, la única que nos puede salvar es la inteligencia, pero donde se mete una pasión, escondida e inconsciente, ahí nosotros ya defraudamos en historia. Por eso todas las concepciones que se hacen de ellas son pobrísimas, y créanme que me encuentro en aprietos para hablar de este proceso de crecimiento.

Dije que la voluntad de forma, va asimilando elementos para dar una forma distinta de las que puede haber, y así diferenciarse. Entonces, una de las propiedades que científicamente podemos adjudicarle a esa voluntad de forma, es que es principio de diferenciación. No deliberado, por cierto. La originalidad de este pueblo se deberá a una combinación tal de los elementos humano-cósmicos, que resultará única, pero que son siempre los mismos elementos. Y eso sí que es imposible de dar una constante, una ley, de cómo o qué resultará el mar para este pueblo, qué resultará la vecindad de otro pueblo, etc. Todos esos elementos se conjugan en el hombre, porque el hombre es sumamente plástico, es un centro viviente pero receptivo, que recibe y después da. Así que eso es totalmente inefable, y uso la palabra "inefable" no en un sentido romántico, vago, sino con toda precisión.

Nosotros no ponemos una constante en los pueblos antiguos; concebimos, sí, la sabiduría de que estaban animados. Todos ellos son sabios, profundamente sabios -no plenamente sabios-, pero fue una de las características generales ya de todos, no de tal foco cultural o de tal otro. Ahora, entendamos lo que es ser sabio. Sabio no es un Doctor en Física, como se dice hoy; sabio es aquel que posee las cosas en sus altísimas causas. Todos: chinos, hindúes, egipcios, no digamos griegos, todos están informados por la sabiduría y todos proceden con una mente sapiencial, cosa que nos falta en absoluto a nosotros. Por algo somos utilitarios, que es lo opuesto, lo antagónico a sapiencial.

El sabio está en lo necesario; el pragmático está en el nivel animal, de la utilidad de las cosas. Nosotros caemos en un vértigo y armamos útiles, instrumentos, que irán siempre a la misma parte; no aumenta

el fin porque se aumenten los instrumentos. ¿Ven la falta de sabiduría? Si yo me diera cuenta de lo que puede significar Nueva York para mí, nunca, con seguridad que nunca me hubiera tomado el trabajo de subir a un avión que me lleve allí en horas. Nunca, porque como hombre, al contrario, tengo que evitar a Nueva York. Entonces no me preocupo de armar un aparato inmenso de aeropuertos, estaciones y un mundo de gente para que yo vaya a Nueva York.

Por lo tanto, el crecimiento de los pueblos antiguos es, desde un punto de vista temporal de iniciación, una admiración que es desposorio con el universo. Es el instante de ese pueblo en que se despiertan por admiración sus fuerzas vitales, quizá por haber roto el acostumbramiento de estar en un punto y por haber realizado un movimiento migratorio. Instante provocado por la sabiduría, a la que poseen de manera connatural.

¿A qué se debe que los pueblos antiguos, todos, sean sapienciales? Todos tenían un gran sentido de la dignidad de ser hombres, y un gran sentido del quehacer humano y de lo que tenían que buscar para ser hombres. En una palabra, todos tenían una concepción perfectiva de la vida, de que la vida era para perfeccionarse. Todos. En ellos el artesano es un hombre y es un artista que trabaja el barro, ordenado a la utilidad para hacer vasijas, y tiene su dignidad de hombre en hacer muy bien aquellas cosas que hace y en hacerlas cada día mejor. Por connaturalidad, tienen una cantidad de principios que son esenciales al hombre y al dinamismo humano, como el concepto de perfectividad, perdido completamente por nosotros. Esos hombres da la impresión de que se forman en un yunque, todos, desde el artesano a Hesíodo. Hesíodo era un pastor, y no fue menos que un Pericles.

*
* *

Ahora bien, antes de seguir adelante, tenemos que hablar de la aparición de la civilización.

Necesariamente, el hombre tiene que realizarse en un medio sensible, siendo esa criatura psicosomática, medio y puente entre el mundo espiritual y el mundo corpóreo. Por lo tanto, tiene necesidad de instrumentos, de medios para comunicarse con ese mundo sensible, elevarlos hacia él y componerlos en un mundo racional, en un

mundo humano, y a eso llamamos ciudad. Ahora, en todos estos pueblos antiguos hubo una justa armonía entre cultura y civilización, habiendo variantes por supuesto, como las hay siempre; pero sin duda son dos líneas que corren paralelas. Ahí pueden ver la actitud sapiencial, en que saben medir los instrumentos con respecto al fin. Son señores de las instituciones; no crean monstruos abstractos que al fin ahogan al hombre, no dan un desarrollo excesivo a las estructuras.

Adviertan sin embargo que mientras las culturas suben y bajan, la técnica se desarrolla de manera uniforme. Llamamos técnica al conocimiento de aquellas leyes de relación y mediación entre la inteligencia humana y el artefacto. Leyes que participan de ambos extremos: de la naturaleza de la cosa y de la naturaleza de la inteligencia. Entonces, la técnica supone un conocimiento sapiencial, metafísico de las cosas.

Pongamos el caso de la pintura, donde conozco más o menos. Tengo delante un plano y debo hacer belleza allí, crear una entidad bella en la tela. Voy a crear belleza, si pongo cosas esenciales, porque la belleza es una propiedad metafísica de las cosas. Esa es la exigencia ontológica; la belleza no puede ser a capricho de la imaginación, sino que tiene que estar dada por las cosas en cierta manera. Hablando con un lenguaje más accesible, tengo que robarle a las cosas su belleza. Por tanto debo saber en qué leyes, en qué principios estriba ella. Uno de los principios es la armonía, y así me entero de una cosa insólita a la cual me tengo que someter, porque está impuesta por la metafísica de las cosas. Esa armonía radiante que hay en todas las cosas de la naturaleza se debe a un número inexplicable: 1,618, que armoniza las partes al infinito y al que se llama proporción áurea o divina proporción. Todo está en ese módulo de armonía suprema que es un misterio, un número irracional; no hay ningún análisis que me pueda explicar por qué es así y no de otra manera. Este principio se encuentra en todas las grandes artes, las artes antiguas, y lo rompió la Academia. La Academia post-renacentista empezó con la copia burda, la copia visual, que hasta ese momento no había existido.

Entonces en esto, por contraste, pueden ver cómo la técnica avanzó al margen de la cultura. Las grandes artes se mantuvieron metafísicas y ontológicas, o se perdieron. Pero el cuchillo de piedra se hizo en bronce, después de hierro y luego de acero; y eso no se

pierde más, eso va pasando de hombre a hombre porque es una cosa de orden muy accesible. El progreso técnico de una civilización es uniforme, nunca se volverá al cuchillo de piedra, nunca; tendría que hacer Dios un cuasi prodigio de borrar del mapa toda civilización. En todo lo demás pasa lo mismo, y la trampa del europeo es considerar el progreso de la mecánica como manifestación progresiva de la inteligencia, cuando la mecánica es la experiencia; progresa por una cantidad de mediocres. Y cuando vamos a las decadencias, vemos que precisamente lo que queda y engaña a un pueblo para que no se dé cuenta que está en decadencia es que permanece la técnica.

¿Saben la primera vez que yo ví la decadencia? En la pobreza de las obras que siguen al Partenón. Como es una cosa tan lograda, después vemos caer y caer al arte, hasta que nos encontramos con ese Laocoonte gesticulante; con todos esos retratos insignificantes que nunca había hecho el griego. Queda la civilización y muere la cultura. Esas obras henchidas, del tiempo clásico, áureo, de Grecia, dejan en pos de sí una gran habilidad manual. Un escultor como Lisipo hace todos los músculos del cuerpo humano, pero sólo hace ya un cuerpo humano. De aquel apogeo queda la habilidad manual, la técnica, vaciada de inspiración; se ve inmediatamente, cómo se ha venido abajo el espíritu.

*
* *

Hablemos ahora del apogeo de los pueblos.

Miren, a mi me da la impresión que el apogeo no es una perfección sino una limitación, un detenimiento. La vida humana en la tierra tiene que ser crecimiento, pero cuando se han obtenido ciertas perfecciones y bienes, entonces ese pueblo empieza a reposar en lo adquirido, entra en la fruición de lo que ha alcanzado y ahí se detiene. Y entonces el apogeo es germen de decadencia. Así que los apogeos son momentos muy efímeros de los pueblos. En Atenas se lo ve neto durante la existencia de Pericles. Hasta ese momento está creciendo magníficamente; terminó Pericles, viene Alcibíades y llega la descomposición de Atenas. El crecimiento, cuando llega una cierta maduración de instituciones, se para, y los hombres empiezan a reposar en los bienes adquiridos con los grandes esfuerzos anteriores.

Entonces comienza el relajamiento, una de las causas de decadencia. Muchos como Spengler han dicho que la decadencia es el agotamiento vital de un pueblo que empieza a envejecer. Nunca se ha dado eso.

La abundancia económica es lo que ha matado toda cultura. Los pueblos se realizan en la pobreza. Babilonia, Persia, Esparta, Atenas, cayeron por su reposo en la abundancia. Roma era austerísima en su crecimiento, magnífica; los patricios cultivaban la tierra y era sello de dignidad y honor hacerlo. Ahí hay un sentido profundo sapiencial, y quizá brote de allí su voluntad de imperio, no de dominio económico y político como dicen. Cuando lo fueron a buscar a Catón, el Censor, estaba con el arado en la mano. Y eso lo heredó toda Europa. La ambición de los reyes luego, les quitó el arado de las manos a los nobles y los hizo cortesanos.

El proceso es lógico: abundancia-comodidad-relajamiento-envilecimiento-vicio; sin duda, la comodidad envilece. Evidentemente la falta de esfuerzo físico quita las ganas del esfuerzo moral y la esperanza espiritual y yo me voy muriendo. Entonces viene la tremenda tragedia de que todas mis aspiraciones al bien se ahogan dentro de mí, porque no hago el esfuerzo proporcional para alcanzar esos bienes ni realizarlos. Y ese es el signo que anula a la juventud de hoy: la comodidad y la convicción, porque se lo predica todo el día el comercio canalla, de que la comodidad es la felicidad. Si yo conociera la naturaleza humana me obligaría en cambio al ejercicio esforzado todo el día y todos los días, como hacían los antiguos.

Lo vemos en los pueblos, lo vemos en las personas: basta que pensemos -atiéndanme bien esta paradoja que creo que es la paradoja última, final del hombre-, basta que poseamos una cosa, para que la hayamos perdido. Es la paradoja trágica y final del hombre. Es uno de los tantos sellos y estigmas del Pecado Original: el engaño de que si yo poseo, puedo aquietarme en la cosa poseída, cuando el mecanismo de posesión es la actividad interna por la cual yo estoy yendo hacia la cosa que quiero poseer y poseo mediante mi actividad, porque posesión es lo mismo que comprensión.

Así que nuestra vida es una tensión constante. Tengo que estar alcanzando todos los días las cosas que poseo, todos los días; y si no, no poseo nada nunca.

Capítulo XI

LOS GRANDES FOCOS CULTURALES

Si quisiéramos comparar los grandes focos de cultura que podemos discernir al abarcar la humanidad entera, veríamos que son tres: China, India y Mediterráneo. Elegimos el Mediterráneo para su consideración, con lo cual enriqueceremos mucho también la apreciación de los otros dos focos culturales. Yendo en comparación del uno a los otros, veremos cómo se contraponen en esos despliegues maravillosos del hombre que superan tanto el límite del individuo.

El Mediterráneo es esa cuenca realmente venerable que comienza en el meridiano 60° de Greenwich; es decir que el Occidente comienza incluyendo el Asia hasta Persia. Es error grave de manuales superficiales el poner a Egipto como oriental; es absolutamente occidental y las culturas de Occidente en su dialéctica así ya de conjunto común, comienzan en el Egipto y terminan en el Medioevo. Hay *una continuidad entre todas ellas*, que la hallaremos expresada magníficamente en el desarrollo de la arquitectura.

Entre las características generales de las culturas del Mediterráneo está sin duda la del predominio de la racionalidad sobre la intuición intelectual. Esto creo que lo vamos a tener que explicar.

La inteligencia tiene esa soberana aptitud de poder poseer el ser. Por lo tanto nuestra inteligencia, la específica nuestra, tiene aptitud de congruencia para poder actuar en los sentidos y a través de ellos, penetrar de inmediato en el mundo corpóreo, el mundo sensible, el de la realidad. De tal manera que si nosotros nos desvinculamos del mundo corpóreo, estamos vacíos.

Por los libros nos vienen conceptos; por la intuición de la simple aprehensión de la inteligencia viendo este fruto, aspirando este olor de la tierra, percibiéndola mojada y chapoteando esta agua mis pies, me voy impregnando de la realidad de las cosas. Por eso es una infamia criar un niño en un departamento; lo dejamos vacío de realidad. El niño tiene que zambullirse en la tierra, en el agua; anegarse y embriagarse de las cosas: en estos coleópteros, en aquella mariposa y en esa ave. Y si no, este niño será un niño vacío, espectral,

una larva humana sin realidad dentro. Y después este hombre vivirá de fantasmas, nada más que de ideologías.

Nuestra inteligencia se colma de realidad a través de los sentidos y mientras tanto no poseemos nada. Incluso ese encuentro con la tierra, es un preámbulo para hallar las mismas cosas humanas, porque en estas no es evidente ni el orden, ni las leyes naturales, como lo es en las criaturas irracionales. Una paradoja que manifiesta en nosotros el Pecado Original. La exactitud de esta planta para crecer y dar su fruto a su tiempo, eso es evidentemente racional y está en las criaturas irracionales. Y en cambio nosotros miramos la muchedumbre, y no sacamos nada, más que percibir una cosa informe, sin ningún perfil, sin definición de nada.

La razón es un modo que se añade en nosotros para conocer, moviéndonos desde lo sensible hasta lo puro intelectual, por una depuración que le llamamos abstracción y que se realiza pasando de un miembro a otro miembro de la argumentación de manera necesaria. Eso se llama racionalidad. La energía intelectual converge poderosa hacia los dos sentidos superiores que tocan inmediatamente a la inteligencia: a la racionalidad, que se llama la cogitativa, y a la imaginación. El uno trae los aportes objetivos de las cosas físicas y el otro trae los aportes intencionales de las cosas corpóreas, y por allí entran las esencias de los cuerpos. Evidentemente que hay hombres donde predomina esta zona, la de la pura intelectualidad cuyos actos propios son la intuición y la cuasi intuición. La intuición intelectual acá en la tierra siempre es imperfecta, oscura, masiva.

Pues bien, en esta zona de la intuición están las inteligencias que tienen racionalidad, pero tienen más intuición simple: el artista, la mujer, el niño. Hay otros, que tienen predominio de racionalidad. Ante todo el matemático, el hombre por excelencia raciocinante que puede estar desconectado de la realidad y pasarse la vida entera en cálculos, ecuaciones, razonamientos puros. Y entre esos dos extremos, está el metafísico, que tiene un justo equilibrio entre intuición y poder raciocinante.

De este modo, a un lado está el hindú, el chino, y al otro está el occidental. Hay predominio de la racionalidad en el occidental, mientras que la ciencia alta de los hindúes es poética, porque son ante todo intuitivos y ya saben hasta qué punto son dados a la contemplación. El intuitivo se queda inmovilizado en la aprehensión; esa es la

contemplación, embebernos aunque sea oscuramente en aquella esencia. Toda la escuela hindú es ejercicio y disciplina para perfeccionar la intuición, no hay razonamiento sino sólo intuición, aquietándose en una idea de Dios. En el chino, su gran engarce con la realidad concreta es también de índole contemplativa. Ellos se gozaban de estar gustando las cosas de la naturaleza; es quizá el país más bucólico que ha existido. Se aposentaban reposando en el universo sensible, pero contemplativamente.

Y la gran novedad de una inteligencia equilibrada entre la intuición y la racionalidad está en el griego. El griego es el prototipo del clásico porque como en ningún otro pueblo se dió el justo equilibrio de las perfecciones opuestas.

Hay en toda la cultura occidental, un predominio del poder raciocinante sobre la intuición pura intelectual. En un extremo está el hindú que llega por su ejercicio a la purificación más inmensa contemplativa que pueda darse. A un hindú lo hacemos cristiano y prende fuego en la posesión de Dios. El chino está más aquí, y en este linde ya, está el griego, en tanto que el romano está perfectamente sumergido en el poder raciocinante.

En el Occidente todas son civilizaciones eminentemente dinámicas, verdaderos torbellinos de acción humana. Entonces, si el occidental es más raciocinante que contemplativo, evidentemente que tiene más poder adquisitivo, es decir, de conquista. Por consecuencia, en el campo práctico predomina el espíritu de conquista. Espíritu de conquista en todo sentido; en los griegos espíritu de conquista de la sabiduría, en el romano espíritu de conquista de imperio, pero en un sentido profundísimo, como una conciencia de que pueden dar unidad a la sociedad humana. Lo hacen muy bien por otra parte; no entorpecen a los pueblos, ni los anulan como ese monstruoso imperio norteamericano, la Cartago de hoy, que tiene el deleite de ahogar, aplastar y matar. Norteamérica es algo morboso, es algo infernal igual que Cartago. En cambio el romano tiene el sentido sagrado de la tierra y el sentido sagrado de la sociedad humana. Como está metido profundamente en ese espíritu de dar unidad a lo humano, por supuesto que en ellos tiene que predominar el Derecho, fijando las relaciones de los hombres. Es tal y tan racional el Derecho Romano, que se estudia hasta el día de hoy, y enhorabuena que se lo viviera y no se cayera en este jus de decadencia, este jus ciego puramente positivo.

Caracteriza por lo tanto al Occidente la racionalidad, y si bien en el comienzo los griegos tienen una expresión poética de las ciencias, poco a poco se va transformando y empobreciendo el lenguaje para hacerse nítidamente riguroso y unívoco. Va apareciendo el lenguaje que hoy llaman "científico", que no es más científico que el lenguaje poético sino más matemático, nada más, y donde se le exige a la palabra y se la violenta para moldearle contornos matemáticos. Cosa completamente contraria al espíritu humano, por cuanto el hombre al percibir una cosa, con ella ya percibe por sugerencia las analogías con las demás cosas, y entonces las palabras siempre tienen un contorno de equivocidad, es decir, de analogía que se abre hacia las otras criaturas.

Resulta que el Occidente ha ido exagerando eso hasta el punto que hoy tenemos un lenguaje muerto, apartado de esa savia, de ese jugo ontológico de las cosas, y entonces la ciencia sigue el mismo proceso. Las ciencias de los griegos son ante todo metafísicas; también físicas, pero como preámbulo de la Metafísica, es decir, que ellos tienden siempre a ascender en la adquisición o conquista de las causas. Pueblo conquistador como todo pueblo de Occidente, pero nada menos que de las causas, y de allí vienen entonces las nobilísimas Ciencias Especulativas que predominan en el Occidente desde Grecia hasta el Medioevo inclusive, y que se degeneran con el nominalismo próximo al Renacimiento. Estas ciencias entonces son especulativas y de justo equilibrio, porque se razona hasta llegar a la posesión de una verdad para contemplarla, para enriquecer mi inmanencia con esa esencia que he alcanzado. Es la actitud equilibrada y justa de la inteligencia humana y las Ciencias Especulativas entonces son las perfectas porque son una pura conquista de la Verdad en cuanto tal para contemplarla, no para hacer de ella aplicaciones útiles.

Es cualidad propia del occidental la acción que deriva de la racionalidad. Cuando la acción se va convirtiendo en vicio y vamos cayendo en el activismo de una vida externa, caemos también en el envilecimiento de la ciencia, que de especulativa la vamos haciendo fáctica.

Los romanos también poseyeron un justo equilibrio y un gran respeto a las Ciencias Especulativas, aunque ellos por sí mismos no las poseyeran, y una dedicación completa a la acción en la formación del imperio.

Para los antiguos, incluyendo el Medioevo, la acción era sobre mí mismo desarrollando virtudes. Esa era la vida activa y entonces el obrar externo era en razón del desarrollo de virtudes. La actividad era sobre el sujeto mismo, la primera y la más urgente, y la segunda derivada de esto.

*

* *

Veamos entonces ahora cómo reinó arquitectónicamente esta unidad de Occidente.

Es verdad que el Egipto tiene su propia cultura, con su distinta pintura, escultura o alfarería, pero resulta fácil darse cuenta que aunque la arquitectura egipcia es magnífica, es incoación de la arquitectura occidental. La arquitectura viene así hasta el Medioevo y se quiebra al fin en barroquismos caprichosos. Hay una perfecta continuidad entre la arquitectura egipcia y la griega, no hay ninguna cesación de aquella para que comience esta. El templo de Deir-el-Bahari pasa al estilo dórico y es continuado por este. Grecia, con ese sentido sublime de la belleza, sigue la arquitectura adintelada; no le importa para nada el arco, al que conocía perfectamente. Todas las obras siguen la misma estructura que la arquitectura egipcia. Lo único que agrega el griego a los edificios es el tímpano, es decir, el triángulo.

En el desarrollo de la arquitectura occidental además, hay toda una sugerencia de cosmos. Imhotep hace pilastras, no columnas, para aligerar los muros, y después toda la IV dinastía, la gran dinastía de los faraones en el apogeo del imperio, hacen lentamente adintelado todo, rectangular, belleza de puras proporciones en su desnuda armonía. Y en la V dinastía -pues cada una tenía su aporte original- se introduce la columna, que da toda una construcción cósmica del edificio. Por primera vez en la arquitectura occidental, después de los cretenses o contemporáneamente con los cretenses, que hacen columnas como flores en pleno período neolítico, angostas abajo y abiertas arriba, para dar una sugerencia de corola de flor, mientras estas otras sugieren la imagen de la palmera. Empieza entonces el desarrollo de la arquitectura occidental, donde siempre un edificio sugiere una condensación del cosmos, dando la impresión de que aquellas verticales son ejes de órbitas y que el hombre está en medio del universo.

Llega el romano, y en su vocación de imperio dilata el edificio, pero sigue perfectamente con los elementos anteriores añadiéndoles la cúpula o el arco. Se da así ese gran alarde arquitectónico del Panteón, con una enorme cúpula de gran abertura arriba, donde nunca entra ni la nieve ni la lluvia, pues forma tal corriente de aire, que sale por allí como si fuera un penacho de fuego. Luego, porque es gente de acción, necesitan hacer acueductos y descubren el arco como una gran solución técnica de los techos; para dilatar un techo no hay otra cosa que un arco evidentemente. Yo he conocido felizmente el acueducto de Segovia que está íntegro. Sin que a los romanos les preocupara mucho la belleza artística, sin embargo es de una belleza que está el hombre, está la racionalidad humana, no hay nada que hacer. Fueron ingenieros; lo que les preocupó es llevar agua y por connaturalidad lo hicieron así, una cosa esbelta, noble, ágil.

Y sin duda que el románico y el gótico continúan esta línea; todos los elementos estructurales de acá pasan hasta el gótico. En el gótico, los hombres hacen lo que quieren con el arte. Aligeran la piedra, descargando una fracción de bóveda en la otra y pudiendo así levantar al máximo el edificio. Piensen que una bóveda son toneladas y toneladas de piedras que hay que mantenerlas presionadas, para que no se vengan abajo y se abra la construcción.

Ahí ven entonces cómo hay una continuidad en todas estas civilizaciones.

Grecia es el punto más servido de la antigüedad en cuanto a magisterio cultural, y de allí entonces fluye hacia todo el Occidente, y ahí tienen entonces una visión de cuán distintas son las culturas occidentales de las orientales, siendo distinta la china de la hindú.

Capítulo XII

LOS TRES TIEMPOS DE OCCIDENTE

Hemos hecho un estudio estético y comparativo de las culturas, de los movimientos históricos. Encontramos bien delineados tres focos culturales enormes, nítidamente discernibles unos de otros.

Vamos a ir ahora a una cosa extraña, no estudiada, y a la cual le podríamos llamar la fundación de un movimiento histórico. Se trata de buscar no ya el origen de los mismos, sino cómo arraigan en el tiempo y en la historia, de qué manera. Para eso tenemos que hacer un estudio del hombre, conocer a este ser difícil y poner mucha atención en un punto que es nudo de nuestra psicología, de nuestra realidad.

La racionalidad es un modo de conocer propio, privativo absolutamente del hombre, que lo justifica dentro del universo, dándole su razón de ser. Tiene primacía sobre todo el complejo psíquico, porque es la perfección específica confiada a nosotros y la que determina que la realidad entre en nosotros por los sentidos.

El concepto común de hombre es la dualidad de naturaleza; concepto muy vago, confuso, vulgar, de que hay un alma encerrada dentro de un cuerpo. Sería el único absurdo de la naturaleza, esa falta de unidad. Este error gravísimo fundamenta una vida dual y este concepto falso de felicidad: de que hay dos felicidades, una de la tierra y otra del cielo en mutuo antagonismo, y que si yo quiero la felicidad de la tierra tengo que renunciar a la del cielo y viceversa. Todo esto es muy grosero, todo esto es falta de conocimiento y de ciencia. Lo introdujo en el campo de la ciencia Descartes, se ha estabilizado en la mente vulgar, y así vivimos conflictuados. Dios habría creado una criatura conflictuada entre dos principios antinómicos. Es un absurdo, tenemos una unidad sustancial y la unidad sustancial se revela por esta exigencia radical de nuestra naturaleza, de apoderarse de la realidad a través de los sentidos y nada más.

De allí que toma gran importancia lo que afirmaron exageradamente los empiristas: la intuición. Es decir que la simple aprehensión toma importancia fundamental, tanto que un hombre sin intuición de la realidad concreta, no debía de hablar. Y esto que digo en el campo

de las ciencias, lo digo de la vida común: es terrible el hombre que no tiene intuición, porque violenta la realidad. Parte de concepciones apriorísticas, no recibidas de la realidad ni debidas a ella, sino formadas por sugerencias ya de estudios, ya de lecturas, de esto o de aquello. Es un absurdo que sólo los libros nos puedan dar ciencia. El verdadero libro nos inicia en la ciencia adquirida por los sabios de todo el mundo, no de una época; pero nuestra inserción en la tierra es metafísica, es trascendental, no accidental, ni depende de nuestro arbitrio. Yo tengo que hacer mía la densidad del árbol y la densidad entitativa de la piedra. Lo que hace el niño deslumbrado, que va adquiriendo las cosas y llenándose como una esponja insaciable con las criaturas de Dios. Entonces después, puedo pronunciar mi palabra; antes tengo que recibir la realidad.

Esto tiene una gran profundidad. El hombre es la inteligencia del mundo sensible, al que completa, corona y remata. Hay entonces una integridad entre hombre y tierra, tan recia que es trascendental; es decir, hay un depender esencial, que está en el orden de mi naturaleza. Lo que yo toco primero es la esencia de las cosas corpóreas y después por analogía me elevo a las esencias espirituales; lo primero que yo toco es esta piedra y aquella flor, ahí está la puerta mía hacia la realidad y subo la escala de los seres desde abajo hacia arriba. Son las dos vías del conocimiento: la de la abstracción, por la cual yo me apodero de la esencia de las cosas inferiores a mí, que se completa con la vía de la analogía. Son los dos modos necesarios de conocer de la racionalidad, y no los puedo negar a ninguno de los dos. No tenemos otros caminos. No podemos explicarlo todo, pues son evidentemente verdades difíciles, tanto la abstracción como la analogía, debo hacer necesariamente un resumen. Hablar de conclusiones, no llevando vía inductiva sino de maestro, es hablar de conclusiones ya muy hechas.

Todo ser termina y se perfecciona en la inteligencia, porque es allí donde el ser encuentra al ser. Entramos en las mansiones simplicísimas y majestuosas de la Metafísica, donde las palabras se afinan muchísimo. No saben ustedes hasta qué punto la tierra es muda y opaca sin nosotros, no saben hasta qué punto constantemente la estamos iluminando, a pesar de las tinieblas en que estamos. Nosotros somos los que le damos sentido porque somos la inteligencia de la tierra. En una palabra, no conocemos nuestra responsabilidad tremenda de dar la última forma a la tierra, de nombrarla.

¿Por qué estamos tan reciamente enlazados con el ser corpóreo? Por la sencilla razón que de esa manera se construye el universo:

DIOS
ANGELES
HOMBRE
TIERRA

Adrede no pongo "naturaleza" sino "tierra", para referirme a la densidad primera, para que retornemos a morder la cosa densa, concreta, entitativa, que es esa naturaleza corpórea. La tierra, toda ella, está hecha en una vehemente vocación del hombre, que lo lleva a San Pablo a decir aquellas palabras magníficas de que hasta las criaturas irracionales están como con dolores de parto aguardando el advenimiento de los hijos de Dios.

Nos trasladamos: esto que es verdad en el hombre, es verdad en las culturas. Si vamos a un examen profundo de todas las culturas antiguas, advertimos que su fundamentación está ante todo en un punto inicial de conjunción y desposorio del hombre con la tierra; todas sin excepción. Esas grandes culturas que hemos visto, comienzan siempre por un primer período que podríamos llamar barbarie, de inserción del hombre en la tierra. Acá está el sentido profundísimo del trabajo manual. Nuestra desdicha de hombres económicos es considerar al trabajo manual como una maldición; es la peor zancadilla que nos pudo hacer Satanás, porque nos ha dejado sin ser, sin realidad, rompiéndonos por la mitad.

La inserción en la tierra, ese es el paso fundacional y este misterio se extiende incluso a la Iglesia. ¿Cuál es la entidad raíz, la entidad fundacional de una Iglesia, la que la asienta definitivamente en un lugar del mundo? El monacato, que injerta a Dios, que lo encarna a Dios en esta tierra aquí y ahora. ¿Y cuál es la desgracia de América? Que toda aquella corriente misional espléndida de los españoles, que venía de una Europa en decadencia, no terminó en vida monástica sino en parroquias. Ahí se frustró, y de ahí que todavía no seamos católicos, que tengamos una insinuación abortiva de catolicismo. En América no hemos visto un católico aún, un hombre que prefiera la eternidad a lo temporal; tenemos un catolicismo disminuído. Y en cambio el último y más compendiado y compendioso de los romanos,

San Benito de Nursia, ese gran señor, fundó a toda Europa, porque toda Europa es una fundación benedictina.

¿Cuál es el origen de las escuelas, el origen de las universidades, el origen de todo el movimiento arquitectónico? Tienen que ir necesariamente a él, meter la cabeza en el monacato de San Benito, el hombre romano del justo equilibrio entre la contemplación y la acción; ese hombre magnífico que es fruto de Cristo y fruto de Roma.

Si nosotros miramos esta raíz fundacional de los verdaderos movimientos históricos que conocemos consumados y cumplidos, descubriremos tres grandes momentos en la historia humana.

Toda la historia antigua es un justo equilibrio de racionalidad y tierra. El hombre está de pie sobre la tierra; mira, entiende y se inclina hacia las criaturas corpóreas, y de allí esas obras que son un ajustado desposorio de lo sensible con lo racional. Todo el arte de esta época tiene una característica muy intelectual: todo él es pulido; todo el arte egipcio, todo el arte asirio. El pulido es una complacencia intelectual que nos aparta de la materia un tanto, sin negarla. La piedra no pierde su densidad al estar pulida, pero está aligerada en tonos inmateriales, en reflejos. Son obras de complacencia intelectual; ustedes ven la sobriedad en el adorno de todo el arte de esa época, depurado de los accidentes superfluos. Arte sustancioso de gente con agudísima intuición de lo real. No digamos la maravillosa visión que es una estatua griega, al mismo tiempo tan cargada de una sobria sensibilidad y de una expansión máxima en lo metafísico, en lo intelectual; son ya directamente la esencia del varón y la esencia de la mujer. Hay un justo equilibrio. Podríamos decir que el antiguo camina sobre las aguas.

Después viene el gran momento insólito del Medioevo, en que da la impresión de que el hombre se ha sumergido y se ha embriagado en la tierra. Esos bárbaros vienen cargados de sus savias, destilándolas. No por nada los francos se coronaban con los cuernos de bisontes, y se envolvían en las pieles del tigre o del león. La Edad Media, y únicamente la Edad Media -paradojalmente de la Edad eminentemente cristiana-, es una conjunción amorosísima del hombre con la materia. Ellos no pulen las cosas como los antiguos, no hay ninguna obra medieval pulida. Dejan vibrar el hierro; se complacen en su plasticidad y lo dejan así, vibrante, trabajándolo a martillo lo mismo que al oro. Se complacen tanto en las cuentas de vidrios como en una perla o un brillante. Hay coronas de reyes adornadas con cuentas de

vidrios, que son de oro, y ya desde cuando son nómades vienen con sus magníficas capas ornadas con abejas de oro. Vienen cargados de desierto, pero destilando así la savia de todas las cosas. Es el momento en que el hombre se conjuga y se desposa con la realidad como nunca.

Está bien errado Maritain cuando dice que el hombre medieval estuvo en contemplación de Dios y se olvidó de la tierra. Nunca se ha dicho un absurdo mayor, es no haber visto las obras que tiene delante de sus ojos, como las catedrales de Francia. Nunca el genio francés ha hecho una cosa como Chartres, a la que Rodin llama la Acrópolis de Francia; es la obra más alta del genio francés, no pudo llegar más allá de Chartres.

Miren dos momentos tan distintos; acá el hombre plácido -figura y símbolo de esto es la estatua del faraón Micerino-, en esta actitud de dulce soberanía, mirando con seguridad los horizontes y con el pie izquierdo avanzando: es el hombre que avanza, seguro, firme. Y en cambio este otro es el lirismo de un desposorio único, que jamás ninguna otra vez se cumplió; esta gente sumergida, embriagada en la tierra y cargada con los tesoros de todas las esencias.

Ese es el europeo, y eso le da una precisión, una sensatez, una seguridad, de la cual se ha enorgullecido tanto que ha perdido pie. Ustedes ven el sentido común y la sensatez del campesino europeo, cómo parece el hombre de dos más dos son cuatro. Las páginas de Cervantes son de delicia, ¡cómo nos da el jugo de las cosas! No digamos Quevedo, no digamos Velázquez.

Fíjense en la arquitectura de esta Edad Media: no niegan nunca el material. Lo que está haciendo el arquitecto de hoy, lo hicieron esos europeos; lo que intentan hacer, es un conato de retorno a eso.

Nunca hubo conjunción del hombre con la tierra -con este animal enorme que se nos ha confiado, este animal que respira por mil narices y que mira por mil ojos, este gran animal que es el mundo corpóreo- como la hubo en Europa.

Miren, es para gemir con los gemidos de los profetas bíblicos, cuando nosotros vemos hoy, el estado intelectual de Europa. Les soy sincero, he estado tres años en ella y dos años he tenido la sensación, la angustia de plomo, de que yo estaba metido dentro de un sepulcro venerable; es la definición que puedo dar de Europa, pero así, de experiencia sensible. Y hoy falta el tono de los profetas; esas lágrimas de fuego que sabían llorar los profetas, hoy las necesita Europa.

Y después de esto viene -¿será castigo?- el destierro del hombre. El tercer gran período del hombre es el ensayo de hoy. El hombre del vacío haciendo su mundo matemático, y el materialista haciéndose la criatura más asceta y más inmaterial que puede darse en la historia humana. Está viviendo, ustedes lo ven, con una mortificación de sus sentidos tremenda. Nunca ha habido asceta cristiano que llegue a una mortificación de los sentidos tan grande como en la que están ustedes. ¿No se han dado cuenta que no distinguen bien el sabor de un buen vino? ¿No se han dado cuenta que ustedes nunca van a tener palabras de admiración y no van a escribir nunca un poema como lo escribieron los griegos por una manzana? ¿Ustedes han ponderado alguna vez la leche y la miel como la ponderaron los profetas hebreos del Antiguo Testamento, que las consideraban grandes dones de Dios en su promesa de una tierra de delicias? ¿Ustedes han sentido alguna vez el castísimo perfume de la tierra, se han embriagado con él? ¿Han descubierto la belleza siempre insólita y nueva de un lirio? ¿No se dan cuenta que están en medio de criaturas descarnadas, de acero, de cemento, de gases, de ruidos chirriantes? Los cristianos aprovechen, tienen la mortificación servida pero adquieran conciencia de eso; por lo menos aprovéchenla y sepan que Dios no lo quiere.

Estamos en un tercer momento de la historia humana, en este sentido fundacional, tremendo, porque es a la inversa de toda fundación. Se está ensayando todo lo contrario, fundar una civilización humana en el vacío, desarraigada de todo ser real. Eso no me lo pueden negar; nosotros no nos movemos en medio de seres reales, sino artificiales. Estamos envueltos por todo un sistema, una inmensa máquina de seres aparenciales, sin sustancia real. Es un momento trágico, y sepamos que urgentemente nos tenemos que construir -cada uno, urgentemente-, para poder salvar la parte del mundo que nos ha sido encomendada. Asi que entonces tienen esto; tres momentos que hasta ahora no han sido clasificados y que es muy interesante verlos al hacer un estudio científico de la historia.

En fin, volveremos sobre estos temas si Dios quiere, si nos da estas gotas de tiempo que se llaman años. Si nos da otra gota de tiempo y nos encontramos reunidos, podremos entonces hablar de cosas mucho más profundas y sublimes que las que nos puede mostrar la Filosofía de la Historia, y eso corresponde ya a la Teología de la Historia.

A MODO DE EPÍLOGO

No parece ser éste uno de esos libros para cerrar un día y darlo por leído. Ni tampoco para leer sin sobresaltos, linealmente y hasta el final.

Por lo menos, otra ha sido nuestra experiencia.

Lo habíamos concluido y ya estábamos volviendo por una segunda mirada, o quizás, por una segunda audición, porque el Padre Petit nos habla personalmente en estas páginas. Y hay que aprender a oirlo, como él mismo dice explicando la música de los grandes maestros clásicos.

Pero además -y quien tenga el hábito de estudiar lo comprenderá aún mejor- no pudimos evitar en ningún caso esos misteriosos diálogos internos con el texto que obligan a desandar las hojas, a detenerse largamente en algún pasaje y a proseguir ansiosamente a la vez, buscando más respuestas y mayores honduras, sin querer que se acabe.

Por eso, sólo respetando una formalidad, podrá llamarse Epílogo a estas líneas. En otro sentido resultaría una audacia. Porque es una obra abierta, suspensa, convocante. Y el mismo Fray Mario lo entendió así, cuando le pidió a Dios "esas gotas de tiempo que se llaman años", para seguir su meditación hacia caminos todavía más altos: los de la teología de la historia.

Quede hecha entonces la aclaración para quienes se sientan justamente prevenidos por el título general de estas clases. Sólo cabrá filosofar sobre lo histórico en su causalidad material y formal; mas para inteligir las causas eficiente y final es necesario dar y pedir el ejercicio de la teología. Pudo haber agregado el Padre la causalidad ejemplar, pero es sabido que, de algún modo, está contenida en la noción de finalidad. Filosofar teologante, en síntesis. O prefiguración filosófica para un sacro saber sobre el pasado.

Sin embargo, lo primero que aquí sorprende no es el objeto de análisis sino la forma.

Fray Petit conoce los secretos de la palabra. Sabe pulsar sus cumbres y sus llanuras y dejarlas inmóviles en un firmamento de pausas y de silencios. En él la predicación esplende y el castellano recupera su condición ontofánica. No es el suyo empero un cuidado preciosismo externo, sino la belleza interior -naturalmente traducida- de quien ha entrado en nupcias con el Verbo.

Plástico, seguro, etéreo, el idioma va y vuelve de su boca como una parábola o como los trazos de una cruz. Tiene precisión de geometría y altura de cóndor. Desnudez de intemperie y frescura de aljibe provinciano.

Sí: lo primero que aquí sorprende es la forma. Y él nos corregiría con razón los términos utilizados: es admirable la voluntad de forma.

No se crea subalterna esta inicial afirmación.

El elogio de la forma no es aquí el reconocimiento a una capacidad decorativa, sino la celebración de una virtud nominativa. Gracias a ella, las cosas son al ser nombradas. Son en la plenitud de sus esencias y se nos muestran con su verdadera entidad. El Valle de Tafí o las aguas del Paraná. Los ojos de una mujer en piadosa

procesión o aquella estatua que mira al desierto. Milagro que Dios repite en ocasiones, confiándolo a las manos y a las voces de los genuinos artistas.

*
* *

Hay conceptos que conviene repasar y traerlos a nuestros días.

El de una doble posibilidad humana de protagonizar la historia, por ejemplo. Como aventura sobre tinieblas o como aconteceres que iluminan a los ángeles.

En la primera el hombre es un desterrado y cree poseerlo todo. Hegelianismo sin Hegel, diría Fray Petit, pero en rigor es Paraíso sin Arbol de la Ciencia. En la segunda, la creatura ocupa su sitio en esa escala de los más nobles designios, que se llama jerarquía. Ya pueden cantar los Salmos: pauca minor angelis. Apenas menor que los ángeles. Y los Coros se asoman y el Señor advierte que su orden es estable.

El actual humanismo es pura exaltación de la primer historia. Festín antropocentrista para un sujeto literalmente perfecto -totalmente hecho- que es alfa y omega, artífice de los comienzos y árbitro supremo de los fines temporales. Apoteósis del hombre, de lo humano, de lo demasiado humano y de la humanidad genérica. Aún dentro de la Iglesia cuando se confunde el Arca con una mutual de socorros mutuos. Pero si la persona no necesita el cultivo, se acabó la cultura y vemos a diario las pruebas de este desenlace. ¿Qué Arcángel puede ser iluminado por los hechos y los personajes de esta modernidad postrada? Acaso Luzbel sea el único que tenga algo que aprender todavía.

La otra historia ha sido escrita pero han querido borrarla. Es necesario que cada acción que emprendamos -singular o comunitaria- sea digna de que se abran para verlas las ojivas del Cielo. O como escribía Pemán hablando de España: que sean los mismos ángeles los que piensen en nosotros cada vez que se haga necesario alguna nueva hazaña.

No hay que estar atentos a Fukuyama. Hay que leer a Dionisio: para merecer ser lumbre debemos dejarnos envolver por la Luz. Una tras otra probaron las utopías sobre el fín venturoso del ántropos exaltado y deificado; y la ventura no llega, pues una cosa es ser peregrino de lo absoluto y otra distinta un vulgar especialista en vanidad de vanidades.

El humanismo del Padre Petit está lleno de preciosas sutilezas.

Cierta mojigatería pietista -de la que no ha podido escapar el catolicismo- suele apelar a graves calificativos para referirse al hombre, como "trapo sucio", "polvo de estiércol" o "pobre gusano", creyendo así aplacar su soberbia; pero paralelamente le justifican con argumentos de raigambre calvinista, su cómoda inserción en el mundo de los negocios burgueses y en los más altos cargos del poder político. Y el "trapo" se convierte de pronto en economista, empresario, juez o ministro de los gobiernos más corruptos e inmorales, sin que su conciencia se inmute o sobresalte. Es la antropología engendradora de sepulcros blanqueados, el devocionario de los fariseos, que se hace falaz anonadamiento exterior y tremendo ensoberbecimiento e inescrupulosidad interna.

Fray Petit en cambio, se manifiesta enamorado de la creatura. Sabe con Platón que para conocer una cosa hay que observarla en su plenitud y no en su medianía, y por

ende cuando se dirige a ella va en busca de su conciencia y de su virtud, antes que de sus instintos o de su inconciente. Es la distancia entre el hábito del teólogo y el rol del psicoanalista.

No se le encontrarán expresiones destempladas para referirse a las manifestaciones y condiciones de la persona; antes bien, destaca con vehemencia sus facultades y sus cimas, sus vuelos y sus pasos de éxtasis. Como pocos ha descripto la inteligencia y la intuición, retratándonos el alma humana con manos maestras de paisajista metafísico. Pero por lo mismo no le perdona a semejante dignidad, la indignidad del sensualismo, de la vida confortable, de la praxis acomodaticia, de la palabra violada. No le perdona el éxtasis entre la plata y los poderes, ni la vida gastada entre cenizas, barreduras y glándulas. Es lo mismo que no perdona el Señor: el pecado contra el Espíritu.

Tanta dureza es proporcional al bien traicionado. Quien elige ser un burgués hediondo y satisfecho ha cometido perjurio contra el Angel. Quien conoce de sí su bolsillo y su vientre, es culpable de felonía frente al misterio teándrico. Quien agota su hondura en la piel y su belleza en la provocación de los sentidos, ha sido infiel al hombre. Si fuera trapo, larva, hez o desperdicio, ningun reproche le cabría.

Acábase pues con el actual festival antropocentrista en la historia y aún en la Fe. Con los engreimientos adámicos suscitados por la Serpiente y con humildades falaces que esconden dobles intenciones. En mejores tiempos lo sintetizó Maritain: "no son brazos los que tenemos sino alas atrofiadas. Nos volverían a crecer si tuviéramos coraje".

*

* *

Otro concepto de Fray Petit para traer al diálogo presente es su distingo entre civilización, barbarie y salvajismo.

Una curiosa moda -que como tal, habrá desaparecido cuando se publiquen estas páginas- ha elevado a los dinosaurios al primer plano del protagonismo histórico. Y a su lado, casi por compromiso, subalternamente, al proverbial hombre de las cavernas, convertido así en creatura primordial.

El absurdo es doble y difícil de superar. Por un lado centrar la historia en quien no la posee, esto es, en el animal. Mas por otro, presentar al cavernario como salvaje y al salvaje como inauguración evolutiva de los tiempos.

En esas cavernas había vida ritual y comunitaria. Lazos, recuerdos, congregaciones, ofrendas. Sus paredes albergan todavía, para nuestro asombro, trazos tenues y finos que convocan al sol o a la lluvia, a los cazadores y a los caminantes. Pinturas y dibujos asoman por las grutas, en un paisaje viviente de silex, hierro y cobre. Estaba el hombre. Aún en su barbarie, en su rusticidad, en su orfandad de recursos civilizadores. Pero si estaba el hombre había algo más, mucho más que naturaleza: había historia.

El bisonte de Altamira puede llevarnos a la Sixtina y los dólmenes y los menhires prefigurarnos el Partenón, pero el dinosaurio o el primate nos fijan siempre en la zoología.

No existe la prehistoria ni es el salvajismo el punto de partida.

Existe la creatura humana -que, en tanto tal, posee siempre historicidad, más allá de sus recursos materiales-; y no hay para ella -imago y simillitudo Dei- ninguna pre-historicidad, como no hay ni puede haber ninguna pre-humanidad. Semper idem. Así lo dispuso el Creador.

En la montaña o en el llano, en la fortalezas de Hallstatt y de La Tène o en las oscuras cuevas de Fom de Gaume, Dios no pone al hombre en la historia en estado de salvajismo. Lo pone en la plenitud de sus potencias. Con ellas -libremente usadas-podrá alcanzar las cimas o despeñarse por los precipicios. Remedar al Angel o rozar la Bestia. No es cuestión de evolución sino de estado de gracia. No son períodos ni edades que progresan. Es un sólo y único llamado que se acata en fidelidad o se traiciona.

Pero aunque el salvajismo no está en el comienzo, no quiere decir que no sobrevenga. Aunque no marque un inicio -porque en el inicio está Adán engalanado todavía más con su preternaturalidad- ello no significa que no pueda constituir un desenlace.

Porque el salvajismo es condición antes que situación; rango ontológico antes que estadio cronológico, caída y no origen, inhumanidad y no prehistoricidad.

Extinción de la razón y atavismos aberrantes: ambas notas distinguen a los salvajes, dice el Padre Petit.

Por eso, no hay que buscarlos necesariamente en las cavernas si pueden estar y están en los modernos rascacielos. En las ciudades caínicas forjadas en el tumulto de todas las pasiones; en la negación de todas las leyes del Orden Natural, en el desdén culposo por el Decálogo. Salvaje civilización la nuestra que ha puesto todos los productos del ingenio tecnológico al servicio de su bienestar desentendido de la salvación. Refinado salvajismo -y entonces todavía más grave- que legaliza la *normalidad* de la degradación y legitima las deformaciones del espíritu.

No es ni puede ser el punto de partida -acota Fray Petit- es el desgajo y el residuo de un camino errado, la conclusión de un extravío. Y hoy lo tenemos delante y al lado, cual un paisaje asfixiante.

Como siempre la solución consiste en regresar. Si fuera necesario, a costa de la civilización. Pero es preferible la honesta desnudez de quien cultiva su alma en presencia muda del Altísimo, a los oropeles de un mundo disfrazado de serio. Es preferible -ya se sabe- entrar manco al Reino de los Cielos, que acabar con ambas manos en la perdición infinita.

No habrá salida mientras no sepamos volver a descifrar y a inteligir el momento poético en el que se gestan las palabras, y con ellas la plena posibilidad de la cultura.

Los instantes de estrépitos y de imágenes vacuas no colman duraderamente al hombre. Tampoco la prosificación y el bestialismo. Son estados pero no son el ser.

Jerusalem vencerá a Sodoma. El Desierto atraerá más que Cartago. El hombre nuevo desplazará al buen salvaje. Y el hijo pródigo abandonará las porquerizas, para pedir albergue, como ayer, en la Casa Paterna.

No sucederá sin la misericordia de Dios, es claro; y, por supuesto, sin nuestra lucha contra el poderoso salvajismo que embriaga a Occidente. Por eso nos dice Fray Petit que para ser persona hoy, hay que atreverse a caminar en sentido contrario, frente a un ejército en orden de batalla.

*
* *

Retomemos al fin, entre tantas otras, una tercera enseñanza de estas clases que la actualidad reclama perentoriamente no olvidar: la abundancia económica ha matado toda cultura; los pueblos se realizan en la pobreza.

La afirmación no tiene un alcance clasista sino moral. De la abundancia se sigue la molicie y desde aquí la pendiente llega rápido hasta el vicio. Es imposible que haya lugar para el cultivo si la sociedad es un ganado satisfecho que ha expulsado a sus pastores y labriegos. Porque el cultivo interior -con su fórmula agustiniana: no salgas de tí mismo, vuelve a tí- no puede prosperar en el hedonismo, que es todo extraversión y agotamiento de los sentidos. Y el cultivo vertical, el del alma que asciende en invisible escala hacia el Señor, ya no es viable en una horizontalidad dominada por los bolsillos y los vientres. La verdadera cultura termina desterrada en la opulencia. Mandan Baal y Moloch, no hay lugar para Atenea.

En la adversidad podrá dictar siempre su cátedra Sócrates, entrar en místico desposorio Juan de Yepes y glosar León Bloy sus páginas maestras. Privaciones, penurias, estrecheces y cárceles, no han impedido nunca el despertar de los ingenios. Pero suntuosidades en demasía lo han embotado. A pan y agua en celda mísera, Cervantes contemplaba paradigmas eternos. Y Belén era punto que los cartógrafos no atinaban a registrar. Las Vegas y Miami figuran obligadamente en todos los itinerarios turísticos y son deleitadas por millones anualmente, sin que haya salido un sabio de sus tenebrosos entresijos de cemento, dólares y neón.

Por eso al comentario "metafísico estáis", lanzado por Babieca, Rocinante le responde seguro: "es que no como"; y su amo enseñará más tarde que mejor conviene al mundo el lenguaje del saber al del tener.

En alguna oportunidad lo repitió ese gran estadista que fue Oliveira Salazar: "Portugal es pobre, sí; como es pobre Nuestro Señor Jesucristo. Pero es preciso ser mejores antes que estar mejor".

Solía insistir en ello una y otra vez Jordán Bruno Genta, cuando contrastaba las glorias de la Patria Vieja con el cuadro oprobioso de la que tenía a la vista: "¡Comparad la riqueza de aquella Argentina pobre con la pobreza de esta Argentina rica!".

Carecíamos de casi todo en el orden de los bienes materiales, pero los soldados recitaban el Romancero en Obligado: "¡no consintáis que extranjeros hoy vengan a sujetaros!". Nuestro orgullo de antaño era el honor, que nos venía del esplendor de la cultura hispanocatólica. Los salvajes unitarios -¡qué precisión la de Rosas!- la confundieron con barbarie y lograron imponer sus miopías. Entonces el orgullo consiste hoy en ingresar al primer mundo con telefonía celular y personal computer, pero proclamando impúdicamente nuestra condición de objetos en el comercio de la cultura. De ahí que muchas verdades antiguas ya no se entiendan, y que sea preciso comentarlas como novedades.

Aún antes de que el Evangelio anunciase la Buena Nueva a los pobres y de que la fe cristiana predicara su incompatibilidad con la riqueza mal habida o peor llevada, el espíritu clásico advirtió el valor de la vida sobria y austera, y se reservó su desprecio para avaros y sibaritas, sólo ocupados y preocupados en aumentar y en exhibir sus

caudales. Desdén tanto más duro cuanta mayor responsabilidad pública ejerciera el codicioso, pues la temperancia le estaba doblemente exigida en razón de su humanidad y de sus atributos políticos. Por eso Aristóteles pudo elogiar la magnificencia y reprobar la mezquindad, mientras Horacio celebraba el tiempo en que "el haber del privado era pequeño, grande el común", y a imitación de Rómulo o de Catón, los magistrados rechazaban la suntuosidad y los tesoros. O por eso -si de multiplicar ejemplos se tratase- Platón declaraba ilegítima a la oligarquía, y el senado romano expulsó a Cornelio Rufino de su seno, cuando se presentó ataviado con alhajas que ofendían la severidad exigible al patriciado.

Faltaba, claro, y es una ausencia indicadora de que estamos hablando del paganismo, la asociación de la pobreza con la Cruz y de la Cruz con la Redención. Faltaba -y era todo lo esperable- que Dios mismo naciera pobremente, acariciado por un padre terreno con las manos agrietadas por la rusticidad de la madera, y tutelado por una Madre cuya riqueza única era su inviolabilidad perpetua. Faltaba el Pobre Cristo, señor de las aves del cielo y de los lirios del campo. De allí que sólo la Cristiandad tuviera la plena intelección del misterio de la pobreza. Y que sólo bajo su lumbre señera se descifrara la condena lanzada con voz tonante desde Nazareth contra la insolencia de los poderosos.

Después vino todo lo demás, y es muy sabido: la Cábala propiciadora del arrebato del oro, el Calvinismo justificador del poder, el capitalismo y la plutocracia expoliando a las naciones, el clasismo marxista encanallando a poseedores y a desposeídos, el fariseísmo en la Iglesia queriendo contemporizar con Mammón, el catolicismo burgués que sigue predicando la curiosa caridad de no dar, y la estulticia tercermundista, reduciendo el misterio de iniquidad a un conflicto sociológico y el milagro salvífico a una revolución terrena.

Quedaba -todavía quedaba como un vestigio trémulo del Orden- el recato de los pudientes frente a los que nada poseen, y una sombra siquiera de aquel pudor antiguo de los gobernantes que daba en llamarse austeridad republicana. Quedaba, al fin, en nuestra patria al menos, un resabio desdibujado de las enseñanzas evangélicas, en atención al cual, no era de bien nacido ostentar brillo ni faltar el respeto al pordiosero.

Pero ahora, en la cultura mundialista, la pobreza es el enemigo, ha dicho uno de sus portavoces. Ella perturba, estorba, afea el venturoso fin de la historia. Desentona y arruina el festejo de la sociedad opulenta. Vierte una lágrima o una gota de sangre en el paraíso hedonista e incruento de la economía de mercado. Violenta, con la explícita exigencia de auxilios de sus muchos rostros menesterosos, las fórmulas matemáticas de la praxeología de von Mises. Y si un día estalla airada en las calles y plazas, habrá que considerarla una extraña patología y encomendarle a algún oscuro pretor de la asociación ilícita gobernante, que la vigile y controle. En los tiempos que corren, sin duda, los pobres son personajes pasados de moda.

La consigna de la hora es bien distinta. Es el tiempo de los ganadores de fortunas desbordantes, de los acomodados y copiosos que gustan pavonearse como tales, de los narcisistas del consumo ilimitado y superfluo, de los campeones de la holgura desenfrenada y viciosa, de los que pueden darse todos los gustos y los gastos sin el más mínimo sobresalto en sus anestesiadas conciencias.

Ofrecen su riqueza como espectáculo a las masas, como el gran show de su preeminencia y la promoción desvergonzada de sus ventajas; y se manifiestan en la

plenitud de sus sosfisticaciones millonarias, como un reaseguro sin competencias de la impunidad de las prebendas alcanzadas.

Van juntos -muy juntos es este juego escandaloso- políticos y funcionarios, banqueros y meretrices, deportistas y personajes del espectáculo, pederastas y sindicalistas, diplomáticos y acosadores sexuales, y los más altos dirigentes nacionales que son, paradójicamente, los más bajos exponentes de la nacionalidad. La nueva riqueza no hace acepción de personas ni de jerarquías, y puesto que es una defección espiritual antes que una sectorización social, concilia los opuestos en la unidad del culto al dólar.

Es la insolencia de los plutócratas, la eclosión irritativa, desbordada y ofensiva de la riqueza sin honor y sin moral, la nueva timocracia que deja sí, impertérrita, su moraleja a los comunes espectadores: vednos, no os conviene seguir siendo pobres. Como Napoleón a su turno, si pudieran, suprimirían el pobrerío por decreto. Entretanto, es conveniente refregarles didácticamente en las narices las regalías de su estado. Y nadie podrá llamarlos insensibles: ellos son ahora los ciudadanos sinceros, que declaran sin ambages ni eufemismos su necesidad de llevar una vida dorada.

Unas tajantes palabras de Solzhenitsyin, pronunciadas ante la Academia Internacional de Filosofía en Liechtenstein a comienzos de 1994, parecen dar en la clave: "El actual capitalismo, cargado de improductivas, salvajes y repugnantes formas de proceder tiene por fin el saqueo de la riqueza nacional. Sus cultores persisten en el desfachatado uso de la ventaja social y el excesivo poder del dinero, que frecuentemente rige el propio curso de los acontecimientos. Es difícil imponernos el sacrificio y la abnegación, porque en la vida privada, pública y política hace mucho tiempo que arrojamos al fondo del océano la llave dorada del autodominio y de la automoderación".

Pero los oidos que deberían ser atentos destinatarios de estas enseñanzas, no están para tales sentencias. Vienen del ruido vacuo de las noches disipadas, en las que cientos de flashes los registran como "ricos y famosos". Vienen y van del vértigo, donde sólo se escuchan las risotadas que devuelve un eco electrónico y mecánico. Sus hijos son hechuras de sus frivolidades y relajos, y actúan en consecuencia, sin que la savia joven les reclame un torbellino de reacciones en pro de la justicia.

Si no oyen ni ven, tal vez alguno pueda hacerles saber que en la patria hay aún una hidalga pobreza. Son los pobres de los cuatro rumbos cardinales. Del norte con sus brazos cetrinos, y del sur con sus vientos en la cintura. Del este y del oeste con sus orillas de piel lastimadas y heridas. Y hay en todos ellos una cultura mayor que la de los doctos fabuladores y la de los sirvientes del oro. Por aquello que bien dijera Marechal:

"Hombre sin ciencia, mas escrito
de la cabeza a los pies con leyes
y números, a modo
de un barro fiel;
y sabio en la medida de tu fidelidad...
Oscuro y humillado,
pero visible todavía el oro
de una realeza antigua que no sabe
morir sobre su frente".

Si sólo quedara la mera civilización -dice Fray Petit- por más riquezas físicas que se poseyeran, habríamos entrado en ese tercer estadio de la historia humana, en el que el hombre -vaciado de metafisidad- y la tierra -huérfana de fundacionalidad- no son más seres reales sino artificios ideológicos.

Es un riesgo cercano y ya tangible. No hay que esperarlo, ha sobrevenido. Por eso mismo es necesario revertirlo recuperando la sabiduría esencial.

La que distingue el sabor de los viñedos y el color de la miel y de la leche. La que huele en la tierra el perfume castísimo de los lirios. La que por una manzana o una doncella cautiva puede suscitar una epopeya cuyo canto resiste los siglos y nos conforta en el presente.

*

* *

Pero a decir verdad, no nos resulta posible coincidir en todo lo que aquí ha dicho Fray Petit de Murat. Mala señal para nosotros, se dirá; y puede ser cierto, desde ya.

Mas algunas de sus afirmaciones no podríamos suscribirlas sin reparos, y otras nos mueven a una filial controversia. Sin olvidar, por supuesto, que el lenguaje oral una vez transcripto -y éste es el caso- pierde la riqueza de matices con que fue expresado. Gestos, silencios, pausas, ademanes, inflexiones y tonos, son imposibles de trasladar a la escritura, y bien sabido es que una misma frase puede cambiar de significado en el contexto de una conversación y en la calculada redacción de un informe.

Salvedades hechas, dialoguemos con el autor.

"En la historia no hay constantes", nos ha dicho; "el hombre es imprevisible". El "se nos da como sociedad...no como personas dispersas". De modo que aunque pueda haber "historia de un hombre cuando es notable...lo más propio es la historia de los pueblos".

Es pertinente al hombre la imprevisibilidad. Precisamente porque es libertad y genio ordenado a un fin. No sólo puede ejercerla, puede pedirla.

Unos viejos versos de Conrado Nalé Roxlo, por ejemplo, le rogaban a Dios que no le concediera sino lo imprevisto. Como la hermosa plegaria del paracaidista francés: "quiero la inseguridad y la inquietud..."

Pero en tanto es naturaleza humana -siempre idéntica a sí misma, siempre imago y simillitudo Dei- es pasible de constantes fundamentales e inamovibles. Y un común denominador recorre su conducta, tanto en el tiempo como en el espacio.

La historia guarda y revela el secreto de esas constantes.

"Lo que fue, eso será", aclara el Eclesiastés. "Lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol" (Ecle. 1,9). Y precisamente el registro de esas constantes es la prueba de que no hay evolución sino potencias que se actualizan, con diferencias de grados y de ejercicios, pero con inalterable identidad de ser. En tal sentido, la historia se repite. Porque el hombre es siempre hombre, más allá de las mutaciones necesarias e indiscutibles.

Puede resultar riesgoso negar las constantes históricas. Con otra intención, opuesta, claro está, a la que aquí se conoce, ha servido de argumento a los sostenedores del puro devenir historicista.

No cabe discusión tampoco sobre la condición social del hombre. El pasado más remoto y el presente más cercano desautorizan a Hobbes y a Rousseau, sin necesidad de mayores precisiones.

Pero la historia de los pueblos es, fundamentalmente, la de sus Arquetipos.

Y no únicamente porque lo singular tiene preeminencia sobre lo múltiple, sino porque precisamente por ello, son los mismos pueblos los que se saben expresados por sus hombres egregios.

Para esos pueblos "lo más propio" es historia y su propia historia está encarnado en el Paradigma. El contiene y encierra, engloba y sintetiza, anuncia y delata la esencia más íntima y vital de la comunidad que ha fundado o restaurado. Porque el Notable es algo más -mucho más- que la expresión de un pueblo: es su artífice y el brazo ejecutor de su causa eficiente.

Grecia no pensaba en la historia de las cientos de polis que la constituían. Celebraba a Homero, a Sócrates o a Epaminondas. Y si pueblos hubo y hay que históricamente trascendieron, la razón debe encontrarse en sus Modelos. El "Siglo" le pertenece a Augusto, Castilla a Isabel, La Rioja a Facundo.

Triste situación histórica cuando ya no quedan héroes sino pueblos. Y cuando los pueblos ya no son esas recias trabaduras humanas de las que habla el Apóstol, sino distritos electorales, modificables según las ordenanzas de turno.

Fray Petit lo sabe. Por eso celebra a las culturas antiguas "que tenían una cabeza... que daba unidad a toda esa sociedad"; y enseña con propiedad que para conocer a un pueblo hay que acudir a sus artistas.

Lo mejor que puede decirse de los pueblos lo dicen sus prohombres, que son causa ejemplar y a la vez sus efectos.

*

* *

Otro tema para conversar es la admiración por el Antiguo Oriente y por Egipto en particular.

Bien miradas las cosas, no habría motivos para discrepar.

Fray Petit era un esteta de riquísima sensibilidad. Tenía que admirarse entonces -y con todo derecho- frente a esa civilización que creció a la vera del Nilo y que dejó asombrados a sus contemporáneos y aún a la posteridad.

El marfil esculpido, los vasos sagrados, los paneles de caliza, las tejas de concavidad azul, las maderas laminadas de oro, las estatuas sedentes, los altares de cobre o las figuras de alabastro, piedra o cuarcita roja, debían suscitar y suscitaron la aprobación de su espíritu artístico.

Egipto es un misterio muy grande; pero ya se sabe que el misterio es luminosidad y diafanidad. No podía pasarle inadvertido, ni dejar de estremecerse legítimamente ante sus sutíles y serenos encantos.

Sin embargo, o extrema por momentos el elogio u omite consideraciones.

No es cierto, por lo pronto, lo que afirma en el noveno capítulo, en el sentido de que "durante todo su esplendor (Egipto) no tiene una sola guerra" y que la misma sólo "viene con los hicsos...en su decadencia".

Egipto está atravesado de guerras. Internas unas, entre el norte y el sur, desde la época pretinita, 3300 años antes de Cristo, aproximadamente. Y externas otras -las

más- contra nubios, libios, beduinos, asiáticos. Son miles de años y otras tantas batallas.

Cuando llegan los hicsos, alrededor del siglo XVIII a. de C., se encuentran con un Egipto bélicamente curtido pero política y culturalmente en crisis. No por causa de las contiendas, pues durante siglos las había tenido sin mengua de su esplendor, sino como consecuencia de una dinastía de usurpadores y de monarcas tan incapaces cuanto débiles. De la guerra contra los hicsos resurgirá paradójicamente y ofrecerá a la historia las maravillas del Imperio Nuevo.

Se cumplió una vez más otra de esas constantes históricas que llamaron la atención de un Spengler o de un Donoso Cortés: los hombres y los pueblos decaen en la molicie pacifista, se templan en la lucha, crecen en la adversidad y saben reconquistar la victoria.

Pero aunque Egipto es el milagro del Nilo, la inefable geometría de sus pirámides y el genio de un Imhotep, es también, y no debe omitirse, la gnosis y el sabelismo, y una extraña mixtura de creencias materialistas, dualistas, pluriteístas y panteístas, que alimentaron y alimentan hasta hoy no pocas doctrinas de la Cábala.

No parece, pues, prudente, omitir estos datos a la hora del balance de la civilización egipcia.

Ni creció por no tener peleas, ni la invasión extranjera la disolvió para siempre, ni su cultura está exenta de terribles extravíos, necesarios de señalar y de replicar en una filosofía cristiana de la historia.

Otro tanto cabe decir de chinos e hindúes.

Como en el caso de Egipto, Fray Petit, movido quizás por sus inclinaciones artísticas, extrema a veces la alabanza, omitiendo consideraciones pertinentes.

No puede ocultarse, desde ya, la preeminencia de la vida contemplativa que supo darse en el lejano y antiguo oriente.

Pero la esencia de esa vida contemplativa es distinta a la contemplación cristiana, y sus principios y sus frutos no resultan por tanto igualmente virtuosos.

Son filosofías gnósticas las de aquellos pueblos. Con una fuerte carga dualista y panteísta y aún idealista y racionalista, que anticipa e inspira a posteriores corrientes del Iluminismo y, hasta hoy, al orientalismo de raigambre acuariana.

La ciencia humana se diviniza al igual que los filósofos-sacerdotes que inician en la misma. La moral no tiene compromisos con el Bien sino con una cierta purificación intelectual, confundiendo así el orden metafísico con el ético. Y un invencible pesimismo campea en todas sus concepciones existenciales, que los llevó incluso a legitimar el suicidio. La vida es ilusión, engaño, dolor, apariencia. El sabio la supera con la contemplación, pero ella no es la resultante del abandono a la Sabiduría Divina sino a la pura gnosis individual. No brota de la caridad ni se alimenta de la humildad. Surge del intelecto humano que se envanece así hasta límites insospechados. Tampoco su finalidad es la unión amorosa con Dios, sino la confusión gnoseológica con El.

Hinduismo, budismo, confucionismo o taoismo, son falsificaciones de la conducta mística y religiosa; expresiones todas del naturalismo y del evolucionismo y, en tales casos, hilos conductores hacia el ateismo práctico. No es ni puede ser casual que a lo largo de tantos años hayan sidos captados, capitalizados y reivindicados por infinidad de sectas, y que hoy sean el principal banderín ideológico agitado por la New Age.

Cuando Fray Petit dice que "si a un hindú lo hacemos cristiano, prende fuego en la posesión de Dios", dice una verdad posible. Pero ello no se debe a los méritos del hinduismo sino a la fuerza de la verdera fe. La llama posesiva del Dios Uno y Trino -algo podría decirnos al respecto San Juan de la Cruz- prende en la pila bautismal y no en la gnosis de la contemplación brahmánica. Lo recibido supera al recipiente, y es el Huésped no la casa lo que redime a sus moradores.

*
* *

Hay al fin una última cuestión que quisiéramos conversar con Fray Petit. Y es la que más nos preocupa, por eso la hemos postergado hasta aquí.

Es su dolor de patria. Agudo, lacerante, genuino, justificado. Dolor que sólo puede sentirse hacia lo que realmente se ama. Dolor tan alto y tan hondo como el bien perdido que lo causa. Estremecimiento interior que sacude y conmociona, pero que a la vez torna profética las palabras e impetrantes las voces.

Tal era el dolor que sentía por la Argentina el Padre Petit de Murat. Como el Eneas ante Troya o el Dante frente a Florencia. Como el Quevedo junto a los muros de Hispania y más propiamente, como el de Cristo en las puertas de Jerusalem.

Dolor viril, antiguo, sostenido. Auténtico experimentum crucis.

La patria es un dolor que nuestros ojos no aprenden a llorar.

Creemos poder entenderlo. Y saber algo de él.

Y sin embargo tampoco podemos coincidir totalmente con Fray Petit, cuando movido por esta lícita y nobilísima herida nacional, dice las cosas que dice.

Que España no descubrió América, en primer término. Porque según afirma (entre otros sitios, en el séptimo capítulo) "el momento histórico que pasaba no le permitió descubrir". De resultas, "nosotros no estamos fundados, la Argentina no existe. Somos un planteo híbrido...un pueblo envejecido...viviendo de sobras de una civilización que se ha desmoronado...no hemos nacido".

La autodenigración no es modestia. Es injusticia. Con el riesgo consiguiente de faltar a la piedad. Y ello por tres razones.

- Porque estas tierras fueron descubiertas; esto es: bautizadas, nombradas ante la gracia, incorporadas a la Cristiandad, sacadas de la mudez y de la clausura, regeneradas por el agua y el fuego del espíritu. Y esto para que se cumplieran las profecías. A ver si no lo olvidamos nunca y recordamos que el mismo Colón fue el primero en advertirlo cuando citó a Isaías en sus epístolas a los Reyes.

- Porque ese descubrimiento -así entendido, en la plenitud de su significación teológica- sólo pudo llevarse a cabo por España, precisamente por el momento histórico que atravesaba. Esto es, el del esplendor y la cumbre del cumplimiento de su vocación hispanocatólica. Descubrimientos materiales de América -como los llama el Padre Petit- hubo muchos. Pero descubrimiento providencial sólo uno. Y ése, se lo reservó Dios a la España de Isabel y Fernando. Casi escribimos: de Santa Isabel.

- Porque entonces existimos. Fuimos descubiertos y fundados, gestados, alumbrados y echados a andar. No somos hijos del azar, del encuentro fortuito, del entrecruzamiento híbrido de períodos o razas. Somos hijos legítimos de la Cristiandad, prole de Hispania, descendencia directa de ese Occidente que forjaron por mandato del mismo Jesucristo, San Pedro, San Juan y Santiago.

1492 no es un año cualquiera ni fue tampoco fecha sin arrugas. Sombras y fallas hay siempre en los pueblos y en sus singulares. Pero no era un tiempo prematuro ni tardío en la historia de España. No era pronta ni retrasada la hora sino la marca exacta del reloj de los siglos. *El Imperio de la Fe Victoriosa podía descubrir* el Nuevo Mundo como estaba anunciado. Antes le hubiese faltado la Cuaresma y la Pascua. Después le sobraría el carnaval. Si se ha pasado por el Gólgota y el Valle de Josafat, se puede descubrir. Si sólo por el clericalismo fariseo, apenas colonizar.

Excepto que se llame descubrir a algo distinto a lo que aquí se dijo. Pero después de los trabajos de Caturelli no creemos que se pueda sostener argumento contrario.

A salvo lo principal, en lo demás cabría coincidir. ¿Quién puede negar hoy -y quién lo hubiera podido hacer en 1971, cuando se dictó este Curso- que la Argentina está senilizada y moribunda? ¿Quién puede negar, ahora y entonces, su híbrida situación de país desmoronado? ¿Cómo desconocer la poca seriedad, la tendencia irresistible hacia lo frívolo, el distanciamiento de la tierra, el mercantilismo y la desolación, el olvido del lucero del alba?

No todos los españoles descubrieron América. Es cierto y penoso a la vez. Aún entre nuestras propias filas hay quienes saben reprocharle al mismísimo Franco -y es un ejemplo- su descuido y desinterés por estas latitudes que quisieron ser fieles a la Madre Patria.

También es cierto que no todos los españoles de antaño y de hogaño vinieron a América y se admiraron de ella. Algunos o muchos no superaron la mera sorpresa, como bien distingue Fray Petit.

Pero no sólo hay música, canto, prosa y poesía que festejan a América desde España, sino que América fue el nombre más invocado en el Imperio Español.

Estaba en la boca de sus monarcas y de sus confesores. De los teólogos y de los juristas, de los caudillos y de los misioneros, de los legisladores y de los cronistas.

En la preocupación de Carlos V y de Francisco de Vitoria. En los desvelos de Cortés y en la pluma de Bernal Díaz del Castillo. En los retablos y en los coros, en el teatro y en la pintura de esas legiones de apóstoles artesanos que sembraron estos desiertos de ángeles guerreros con arcabuces y rostros mestizos.

América quedó en el santoral de España. Y esto es haber nacido. Y haber sido bautizado, descubierto, confirmado y fundado.

"La Argentina no ha sido nombrada", dice despues Fray Petit. No nos hemos visto todavía. "Toda aquella corriente misional espléndida de los españoles, no terminó en vida monástica sino en parroquias...Hemos tenido poetas europeos, algunos muy buenos, pero europeos...Yo les voy a decir que (nacimos) a la cultura el día que yo vea metáforas en el pueblo...Mi país aún no tiene nombre...tenemos un catolicismo disminuído...En América no hemos visto un católico aún, un hombre que prefiera la eternidad a lo temporal...La historia argentina es historia de desolación".

Entendemos y aceptamos la razón de fondo de Fray Petit para justificar juicios tan duros. Ya nos la había expuesto en su famosa Carta a un Trapense. La ausencia del monacato es raíz de males y de carencias que se pagan muy caro en la historia. Y más aún cuando esa ausencia es suplida por una religiosidad exteriorista con todos los rasgos de la devotio moderna. Algo de esto supimos escribir incluso en un ensayo sobre la Hispanidad y las leyendas negras (Ediciones del Cruzamante, Buenos Aires 1989), y nunca nos parecerá suficiente reiterarlo.

Pero caben matices. Por lo pronto que la fundación monástica de Europa nos pertenece en legítima herencia. Sin ella no seríamos nosotros y fuimos gracias a ella. Así como es falso todo americanismo que no se afirme en su fisonomía propia, inherente e irrepetible, también lo será aquel que no se reconozca parte de Occidente. Y en tanto tal, Europa no nos es ajena. Por lo menos cultural y espiritualmente hablando. Decir, por ejemplo, que "hemos tenido buenos poetas pero europeos", es hablar impropiamente. Hesíodo y Píndaro son nuestros; como son nuestros Horacio, Berceo, el Arcipreste y la Canción de Roland. Y ésto -entiéndase correctamente- no por una apropiación abusiva o por una pretensión destemplada, sino por el misterio de la Comunión de los Santos.

Si Europa es la Fe, como ha escrito Belloc, América es la misma Fe y en esta unidad esencial no caben distingos geográficos.

Por la Comunión de los Santos participamos desde aquí de la fundación monástica de Europa.

Pero además, la España que nos funda -en tanto rama de la Cristiandad- sólo sabía y podía hacerlo con ese espíritu. Si se analizan pausadamente las fundaciones españolas en América, desde que la proa de la Santa María recaló en estas playas, se hallará en ellas antiguos criterios de la jurisprudencia romana o normas prácticas de los pueblos germanos, pero el espíritu es el mismo con el que San Benito erigió Monte Casino.

Cuando Pieter van Der Meer, el agudo biógrafo del Santo de Nursia, lo retrata llegando con sus monjes a la aldea que vándalos y hérulos habían poseído -con sus sacrificios idolátricos, su templo de Júpiter y sus rituales endemoniados- y tomando posesión de ella en nombre de Dios Uno y Trino la reedifica para Cristo derrumbando las falsas estatuas, es como si estuviera retratándonos la llegada de Colón, de Cortés, de Almagro o de Hernandarias. Cambian las espesuras, los torrentes y las laderas. Cambian los climas, los paisajes, los accidentes.

Pero el misterio es el mismo. Sobre la tierra inhóspita la entronización del Huésped. Y el templum convertido desde el primer instante en el punto de rotación y en el eje de la ciudad, en su principio de stabilitas loci. Esto es el corazón de la cultura monástica.

Fundar es, entonces, un verbo que la España Descubridora conjugó monásticamente en América. Pudo hacerlo por católica, y aquí volvemos a entender la historia a luz de la Comunión de los Santos. Porque la apóstata Inglaterra también era Europa pero ya no la Fe. Por eso establece factorías por las costas del Norte, pero no fundó nunca verdaderas ciudades.

El Monasticismo llegó a América en el espíritu de sus descubridores y evangelizadores. Si se quiere, con mucha menor pureza y ortodoxia, pero no con menos méritos. Al contrario, pues en el Viejo Continente tuvo que trabajar sobre bárbaros y aquí, en tantísimos casos, lisa y llanamente con salvajes. Y si en tanto institución eclesial tardó demasiado en instalarse, como actitud religiosa general arribó en el siglo XVI. Pero no se pretenda encontrarlo entre las serpientes emplumadas de Quetzacoatl con la misma plenitud y majestad con que se alzó en Melk, en Cluny o en Saint Michel. Porque lo recibido se recibe al modo del recipiente. Y donantes y receptores eran distintos aquí que allá. Eran distintos los donantes y puede haber culpa en sus limitaciones; no lo negamos. Mas al acentuar la catequesis sobre la contempla-

ción, la voluntad sobre el intellectus y la acción pastoral sobre el misticismo de la clausura, no les faltó tanto la teología como les *funcionó la prudencia*. Con conceptos de Petit diríamos ahora que no se puede pasar del salvajismo a la civilización sin recalar en la barbarie, y apliquese por extensión y con las debidas reservas a la iniciación religiosa.

No hay catolicismo *disminuido o agrandado. Hay o no hay catolicismo.*

América y Argentina conocieron la Catolicidad. De allí que nos duela como una injusticia que de estas tierras en las que batallaron los Cristeros, en la que murieron mártires estadistas como Garcia Moreno o Idiarte Borda, en la que se alzaron los pueblos tras la divisa ¡*Religión o Muerte*!, en la que lidió el Padre Castañeda, en la que se libraron dos guerras justas con escapularios al pecho y rosarios en los fusiles, y cayeron Genta y Sacheri en testimonio de la Cruz, se diga que no se ha visto nunca un católico, un hombre que prefiera la eternidad a lo temporal. (No es cierto Padre Petit. Y Usted mismo es la prueba).

Esto no quita, por supuesto, que de esa catolicidad que conocimos y tuvimos hoy *quede su parodia y su mueca*. Pero si podemos advertirla como tales es por contraste con el modelo que alguna vez nos fue dado en condiciones intactas.

Cómo se llega a la parodia y a la mueca es otra historia. Que alguna vez hay que escribir. Y en la que no puede estar ausente la pérdida del espíritu monástico, desde ya. *Del espíritu, reiterémoslo. Porque parroquias hubo antaño que* fueron verdaderos claustros monacales y monasterios hay hoy que son mucho menos que una discreta parroquia. Por eso, y para no ir tan lejos con los ejemplos, tuvimos un párroco como Meinvielle, que era él solo un monasterio medieval, y tenemos ahora un monje como Menapace, que alegra festivales juveniles haciendo dúo con Landriscina, y es lo mejor que puede hacer.

Muchas parroquias del Descubrimiento cumplieron en América un papel análogo al de los monasterios medievales. Mientras, modernamente, no pocas órdenes tradicionalísimas traicionaron su mandato tras los vientos del progresismo.

También la patria por católica biennacida conoció la sabiduría teológica y filosófica. Puede decirse sin alarde con sólo mencionar un nombre gigante: Leonardo Castellani. Y agregarse estos otros: Rougès, Taborda, Terán, Martinez Villada, Martinez Espinosa, Garcia Vieyra, Casares. Y si se quiere un par más para no hacer acepción de personas. Pero no vale preguntar cuántos, como hace Fray Petit con doloroso escepticismo, sino cuáles. Ni compararlos con Sócrates o Parménides, porque -insistimos- Sócrates y Parménides nos corresponden. Son nuestros. Tan de Corrientes como el Aquino por el que le preguntaba el paisano en el tren a Castellani, cuando le comentó que estaba leyendo a Santo Tomás. -Si señor, le dijo el cura, Tomas de Aquino, de Corrientes.

Y al fin, cuadre afirmar sin dudas, que la patria fue nombrada.

¿Cómo podría negarse ante las obras de Hernández y de Lugones, de Obligado y de Jijena Sánchez, de Guido y Spano y de Leopoldo Marechal? ¿Cómo no ver u oir el nombre de la patria en los cielitos de Hidalgo, en el lirismo de Bernárdez, en la épica de Anzoátegui o en la prosa de Mallea? ¿Cómo afirmar que no nos hemos visto cuando Labardén hizo hablar al río, Quiroga a la selva, Andrade a los Andes, Hugo Wast a la pampa, los valles, el desierto y las sierras? ¿Cómo desconocernos -en tierra, paisaje, noches y estrellerías- tras las páginas de Ricardo Molinari, Mateo Booz, Enrique

Larreta, Juan Carlos Dávalos, Lizardo Zía o Juan Oscar Ponferrada? ¿Y cómo, tal vez, lamentar el abandono de las florestas y de las llanuras, del agua azul y de las tardes, contando con Güiraldes y los Vocos, Carlos Sáenz, Pedroni o Enrique Vidal Molina?

De las metáforas del pueblo se ocupó Juan Alfonso Carrizo. Hombre insigne y singular, y él solo un categórico mentís a nuestra condición de innombrados.

Carrizo halló el tesoro de los nombres y del Nombre entre los más sencillos de la patria. Y descubrió detrás lo que ya sabía que existía y en pos de lo cual había partido: la Cristiandad Hispánica y la Universalidad Católica. Allí están sus cancioneros: un milagro de poesía y de belleza, de inspiración y de gracia diría Ernesto Palacio, de sabiduría y de eternidad. Antes de que la "cultura popular" fuese el tango y cuando aún Buenos Aires era "la firme doncella de la antigua cruzada".

Porque repasemos una vez más lo que llevamos dicho: si la literatura argentina es Mármol, Echeverría o Sábato. Y el estro popular Almafuerte, Carriego o Blomberg, no habrá más que discutir con Fray Petit.

Es más; no hay nada que discutir -en tiempo presente- cuando diagnostica nuestras actuales miserias y se conduele de ellas. Pero es riesgoso un patriotismo que por dolor de patria la condene sin matices ni remedios, sin excepciones ni salvedades ni atenuantes. El estar no es el ser. Y la situación no es la condición. Cuanta sea ya la duración de nuestro mal estar y peor transcurrir, es algo que puede discutirse. ¿Desde Caseros, desde los Borbones, desde el barroco, desde más atrás todavía...? Pero tenemos por seguro que no arranca desde el origen. Precisamente porque en el origen está el misterio de las profecías y el cumplimiento del mandato de Cristo, la tutela de la Providencia y el dogma de la Comunión de los Santos.

Por eso mismo nadie que ignore o traicione ese origen puede gobernarnos con licitud y probidad, y sólo quienes lo consideren y lo acaten podrán conocernos seriamente. Como San Martín, sin dudas, podríamos repetir junto a Fray Petit. Pero no fue el único. Lo precedieron y lo siguieron otros grandes. Desde Hernandarias hasta Don Juan Manuel, tal vez el último.

La línea de nuestro rescate pasa por el punto de su origen. Que la recta de nuestra historia contenga infinitos puntos de desolación y de apostasía, de infidelidades y de prevaricaciones horrorosas, es algo que no está en debate sino en padecimiento.

Pero mientras no erremos en la consideración de los principios que nos dieron el ser, como rezaban Las Partidas, la esperanza de una reconquista no será abandonada.

*

* *

Hicimos al principio y en el decurso de estas reflexiones, el elogio del lenguaje y del pensamiento de Fray Petit de Murat. Lo mantenemos con firmeza; y si volvemos a mentarlo después de haber confrontado filialmente con algunas de sus tesis, no es por cortesía sino para extremar el rigor del análisis.

Porque llama la atención que sean precisamente hombres de su talla los que más severamente hayan enjuiciado nuestra capacidad especulativa, religiosa y artística en el orden colectivo, los que con mayor dureza se hayan referido a nuestras congénitas orfandades para la vida seria, contemplativa y profunda; los que, en una palabra, hayan insistido metódicamente -y con la mejor de las intenciones- en la crítica de nuestro génesis nacional y de nuestras potencialidades metafísicas.

Y sin embargo, esos hombres son de América, son de Argentina, son del costado Este y Sur de la Cristiandad. No se entienden sin la autoctonía y hasta sin el pago chico. Como no se entiende Fray Petit sin San Miguel de Tucumán.

Difícilmente se encontrará en el pensamiento europeo o español algo similar respecto de nuestros problemas. Esto es, que difícilmente se sabrá de algún observador extranjero que haya profundizado hasta las últimas consecuencias en la raíz de nuestra crisis. Y esto no por falta de observadores o de analistas, pues los ha habido en calidad y cantidad. ¿No será hora de advertir entonces que si semejantes hombres surgen aquí, es que aquí -precisamente- la naturaleza de nuestro ser no está negada a la contemplación, al vuelo místico, al arrebato poético, a la madurez y seriedad religiosa? Y si así fuera, ¿de dónde sino de nuestro origen nos vienen esos dones? De aquello recibido hace quinientos años que se volcó en el molde precioso del recipiente de la criollidad.

Cuestión de origen, pues, una vez más.

Tarea del teólogo de la historia contemplarlo y comunicarlo. Y empresa común rescatarlo del oprobio y conducirlo a la Victoria.

Para que vuelvan los nombres a nombrar a la Patria .

Y nos resulten familiares los ángeles y los salmos, la luz del horizonte y el lucero del alba.

ANTONIO CAPONNETTO